

EDITADO DEL ESTUDIO REALIZADO POR EL
AUTOR BESTSELLER, NEW YORK TIMES

TIMOTHY KELLER

ESTO ES PARA TI

LÉELO, DESEMPACARÁ EL
REGALO INVALUABLE DE DIOS

ESTO ES PARA TI

ESTÚDIALO, TE AYUDARÁ

A ALIMENTARTE DE LA PALABRA

DE DIOS DÍA TRAS DÍA

ESTO ES PARA TI

ÚSALO, TE EQUIPARÁ PARA

INSTRUIR A OTROS. ESTO ES

ROMANOS 1-7

PARA TI



EDITADO DEL ESTUDIO REALIZADO POR
TIMOTHY KELLER
ROMANOS 1-7
PARA TI



Romanos 1-7 para Ti / por Timothy Keller

Publicado por © Poiema Publicaciones, 2016

Traducido con el debido permiso del libro *Romans 1-7 for You* © Timothy Keller, 2014, publicado por The Good Book Company.

Las citas bíblicas han sido tomadas de *La Santa Biblia, Nueva Versión Internacional* (NVI) ©1999 por Biblica, Inc. Las citas marcadas con la sigla RVC han sido tomadas de *La Santa Biblia, Versión Reina Valera Contemporánea* ©2009, 2011 por las Sociedades Bíblicas Unidas; las marcadas con la sigla LBLA, de *La Biblia de Las Américas* ©1986, 1995, 1997 por The Lockman Foundation; las marcadas con la sigla NTV, de *La Santa Biblia, Nueva Traducción Viviente* ©2010 por las Sociedades Bíblicas Unidas; las marcadas con la sigla RV60, de *La Santa Biblia, Versión Reina Valera* ©1960 por las Sociedades Bíblicas Unidas; las marcadas con la sigla RV95, de *La Santa Biblia, Versión Reina Valera* ©1995 por Sociedades Bíblicas Unidas.

Prohibida la reproducción total o parcial de este libro por cualquier medio visual o electrónico sin permiso escrito de la casa editorial. Escanear, subir o distribuir este libro por Internet o por cualquier otro medio es ilegal y puede ser castigado por la

ley.

Poiema Publicaciones

e-mail: info@poiema.co

www.poiema.co

SDG

CONTENIDO

Tabla de contenido

Página de derechos

Prefacio de la serie

Introducción

1. Presentando el evangelio
2. Los paganos necesitan el evangelio
3. Los religiosos necesitan el evangelio, parte uno
4. Los religiosos necesitan el evangelio, parte dos
5. Todos necesitamos el evangelio
6. Un diamante sobre un fondo negro
7. Cuándo comenzó la justificación
8. Lo que la justificación trae
9. Por qué llega la justificación
10. Unidos a Cristo
11. Esclavos de Dios

12. Guerra contra el pecado

Glosario

Apéndices

A. Un resumen de Romanos 1-7

B. Identificando a los ídolos del corazón

C. El reciente debate. La "nueva perspectiva" de Pablo

Bibliografía

Otros títulos de la serie

PREFACIO DE LA SERIE

Cada volumen de la serie *La Palabra de Dios para Ti* te lleva al corazón de un libro de la Biblia y aplica sus verdades a tu corazón. El objetivo fundamental de cada título es:

- ☼ Que puedas centrarte en la Biblia
- ☼ Que glorifiques a Cristo
- ☼ Que sea aplicable para tu vida
- ☼ Que sea de fácil lectura

Puedes usar *Romanos 1-7 Para Ti*:

Para leer. De forma continua, como un libro que explica y explora los temas, los incentivos y los retos de esta parte de la Escritura.

Para estudiar. Usándolo metódicamente, como guía para tus devocionales diarios, o como herramienta útil en la preparación de un sermón o una serie de estudios bíblicos en tu iglesia. Cada capítulo

se divide en dos secciones más pequeñas, con preguntas para reflexionar al final de cada una de ellas.

Para usar. Como recurso útil en la preparación de la enseñanza de la Palabra de Dios a otros, a grupos pequeños o a la congregación. Cuando hay versículos o conceptos complicados, encontrarás una explicación en lenguaje sencillo. Resalta temas principales y provee ilustraciones con sugerencias para la aplicación.

Estos libros no son comentarios. Asumen que no se tiene un conocimiento de los idiomas originales de la Biblia ni un alto nivel de comprensión bíblica. Las referencias a los versículos se señalan con **negrita** para que puedas referirte a ellos fácilmente. Las palabras menos comunes, o que se usan de manera diferente en el lenguaje secular, están señaladas en **gris** la primera vez que aparecen, y se explican en un glosario al final del libro. En este glosario encontrarás también detalles de recursos complementarios, tanto para la vida personal como para la vida de la iglesia.

Nuestra oración es que mientras lees, seas afectado, no por los contenidos de este libro, sino por el libro al que este te está ayudando

a descubrir; y que alabes, no al autor de este libro, sino a Aquel a quien este te está señalando.

Carl Laferton, Editor de la Serie

INTRODUCCIÓN A ROMANOS

La carta a los Romanos es una que vez tras vez ha cambiado el mundo entero al cambiar vidas individuales.

Uno de los hombres que fue transformado por la carta es el pastor inglés John Stott. El ministerio de Stott y su compromiso con el evangelismo tuvieron un gran efecto en la iglesia del Reino Unido y de los Estados Unidos, y quizás, particularmente, en todo el mundo en desarrollo durante el siglo veinte. Él escribió acerca de su...

... relación amor-odio con Romanos por sus desafíos personales tanto alegres como dolorosos [...] Fue la exposición devastadora que Pablo hace de la culpa humana y el pecado universal en Romanos del 1:18 al 3:20 lo que me rescató de esa clase de evangelismo superficial que solo se preocupa de las 'necesidades palpables' de las personas.

(El Mensaje de Romanos, p. 10)

Casi quinientos años antes de que las palabras de Pablo llamaran a Stott a un evangelismo enfocado en nuestra relación con Dios, Romanos cambió a otros dos hombres de una manera tal que transformarían por completo a la iglesia.

Martín Lutero era un monje alemán a quien le habían enseñado que Dios le exigía que viviera una vida justa para ser salvo. Por tal razón había llegado a odiar a Dios; en primer lugar, por exigirle algo que no podía hacer y, en segundo lugar, por dejar que fracasara en el intento. Pero un día Lutero leyó y finalmente captó el significado de Romanos 1:17, que dice: “De hecho, en el evangelio se revela la justicia que proviene de Dios, la cual es por fe de principio a fin”.

Lutero comenta:

Trabajé de manera diligente y ansiosa para entender la palabra de Pablo [...] la expresión “la justicia de Dios” bloqueaba el camino porque la tomé en el sentido de esa justicia por medio de la cual Dios es justo y trata justamente cuando castiga al injusto. Aunque era un monje impecable, estaba delante de Dios como pecador [...] Por lo tanto, no amaba a ese Dios justo y airado; más bien lo odiaba

y murmuraba contra Él...

Después comprendí que la justicia de Dios es esa justicia por medio de la cual, a través de Su gracia y Su pura misericordia, Él nos justifica por fe. Acto seguido, sentí que volvía a nacer y que entraba al paraíso con las puertas abiertas [...] Me abrí paso. Y de la manera en la que antes había odiado la expresión “la justicia de Dios”, ahora comenzaba a considerarla como mi palabra más querida y consoladora.

(Comentario a la Epístola a los Romanos)

El adelanto trascendental que hizo Lutero en Romanos 1 conduciría a la recuperación del evangelio en Alemania y en toda Europa, y así daría lugar a la Reforma Protestante. Uno de los más grandes teólogos y pastores de esa Reforma, el francés Juan Calvino, que ministró en Ginebra, Suiza, habló de Romanos como su:

entrada [...] a todos los tesoros más escondidos de la Escritura [...]

El tema de estos capítulos se puede citar así: la única justicia del hombre es a través de la misericordia de Dios en Cristo que, al ser ofrecida en el evangelio, se comprende por fe.

Tanto Lutero como Calvino utilizaron en muchas ocasiones los escritos de un líder de la iglesia anterior a ellos: Agustín, el obispo de Hipona (lo que hoy en día es Argelia) del siglo cuarto. La madre de Agustín era cristiana, pero Agustín le dio la espalda a esa fe, buscó la verdad en otro lugar, decidió vivir como le venía en gana y procreó un hijo fuera del matrimonio. Sin embargo, un día mientras vivía en Milán escuchó la predicación del Obispo Ambrosio, una figura destacada de la iglesia, y se dio cuenta que era incapaz de quitarse de encima lo que había escuchado. Agustín dice:

El caos de mi corazón me hizo salir al jardín donde nadie pudiera interferir con la lucha ardiente en la que estaba ocupado conmigo mismo [...] Me estaba retorciendo en mis cadenas. De repente escuché de una casa cercana lo que parecía la voz de un niño o una niña cantando [...] “Toma y lee; toma y lee”. [Tomé] el libro del apóstol [hablando de Romanos], lo abrí y en silencio leí el primer pasaje que se presentó ante mis ojos: “... no en orgías y borracheras, ni en inmoralidad sexual y libertinaje, ni en disensiones

y envidias. Más bien, revístanse ustedes del Señor Jesucristo, y no se preocupen por satisfacer los deseos de la naturaleza pecaminosa” (Ro 13:13-14). No quería ni necesitaba seguir leyendo. En seguida, con las últimas palabras de esta oración, sentí como si un rayo que me aliviara de toda ansiedad inundara mi corazón. Todas las tinieblas de duda se disiparon.

(*Confesiones*, Libro VIII, capítulo 12)

Así que Dios usó la carta a los Romanos para convertir al hombre que probablemente ha sido la mayor influencia en la iglesia entre el tiempo de Pablo y el de Lutero mil años después.

¿Qué es lo que tiene Romanos que obra tanto para transformar vidas y moldear la historia? La respuesta es que **Romanos trata del evangelio**. Pablo le escribió a la iglesia que estaba en Roma porque quería que los romanos primero *entendieran* el evangelio y después *experimentaran* el evangelio para que conocieran su gloriosa libertad. Probablemente lo escribió durante su tercer viaje misionero alrededor del año 57 d.C., muy posiblemente desde Corinto, Grecia. Pablo escribió esta carta para cristianos a los que él nunca había conocido,

aunque esperaba conocerlos pronto. Parece que era una iglesia que sufría algunas tensiones entre los cristianos judíos y los cristianos gentiles. Pero aunque Pablo no los conocía de primera mano, sabía qué era lo que más necesitaban escuchar: *el evangelio*.

Así como Lutero y Calvino lo describen con tanto poder, este “evangelio de Dios” (Ro 1:1) era una declaración sobre la justicia de Dios. Era el mensaje de que la perfección y la santidad de Dios se *han visto* en la vida y muerte de Jesucristo, y que esta perfección se *nos ofrece* como regalo gratuito a través de la vida y muerte de Jesucristo. Ese es el mensaje del “evangelio” de Romanos y, como lo veremos, Pablo nos muestra no solo cómo Dios en el evangelio hace justos a los pecadores, sino también cómo este regalo tan precioso de Dios se *disfruta* en nuestras vidas, cómo produce cambios profundos y masivos en nuestro comportamiento e incluso en nuestro carácter.

Al leer y meditar en esta carta hoy, debemos estar preparados para que el regalo de la justicia que Dios ofrece moldee nuestros corazones y transforme nuestras vidas así como ha transformado las

vidas de muchos otros. Romanos nos motivará a preguntar: *¿Me he “abierto paso”, como Lutero, a la libertad que el evangelio me da, tanto en términos de mi futuro como en términos de mi vida en este momento?*

Romanos es tal vez el libro de toda la Escritura sobre el que más se ha escrito. Su estructura y su enfoque han sido tema de debate a lo largo de la historia de la iglesia. He incluido tres apéndices. El primero muestra un esquema detallado para los primeros siete capítulos de la carta con el fin de ayudarte a ver el flujo general y la lógica del pensamiento de Pablo. El segundo habla acerca de la visión bíblica sobre la idolatría, la cual es básica para el enfoque que Pablo hace sobre el pecado y la justicia en los capítulos del 1 al 3. El tercer apéndice es una muy breve descripción de los debates recientes, y una respuesta acerca de *a quién* le está escribiendo Pablo en la carta a los Romanos y *qué* les está diciendo.

¡Este libro no tiene como propósito presentar información exhaustiva ni pretende ser la última palabra sobre la carta! No es un comentario bíblico; no profundiza tanto como un comentario bíblico ni tampoco

interactúa con la erudición histórica y reciente. Es una guía expositiva que abre la Escritura y sugiere cómo se aplica Romanos a nosotros hoy en día. Mi oración es que te ayude, en las palabras de Lutero, a “abrirte paso”: o en tu *comprensión* del mensaje del evangelio, o en tu *experiencia* de vida desde el evangelio, ¡o en ambas!

ROMANOS 1 v 1-17

1. PRESENTANDO EL EVANGELIO

Romanos es en su esencia una carta sobre el **evangelio***. Está escrita por un hombre marcado por el evangelio: su vida y obra giraron en torno al evangelio y mostraron la diferencia que el evangelio trae y produce. No debe sorprendernos que el inicio de la carta trate sobre el evangelio.

Separado para el Evangelio

Como en todas las cartas antiguas, el escritor comienza presentándose. Él es “Pablo”. Y en primer lugar, es un cristiano: un “siervo de Cristo Jesús” (v 1[†]). La palabra “siervo” aquí literalmente quiere decir “esclavo” (*doulos*). Pablo, como cualquier cristiano, tiene un Señor. Es un hombre que está bajo autoridad. En segundo lugar, Pablo ha sido “llamado a ser apóstol” (v 1). Es un *apostolós*, un “enviado”. Este no es un trabajo que Pablo mismo buscó; tampoco es un trabajo que haya elegido para sí. Él fue “llamado”, **comisionado** y enseñado directamente por el mismo Señor Jesús resucitado (ver Hch 9:1-19). Tiene la autoridad directa de Cristo para enseñar. Lo que escribe es Palabra de Dios. Entonces todo lo que sigue es verdad.

Pero ¿por qué el Señor llamó a Pablo para ser Su apóstol? Para que fuera “apartado para [...] el evangelio” (Ro 1:1). La palabra que se traduce “apartado” quiere decir “separado”, ser alejado y llevado aparte de todo lo demás. Pablo fue apartado para difundir el evangelio, para cumplir este objetivo primordial. Con el fin de lograrlo,

Pablo trabajará como “esclavo” toda su vida; pero también, como veremos (**v 9, 11, 15**), también se gozará en este encargo durante toda su vida. Para Pablo este evangelio es tan estupendo que él está dispuesto a separarse de *cualquier cosa* (riqueza, salud, elogios, amigos, seguridad, etc.) con el fin de ser fiel a su llamado.

El evangelio: quién, no qué

¿Qué es este “evangelio” por el cual Pablo está dispuesto a gloriarse en ser un esclavo? ¿Qué evangelio haría feliz a Pablo para perder todo con el fin de compartirlo? En primer lugar, vale la pena reflexionar en la palabra misma. “Evangelio” (*euangeloi*) significa literalmente “buen heraldo”. En el primer siglo, si en un campo de batalla lejano un emperador ganaba una gran victoria que aseguraba su paz y establecía su autoridad, enviaba heraldos (*angeloi*) para declarar su victoria, paz y autoridad. Dicho de manera más sencilla, el evangelio es un anuncio, una declaración. El evangelio no es un consejo a seguir; es una noticia, una buena (*eu*) noticia acerca de un suceso.

El apóstol Pablo es el heraldo de este anuncio. Es un buen recordatorio de que el evangelio no es de Pablo; no se originó con él ni tampoco él pretendía tener la autoridad para elaborarlo. Más bien, el evangelio es “de Dios” (v 1). Nosotros, como Pablo, no tenemos la libertad de cambiarlo para que suene más atractivo en nuestros días

ni de manipularlo con el fin de hacer que sea más cómodo para nuestras vidas.

El evangelio tampoco es nuevo; más bien Dios “por medio de Sus profetas ya había prometido [el evangelio] en las sagradas Escrituras” (v 2). Todo el Antiguo Testamento trata del evangelio. Todas las “Escrituras” apuntan hacia este anuncio. Ellas son el andamio sobre el cual Pablo está parado como el heraldo de Dios. Cada página que Dios escribió anteriormente conforma el bosquejo para lo que ahora ha declarado a todo color.

El contenido del evangelio es “Su Hijo” (v 3). El evangelio se centra en Jesús. Trata de una persona, no de un concepto; trata de Él, no de nosotros. Nunca comprenderemos el evangelio hasta que entendamos que no es esencialmente un mensaje acerca de nuestras vidas, nuestros sueños o nuestras esperanzas. El evangelio habla de todas esas cosas y las transforma, pero solo porque no trata de nosotros. Es una declaración acerca del Hijo de Dios, el hombre Jesús. Este Hijo fue:

- ☼ completamente humano: “según la naturaleza humana” (v 3).

- ☼ el que cumplió las promesas de la Escritura: fue el “descendiente de David” (v 3), el rey de Israel mil años antes de Su nacimiento. Dios le había prometido a David que de su familia nacería el supremo y definitivo Rey universal: el Cristo (ver 2S 7:11b-16). Y la vida de David (su reinado, su sufrimiento y su gloria) en muchos sentidos prefigura la vida de su mayor descendiente (ver Sal 2; 22; 110).
- ☼ completamente divino: “designado con poder Hijo de Dios por la resurrección” (Ro 1:4). Pablo no está diciendo que Jesús solo se volvió Hijo de Dios cuando se levantó de la tumba; más bien explica dos grandes verdades acerca de la resurrección. La primera es que la tumba vacía es la máxima declaración de quién es Jesús. Su resurrección confirma que Él es el Hijo de Dios. La segunda es que Su resurrección y Su **ascensión** fueron el camino hacia Su puesto legítimo, a reinar a la derecha de Dios (Ef 1:19b-22), donde se sentó en el “lugar altísimo” y se le otorgó “el nombre que está sobre todo nombre, para que ante el nombre de Jesús se doble toda rodilla” (Fil 2:9-10). El

Hijo de Dios con toda humildad tomó forma de hombre, experimentó la pobreza, sufrió el rechazo y padeció la muerte sin defenderse. Pero en la resurrección vemos no solo que Él es el Hijo de Dios, sino que ahora es el Hijo de Dios “*con poder*”.

No es sino hasta el final de Romanos **1:4**, para ser exactos, que Pablo nombra al Hijo de Dios como “Jesucristo nuestro Señor”. El Hijo de Dios es Jesús. El nombre “Jesús” es la versión griega del nombre hebreo *Yeshúa* / *Josué*, que significa “Dios salvará”. Fue Jesús quien cumplió todo lo que Dios “ya había prometido” (**v 2**). Él es el Cristo, el hombre Ungido a quien Dios ha designado para gobernar a Su pueblo. Y Él es nuestro Señor, Dios mismo. El evangelio es tanto una declaración del gobierno perfecto de Jesús como una invitación a someternos bajo ese gobierno para hacerlo “nuestro Señor”.

La obediencia que la fe alimenta

Este es el evangelio que Pablo anuncia. Él ha recibido “la **gracia** y el apostolado” (v 5, RV60; es decir, tanto su misión de apóstol como el poder para lograrla: la gracia). Y su papel específico es “llamar a las personas de entre todos los **gentiles**” (Ro 1:5, LBLA). El evangelio es para el antiguo pueblo de Dios, los judíos, pero no solo para ellos. Dios comisionó a Pablo para que él llevara el mensaje de Su Hijo a los que no son judíos cuando dijo: “Él me es un instrumento escogido, para llevar Mi nombre en presencia de los gentiles, de los reyes y de los hijos de Israel” (Hch 9:15, LBLA).

¿Cuál es el llamado del evangelio? Obedecer a Cristo y confiar en Él, vivir por “la obediencia a la fe” (Ro 1:5, LBLA). ¿Qué quiere decir esto? ¡El resto de la carta a los Romanos lo explicará! Pero aquí vale la pena resaltar dos puntos.

En primer lugar, esto *no* quiere decir que Pablo les esté enseñando a los gentiles que para ser salvos ellos deben tener **fe** y llevar a cabo la obediencia, como si ambas fueran elementos necesarios para estar

bien con Dios. Más bien, esta es una obediencia que procede de la fe que surge de una confianza incondicional en Jesús, el Hijo de Dios. La obediencia brota de la fe; es una consecuencia de la fe que salva, no una segunda condición para la salvación.

Pero en segundo lugar, esto *sí* significa que una fe verdadera en nuestros corazones produce obediencia en nuestras vidas. ¿Por qué? Porque el evangelio es la declaración de que Jesús es el Rey prometido, el resucitado y poderoso Hijo de Dios, quien ahora nos invita a entrar en Su gobierno y a disfrutar de sus bendiciones. En el resto de la carta veremos mucho más acerca de 1) por qué necesitamos ser invitados, 2) cómo es posible que esta invitación se dé y 3) lo maravilloso que es el gobierno de Jesús. Pero aquí el argumento es que la “fe” verdadera es fe en un Rey divino a quien le debemos nuestra gozosa obediencia y de quien somos siervos. *Habrà* una obediencia gozosa que surge de confiar verdaderamente en este Rey. Como lo dice el gran **reformador** del siglo dieciséis, Martín Lutero: “Somos salvos solo por fe, pero la fe que salva nunca está sola”. La fe nos lleva a una obediencia agradecida, gozosa y confiada.

Por qué Pablo fue a Roma

Pablo dice que esta vida de fe y de obediencia (la cual es alimentada por la fe) se extiende e incluye también a la iglesia que está en Roma (“también ustedes”, **v 6**). En los **versículos del 6 al 7** Pablo describe a estos cristianos de cuatro maneras maravillosas. En primer lugar, a ellos “Jesucristo [los] ha llamado”. En segundo lugar, son “los amados de Dios”. En tercer lugar, “han sido llamados a ser santos”, literalmente, puros o apartados. En cuarto lugar, disfrutaban la “gracia y la paz” concedidas por “Dios nuestro Padre y el Señor Jesucristo”.

“Por medio de Jesucristo” Pablo es movido a dar “gracias a Dios por todos ustedes, pues en el mundo entero se habla bien de su fe” (**v 8**). Pablo nunca ha estado en esta iglesia, pero ha escuchado mucho acerca de ella. Ha estado orando por ellos (**v 9-10**) y también ha estado orando para poder visitar Roma personalmente (**v 10**).

¿Por qué Pablo quiere visitar esta iglesia, la cual claramente ya está viviendo una obediencia que surge de la fe y por la cual desde la distancia puede dar gracias a Dios y orar por ella? “Para impartirles

algún don espiritual que los fortalezca” (v 11). Quiere usar sus habilidades para predicar y pastorear para que puedan ser alentados en su fe (v 12). Aquí hay algo inesperado. El gran apóstol no quiere visitarlos solo para que los pueda alentar. Los quiere visitar para que ellos también lo puedan alentar a él, “para que *unos a otros* nos animemos con la fe que compartimos” (v 12).

¡Esto es sorprendente! Si Pablo buscó tal aliento en la fe de otros creyentes, ¡cuánto más deberíamos también nosotros! Los **versículos 11 y 12** comienzan a mostrarnos parte de lo que es la obediencia que surge de la fe: obedecer a Cristo con la humildad para servir a los demás y con la humildad de ser servido por Su pueblo. El **versículo 11** nos enseña a usar los dones que el Señor en Su gracia nos ha dado para fortalecer a otros en su fe. El **versículo 12** nos enseña que debemos permitirles a los demás usar la fe y los dones que el Señor les ha dado para que nos edifiquen. ¡Nunca debemos salir de nuestras reuniones de iglesia después de haber pasado tiempo rodeados de personas amadas y marcadas por su fe sin sentirnos alentados!

Sin embargo, ¿cómo podemos realmente conocer ese aliento domingo tras domingo y semana tras semana cuando nos reunimos? Ese aliento viene cuando recordamos que Dios ha declarado que Jesús es Su Hijo, que Él ha resucitado para gobernar con poder y que por la fe en Él recibimos y disfrutamos de Su gracia y de Su paz. Cuando pasamos tiempo con otros creyentes, estamos con otros que también pueden afirmar: “*Esto es verdad*” y “*Esto es maravilloso*”. Podemos ver a nuestro alrededor la fe y la obediencia que proviene de ella. Podemos ver a los demás usando sus dones para servir a otros y podemos usar los nuestros para servir a los demás. Esto es lo que nos alienta y nos fortalece.

* Las palabras en **gris** se definen en el glosario.

† Todas las referencias a los versículos de Romanos que se estudian en cada capítulo de este libro aparecen en **negrita**.

Preguntas para reflexionar

1. ¿Qué le falta al “evangelio” en el que estás creyendo si olvidas

o minimizas la importancia de la verdad de que el Hijo de Dios es “Jesús”... o “Cristo”... o “Señor”? ¿A veces minimizas la importancia de uno u otro de estos por cómo piensas y vives?

2. ¿Dónde puedes ver la obediencia que surge de la fe en tu propia vida?
3. Si el siguiente domingo fueras a la iglesia buscando intencionalmente alentar a los demás, ¿qué diferencia haría?
¿Permites que la fe y las palabras de los demás te alienten?

PARTE DOS

Tiempo de cosecha en Roma

Pablo tiene un segundo propósito para visitar Roma, aunque este está ligado al primero de alentar y ser alentado. Quiere ir “para recoger algún fruto entre ustedes, tal como lo he recogido entre las otras naciones” (v 13).

Este “recoger algún fruto” probablemente consta de dos aspectos. Pablo espera una cosecha *dentro* de la iglesia de Roma, aquello de lo que Jesús describió cuando habló de la gente que había escuchado y aceptado que la palabra produce “una cosecha que rinde el treinta, el sesenta y hasta el ciento por uno” (Mr 4:20). Pero los versículos que siguen muestran que Pablo también anhela obtener una cosecha *fuera* de la iglesia, aquello de lo que Jesús habló cuando dijo a Sus seguidores: “La cosecha es abundante, pero son pocos los obreros [...] Pídanle, por tanto, al Señor de la cosecha que envíe obreros a Su campo” (Mt 9:37-38). Pablo está yendo a Roma tanto para alentar como para **evangelizar**.

Pablo se ve a sí mismo como “en deuda” con griegos y no griegos

(RVC), sabios y no sabios; está en deuda con todos, sin importar su trasfondo étnico o sus capacidades intelectuales (Ro 1:14). “En deuda” también puede traducirse como “obligación”, tal como lo traduce La Biblia de Las Américas. Pablo nunca ha conocido a la iglesia de Roma ni mucho menos al resto de la población de Roma. Entonces, ¿en qué sentido está en deuda con ellos? Es ilustrativo pensar en cómo yo podría estar en deuda contigo. Digamos que podrías haberme prestado \$100 y que estoy en deuda contigo hasta que te los pague. Pero también podríamos suponer que alguien más me pudo haber dado \$100 para que yo te los dé a ti; así, yo estoy en deuda contigo hasta que te los entregue. Es en este segundo sentido que Pablo está “en deuda” con todas las personas, en todas partes. Dios le ha compartido el evangelio, pero Dios también lo ha comisionado para declararlo a los demás. Así que Pablo “le debe” a la gente el evangelio.

Colocar el **versículo 14** junto al versículo 5 nos muestra la motivación que Pablo tiene para su testimonio. En primer lugar, es “por honor a Su nombre” (v 5). El evangelio declara que Jesús es el

Salvador y poderoso Rey. Su estatus demanda honor, Sus acciones de morir y resucitar merecen honor, y es honrado cuando es reconocido como “nuestro Señor”. Es por honor a Jesús que Pablo les comparte a las personas el evangelio.

Pero en segundo lugar, también es por amor a las personas. En los siguientes tres capítulos de este libro veremos quiénes necesitan el evangelio y por qué. Pero el **versículo 14** nos ayuda a sentir el deseo ardiente de Pablo de liquidar su deuda transmitiendo el mensaje del evangelio que Dios le dio. Es su amor y respeto por Jesús y su amor y respeto por las personas lo que le impulsa, diciendo: “de allí mi gran anhelo de predicarles el evangelio también a ustedes que están en Roma” (**v 15**). Todos necesitan el evangelio, tanto los “ustedes” que están dentro de la iglesia como los “ustedes” que todavía están fuera de ella. El evangelio es la manera en que las personas son *llamadas* a la fe y *crecen* en la fe.

No hemos sido llamados a ser apóstoles a los gentiles específicamente como lo fue Pablo. Pero sí somos comisionados por el Señor. Él dijo: “Por tanto, vayan y hagan discípulos de todas las

naciones, bautizándolos en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo, enseñándoles a obedecer todo lo que les he mandado a ustedes” (Mt 28:19-20). Llamar a las personas a la “obediencia a la fe” (Ro 1:5, LBLA) es una comisión para todos los creyentes. Jesús dijo: “Se me ha dado toda autoridad en el cielo y en la tierra. Por tanto, vayan...” (Mt 28:18-19).

¿Entusiasmado o avergonzado?

Pero en cada época es posible estar “avergonzado del evangelio” (Ro 1:16) en vez de estar entusiasmado por compartirlo. La palabra que se traduce como “avergonzar” **en el versículo 16** también significa “sentirse ofendido”. ¿De qué manera el evangelio es ofensivo?

1. ¡El evangelio, al decirnos que nuestra salvación es gratuita e inmerecida, realmente nos insulta! Nos dice que somos unos fracasados espiritualmente hablando, de tal manera que la única forma de obtener nuestra salvación es que esta sea un regalo. Esto ofende a la gente moral y religiosa que piensa que su decencia le da una ventaja sobre la gente menos moral.
2. El evangelio también es verdaderamente insultante al decirnos que Jesús murió por nosotros. Nos dice que somos tan malvados que solo la muerte del Hijo de Dios podía salvarnos. Esto ofende al culto moderno de la libertad de expresión individual y a la creencia popular en la bondad innata de la humanidad.

3. El evangelio, al decirnos que tratar de ser buenos y espirituales no es suficiente, insiste en que ninguna “buena” persona se salvará, sino solo los que vienen a Dios a través de Jesús. Esto ofende la noción moderna de que cualquier persona agradable puede encontrar a Dios “a su manera”. No nos gusta perder nuestra **autonomía**.
4. El evangelio nos dice que nuestra salvación fue lograda por el sufrimiento y el servicio de Jesús (no fue lograda por la conquista ni la destrucción), y que seguirlo a Él significa sufrir con Él y servirle a Él. Esto ofende a la gente que quiere que la salvación conlleve a una vida fácil; también ofende a la gente que quiere que sus vidas sean seguras y cómodas.

No me avergüenzo porque...

Pero Pablo *no* se avergüenza del evangelio ofensivo. En los **versículos 16 y 17** encontramos un breve resumen del evangelio. Aquí esta la declaración de la tesis de Pablo de la cual fluye el resto de la carta.

En primer lugar, no se avergüenza del evangelio porque “es poder de Dios” (**v 16**). A Pablo muchas veces le gusta contrastar las “meras” palabras con el poder de Dios (ver 1Co 4:20). Pablo dice que el evangelio no es meramente un concepto o una filosofía. En el evangelio, las palabras y el poder se unen. El mensaje del evangelio es lo que Dios ha hecho y lo que va hacer por nosotros. Pablo dice que el evangelio es, por lo tanto, un poder. No dice que *da* poder o que *tiene* poder, sino que verdaderamente es poder. El mensaje del evangelio es, de hecho, el poder de Dios en forma verbal y **cognitiva**. Levanta a las personas; transforma y cambia las cosas de raíz. Cuando es relatado y explicado o cuando se reflexiona en él, su poder se emite y se libera.

Teodoreto, un obispo de Siria del siglo quinto, hizo una analogía entre el evangelio y un pimiento (o ají) picante: “Por fuera, un pimiento parece estar frío [...] pero la persona que lo tritura entre sus dientes experimenta la sensación de un fuego ardiente”. De la misma manera, el evangelio puede parecer al principio como una teoría o una filosofía interesante. Pero si entra en nuestras vidas, descubrimos que está lleno de poder.

¿Qué *hace* su poder? Es el poder de Dios “para la salvación” (Ro **1:16**). El poder del evangelio se ve en su habilidad para transformar radicalmente las mentes, los corazones, la orientación de la vida, el entendimiento de todo lo que sucede, la forma en que las personas se relacionan entre sí y mucho más. Pero sobretodo es poderoso porque hace lo que ningún otro poder en la tierra puede hacer: salvarnos, reconciliarnos con Dios y garantizarnos un lugar en el **reino de Dios** para siempre.

Todo lo que se requiere para conocer esta salvación es convicción; se ofrece a “todos los que creen” (v **16**). Aquí tenemos la primera declaración explícita de que la única manera de recibir el evangelio y

su poder es por medio de la fe. La fe es, en este sentido, el canal o la conexión al poder del evangelio, así como un interruptor de luz es el canal o la conexión entre la bombilla y la corriente eléctrica.

Date cuenta de que Pablo dice que el poder del evangelio es ilimitado y limitado al mismo tiempo. Dice que es para *todos*. El evangelio llegó primero a los judíos, a través de Jesús, pero también es para los gentiles, para todos y cada uno de ellos. Aun así, le establece un límite. Es para todos *los que creen*.

La justicia se revela

¿Qué tiene el evangelio que lo hace tan poderoso, que le da esta cualidad de poder transformar vidas? La respuesta es: “En el evangelio se revela la justicia que proviene de Dios” (v 17). El evangelio trata del Hijo, pero en este pasaje vemos el logro del evangelio: que en él “se revela la justicia que proviene de Dios”.

Podemos darnos una idea bastante buena de lo que es la “justicia” si pensamos en la palabra misma. ¿Qué quiere decir “ser justo” con tu empresa, con tu gobierno o con otra persona? “Justicia” es una palabra posicional; significa tener una reputación buena o correcta, no tener deudas ni obligaciones hacia otra persona u organización. Más bien significa que eres aceptable para la otra persona porque tu historial no tiene nada en él que ponga en peligro la relación. La otra parte no tiene nada contra ti.

La “justicia de Dios” se podría referir al carácter justo de Dios. Él es perfectamente bueno y santo. No tiene falta alguna ni es culpable de nada. Pero Pablo está hablando aquí de una justicia que *proviene de*

Dios (como lo aclara la Nueva Versión Internacional). Esta es una afirmación sin precedentes, como lo muestra la palabra “revelar”; nadie nunca sabría de la justicia de Dios ni la encontraría o especularía sobre ella a menos que Dios mismo la mostrara por medio de Su palabra. La reputación justa se recibe de Dios y Su Hijo nos la ofrece.

Esto es lo que está diciendo la redacción un tanto compleja del **versículo 17**. La NVI lo traduce “por fe de principio a fin”, y en esa lectura Pablo solo está diciendo que la justicia se recibe por medio de la fe y que siempre se recibe solo por fe. No llegamos a ser justos por la fe para después mantener esta justicia por medio de nuestra propia bondad. La Biblia de Las Américas tiene una traducción más exacta: la justicia se revela “por fe y para fe”, tal como lo explica John Stott:

La fidelidad de Dios [a Sus promesas y en la vida y muerte de Jesucristo] siempre viene primero; la nuestra nunca es más que una respuesta.

(El Mensaje de Romanos, p. 64)

Es importante que nos demos cuenta de cuánto más que el mero

perdón se promete aquí. Muchas personas piensan que Jesús murió solamente para perdonarnos. Nuestros pecados fueron puestos en Él y nosotros somos perdonados cuando creemos en Él. Eso es cierto, pero es solo la mitad de la salvación cristiana. Si eso fuera todo lo que Jesús hizo, entonces solo recibiríamos un “borrón y cuenta nueva”. Sería nuestro trabajo agregar saldo o mérito a nuestra cuenta. Pero aquí Pablo nos dice que se nos ha acreditado la justicia en lugar de simplemente ser declarados no culpables.

La salvación de Jesús no es solo cómo recibir el perdón y la liberación de una prisión y de la pena de muerte. Si así fueran las cosas, seríamos libres pero dejados a la deriva, abandonados a forjar nuestro propio camino en el mundo y devueltos a nuestros propios esfuerzos para lograr cualquier cosa en él. Pero en el evangelio descubrimos que Jesús nos ha eximido de la pena de muerte y ha colgado en nuestro cuello la Medalla de Honor Nacional. Somos recibidos y se nos da la bienvenida como héroes, como si hubiéramos logrado actos extraordinarios.

Cómo no vivir por fe

Pablo dice que así es como siempre se ha recibido la justicia (dará más detalles sobre este tema en el capítulo 4). “Como está escrito”, dice en el **versículo 17**, citando Habacuc 2:4: “El justo vivirá por la fe”. Al reflexionar en lo que Pablo quiere decir aquí, puede ser útil pensar con detenimiento en cómo las personas (incluyendo los cristianos) podrían *no* vivir por fe. En la raíz de todos y cada uno de los pecados, y en todos y cada uno de los problemas, está la incredulidad y el rechazo al evangelio. Tanto las personas inmorales como las morales le dan la espalda al evangelio cuando intentan ser sus propios salvadores.

1. Cuando las personas **licenciosas** rechazan a Dios y rechazan la religión, su rebelión es realmente un rechazo a creer en el evangelio, el mensaje que les dice que son tan pecadoras que solo Jesús puede ser su Salvador.
2. Cuando las personas moralistas se aferran a la religión y al moralismo y se vuelven ya sea ansiosas (porque son

conscientes de que nunca pueden estar a la altura de los estándares) u orgullosas (porque piensan que sí lo están), su ansiedad y/u orgullo es realmente un rechazo a creer el evangelio, el mensaje que les dice que son tan pecadoras que solo Jesús puede ser su Salvador.

3. Cuando los cristianos pecan, siempre implica que olvidan que no se pueden salvar a sí mismos; solo Jesús puede hacerlo. Cuando estamos amargados es porque hemos olvidado que ya somos totalmente salvos solo por gracia. Así que ¿cómo podemos negar la gracia a los demás? Cuando nos volvemos esclavos del trabajo por temor al fracaso o nos deprimimos por nuestros fracasos, es porque hemos olvidado que no podemos ganar nuestra propia justicia, sino que a los ojos de Dios ya somos justos.

El evangelio siempre ofenderá porque nos revela que tenemos una necesidad que no podemos satisfacer. Así que siempre seremos tentados a avergonzarnos del evangelio. Debemos recordar que el evangelio es el poder de Dios, revela la justicia de Dios y es la

manera en la que recibimos Su justicia. Esto es lo que le da un giro total a nuestra actitud para compartir el evangelio. Lo opuesto a avergonzarse del evangelio no es estar dispuesto a evangelizar ni tener la buena intención de hacerlo, sino sentir entusiasmo y anhelo ardiente por proclamarlo. Nos entusiasmos cuando conocemos la verdad, la maravilla y el poder del evangelio de una manera tan profunda que lo anunciamos, no porque sepamos que *debemos* hacerlo o porque sintamos que *tenemos* que hacerlo, sino porque *nos place* y *nos encanta* hacerlo “por honor a Su nombre”.

Preguntas para reflexionar

1. Medita en la manera en la que Jesús demanda y se merece el reconocimiento y el respeto. ¿De qué manera esto te va a motivar para hablar de Él esta semana?
2. ¿En qué situaciones te encuentras avergonzado del evangelio? ¿De qué manera los versículos 16 y 17 pueden convertir esa vergüenza en entusiasmo la próxima vez que te encuentres en

esa situación?

3. Piensa en un pecado con el que luchas. ¿De qué manera estás rechazando el evangelio cuando pecas así? ¿Recordar el evangelio podría transformar la próxima situación en la que luchas con ese pecado? ¿Cómo?

ROMANOS 1 V 18-32

2. LOS PAGANOS NECESITAN EL EVANGELIO

Una pregunta surge del breve bosquejo que Pablo hace en los versículos 16 y 17: ¿Por qué el justo debe vivir por fe? ¿Por qué tiene que ser una justicia *recibida* para estar en buena relación con Dios? Pablo tomará del 1:18 al 3:20 para mostrarnos por qué necesitamos que Dios nos dé la justicia: porque nosotros no podemos ganarla, merecerla ni alcanzarla por nosotros mismos. Pablo nos presentará un cuadro oscuro de la humanidad. Sin embargo, este es el telón de fondo sobre el cual la joya radiante del evangelio brilla con mucha más intensidad.

La ira se revela

El **versículo 18** comienza con “Porque” (RV60). Eso significa que el versículo 18 surge de los versículos 16 y 17. Pablo nos está mostrando que el evangelio es necesario no solo para darnos felicidad, sino porque existe algo denominado “la ira de Dios” que debo enfrentar. La confianza, el gozo y la pasión de Pablo por el evangelio se fundamentan sobre la suposición de que, separados del evangelio, todos los seres humanos estamos bajo la ira de Dios. Si no entiendes o no crees en la ira de Dios, el evangelio no te impactará, no te fortalecerá ni te conmovirá.

Pablo muestra que la ira de Dios (esta ira decidida, justa y recta) es una realidad presente. La ira de Dios “viene revelándose” (**v 18**). No dice: *La ira de Dios se revelará*. Dice: *Se ve ahora mismo*, hoy. Esto da lugar a dos preguntas: *¿Por qué viene revelándose?* y *¿En qué forma viene revelándose?* El resto del capítulo da sus respuestas.

Obstruyendo la verdad

Lo que provoca la ira de Dios es la “impiedad” y la “injusticia”. La primera habla de violar los derechos de Dios: una destrucción de nuestra relación vertical con Él. La segunda se refiere a violar los derechos humanos del amor, la verdad, la justicia, entre otros: una destrucción de las relaciones horizontales con los que nos rodean. Destruyen lo que Jesús dijo que eran los dos más grandes mandamientos: amar a Dios y amar a nuestro prójimo (Mr 12:29-31).

Pablo inmediatamente se anticipa a una objeción imaginaria: algunos podrían decir que muchos no saben discernir entre el bien y el mal. ¿Cómo puede Dios culpar a alguien de no conocerlo si nunca ha escuchado de Él? Pero, de hecho, todos los seres humanos saben discernir entre el bien y el mal porque conocen la verdad y, sin embargo, la *obstruyen* (v 18). Romanos 1:21 llega al punto de decir que todos los seres humanos, en todos los lugares y en todas las épocas, han “conocido a Dios”. Todos lo han conocido porque Dios mismo “se los ha revelado [desde y en] la creación del mundo” (v 19-

20). La creación nos muestra que existe un Dios de “eterno poder y [...] naturaleza divina”. Todos sabemos, sin importar lo que nos digamos a nosotros mismos, que existe un Creador de quien dependemos totalmente y a quien debemos rendir cuentas. No podemos conocer todo acerca de Dios por medio de la creación (como Su amor y misericordia, por ejemplo), pero podemos deducir y sabemos que quienquiera que haya creado el universo entero es un ser de inimaginable grandeza. Y después obstruimos esa verdad.

Esta es una enseñanza contracultural. Los cristianos, a quienes el Espíritu de Dios les ha mostrado la verdad acerca del Creador, muchas veces son acusados de vivir reprimidos al no comportarse como realmente son ni ser francos con el mundo que les rodea tal y como es. Pero Pablo dice que, por naturaleza propia, todos estamos reprimidos mientras obstruyamos la verdad de que existe un Creador. Y mientras obstruyamos esa verdad, nunca entenderemos quiénes somos o por qué el mundo es como es. Reconocer el derecho que el Creador tiene de ser el Gobernante no es una verdad represiva; lo que es represivo es la auto-obstrucción al vivir negando esa verdad.

Todos adoran algo

Así que Pablo dice: “Nadie tiene excusa”. Todo ser humano conoce a Dios pero ningún ser humano glorifica a Dios ni le da gracias (v 21). Esto suena como si la ira de Dios viniera en respuesta a los malos modales, y uno de ellos es olvidar decir “¡gracias!”. Más bien, Pablo está diciendo que somos estafadores: tomamos lo que Dios ha hecho y lo hacemos pasar como nuestro. No reconocemos nuestra dependencia a nuestro Creador, sino que declaramos ser independientes. Preferimos creer la ilusión de que podemos tomar la sartén por el mango y decidir lo que está bien y lo que está mal en vez de aceptar la realidad de la que nos habla la creación. No somos agradecidos porque no aceptamos lo que Él ha hecho por nosotros y a nuestro alrededor.

¿Qué sucede cuando los seres humanos se niegan a reconocer y a depender de Dios como Dios? No es que dejemos de adorar; simplemente cambiamos el objeto de nuestra adoración. Pablo dice que las personas “cambiaron la gloria del Dios inmortal por imágenes

que eran réplicas del hombre mortal, de las aves, de los cuadrúpedos y de los reptiles” (v 23). Vemos esta verdad otra vez en los **versículos 25, 26** y (de manera implícita) **27**. En vez de adorar al Dios verdadero, las personas adoraron y sirvieron “a los seres creados antes que al Creador” (v 25).

Debemos adorar a *algo*. Fuimos creados para adorar al Creador. Entonces si lo rechazamos, simplemente adoraremos a algo más. Somos criaturas creadas para un fin, con un propósito; tenemos que vivir por algo. Tiene que haber algo que capte nuestro interés, nuestra imaginación y nuestra lealtad, algo donde pongamos nuestras esperanzas más profundas y a lo que acudamos para calmar nuestros miedos más profundos. Sea lo que eso sea, lo adoramos y, por consiguiente, lo servimos. Se convierte en nuestra razón de ser, aquello sin lo cual no podemos vivir, aquello que define y valida todo lo que hacemos.

Debido a que Dios creó el mundo “muy bueno” (Gen 1:31), todas las cosas creadas llevan este bien implícito. Es bueno cuando las encontramos admirables y las gozamos. El problema surge cuando a

cualquier cosa creada se le da un afecto excesivo, el afecto definitivo que solo Dios merece y que solo Él tiene el derecho de demandar. Pablo está diciendo que al corazón humano le encanta convertir algo bueno en su dios.

Este cambio en nuestra adoración y servicio deshace el orden creado por Dios. Los seres humanos son hechos de manera única y excepcional a la imagen de Dios para relacionarse con Él en Su mundo y para reflejar Su naturaleza y bondad al mundo (Gen 1:26-29). En Romanos **1:23** vemos que la humanidad le da la espalda a Dios y se vuelve para inclinarse ante las cosas creadas. No adoramos al Inmortal; adoramos a Sus criaturas. No adoramos al Creador; adoramos a lo creado (**v 25**).

Desde la perspectiva de Dios este es el comportamiento de los “necios” (**v 22**). ¿Por qué ha sucedido esto? Porque según dice Pablo en unas cuantas palabras sumamente reveladoras en el **versículo 21**, al negarse a tratar a Dios como Dios y no vivir en dependencia a Él ni estar agradecidos con Él, “se extraviaron en sus inútiles razonamientos y se les oscureció su insensato corazón”. Con el fin de

reprimir la verdad de que existe un Creador, la gente hace uso de incongruencias (*non-sequiturs*) y saltos irracionales. Ya que la verdad fundamental acerca de Dios está siendo obstruida e ignorada, la vida no se puede vivir de forma coherente.

Tomemos como ejemplo la moralidad. Si no existe un Dios que tenga el derecho de decir qué es lo que está bien y qué es lo que está mal, ¿cómo podemos definir los absolutos morales? Es muy arrogante decir: *Esto está mal porque lo digo yo*. Pero en el fondo nadie quiere decir: *Esto está mal porque la sociedad lo dice*. A fin de cuentas, la mayor parte de la sociedad norteamericana (y europea) pensaba que la esclavitud no era algo malo 300 años atrás. Si la moralidad se define por la mayoría, ¡la esclavitud no era algo incorrecto en ese entonces! Si no existe un Dios, no hay lugar alguno en donde podamos adjudicar la autoridad para declarar un absoluto moral. Sin embargo, nadie vive como si el bien o el mal absoluto no existiera; algunos pueden decir que sí, pero claman por justicia cuando alguien atenta contra ellos o contra sus seres queridos. Greg Bahnsen, filósofo y ministro cristiano del siglo veinte, lo expresó

brillantemente en un debate (y en su libro *Apologética Presuposicional*):

Imagina que una persona viene aquí esta noche y argumenta que “el aire no existe”, pero sigue respirando el aire mientras discute. Ahora bien, intelectualmente, los ateos siguen respirando: siguen usando la razón y sacando conclusiones científicas (lo que da por hecho un universo ordenado), siguen haciendo juicios morales (lo que da por hecho los valores absolutos) pero, en teoría, el punto de vista ateo haría imposible tal “respiración”. Están respirando el aire de Dios mientras argumentan en Su contra.

La ira de darnos lo que queremos

Pablo ha reunido pruebas que demuestran que la ira de Dios es correcta y merecida, y seguirá haciéndolo en los **versículos del 26 al 32**. Pero en el **versículo 24** nos damos cuenta *de qué manera* la ira de Dios se está revelando en el presente.

La sentencia de Dios sobre la impiedad y la injusticia es que nos da lo que queremos. Él “los entregó a los malos deseos de sus corazones”. Las cosas que servimos no nos van a liberar; más bien, nos controlan. *Tenemos* que tenerlas. Y ya que nuestros corazones fueron hechos para centrarse en Dios, ya que Él es el único que realmente puede darnos satisfacción y significado, las otras cosas a las que servimos no nos satisfacen. Siempre sentimos que necesitamos más o algo adicional. La tragedia de la humanidad es que luchamos y fracasamos en encontrar lo que simplemente podríamos recibir y disfrutar. Obstruimos la verdad que nos daría libertad y satisfacción.

La palabra que la Nueva Versión Internacional traduce como “malos

deseos” (La Biblia de Las Américas usa “impureza en la lujuria” y la Reina Valera 60 usa “concupiscencia”) es *epithumia*. Literalmente significa un “sobredeseo”, un estímulo y un anhelo que lo controlan todo. Esto es muy revelador. El problema principal de nuestro corazón no es tanto el deseo por las cosas malas, sino nuestro deseo excesivo por las cosas buenas: convertimos en dioses a las cosas buenas creadas; las transformamos en objetos que adoramos y servimos.

Lo peor que nos puede pasar es que Dios nos dé lo que nuestros corazones sobredesean. Tomemos como ejemplo a un hombre que adora su profesión. Él sirve a su carrera como algo que hará de él “un alguien”. La carrera impulsa y domina su vida; todo lo demás se amolda en torno a ella. ¡Lo peor que le puede pasar a este hombre es que le den un ascenso en su trabajo! Esto le permitirá seguir pensando que puede encontrar bendición en sus sobredeseos. Su ascenso lo convence de que esto es la “verdadera vida”. Le permite olvidar la destrucción que está haciendo en su matrimonio, en su familia y en sus amistades con el fin de ir tras su dios.

Oscar Wilde lo resumió bien: “Cuando los dioses quieren castigarnos, contestan nuestras oraciones”. Esta es la ira de Dios: darnos lo que deseamos demasiado y entregarnos a la búsqueda de las cosas que hemos puesto en Su lugar. Lo peor que Dios les puede hacer a los seres humanos en el presente es dejarlos alcanzar sus metas idólatras. Su sentencia es entregarnos al poder destructivo de la idolatría y del mal. Cuando pecamos, estiramos y rasgamos el tejido del orden que Dios creó. En vez de encontrar bendición, nuestro pecado provoca colapsos espirituales, psicológicos, sociales y físicos.

La gran tragedia es que escogemos esto para nosotros mismos. Dios nos permite caminar por la puerta que hemos escogido.

La libertad de la alabanza

¿Existe alguna salida, alguna manera de regresar? Tendremos que esperar al capítulo 3 de Romanos para ver una vez más la joya deslumbrante del evangelio. Pero el **versículo 25** nos da una clave: el “Creador [debe ser] bendito por siempre. Amén”. La solución es dejar de obstruir la verdad y alabar a Dios como Dios, depender de Él y aceptar Su derecho a gobernar sobre nosotros; es además desearlo a Él más de lo que deseamos cualquier otra cosa que haya creado.

¿En dónde encontramos la motivación, la libertad y el poder para hacer esto? Esto solo se descubre en el evangelio, donde nos damos cuenta de que, aunque por naturaleza somos impíos y malvados, en Cristo somos amados, aceptados y bendecidos. Es cuando entendemos el evangelio, cuando valoramos que nuestro Señor es también nuestro Salvador, que llegamos a encontrar libertad para alabar al Creador. ¿Cómo sabemos que hemos entendido y recibido ese evangelio? Cuando lo que más anhelamos es alabarlo por toda la eternidad.

Preguntas para reflexionar

1. ¿Ves las verdades de estos versículos en tu vida antes de ser cristiano? ¿Ves hoy fragmentos de esta actitud en tu vida?
2. ¿Cómo nos ayuda el hecho de entender la incongruencia que causa la obstrucción de la verdad para hablarles a los incrédulos sobre la fe cristiana?
3. Esta semana, ¿cómo y con qué frecuencia dedicarás tiempo simplemente a darle la gloria a Dios y a agradecerle por tu vida en Su mundo?

PARTE DOS

Hasta el **versículo 24** Pablo se ha enfocado en la relación vertical que la humanidad tiene con su Creador. Los seres humanos conocen la existencia de Dios, Su poder y deidad. Deberíamos glorificarlo viviendo en dependiente gratitud. En cambio, obstruimos la verdad y adoramos las cosas creadas, convirtiendo las cosas buenas (hechas por Dios) en dioses (hechos por nosotros mismos).

Pero desde Génesis 3 se ha mostrado claramente que corromper nuestra relación con Dios en Su mundo tiene un efecto negativo en nuestra relación con otros y con la creación misma. Dañar nuestra relación vertical daña nuestras relaciones horizontales. Dios ha creado el mundo así: para que lo gobernemos bien y de esta manera podamos ser de bendición a todos, debemos vivir bajo el gobierno de Dios disfrutando de Su bendición (Gen 1:28). Cuando adoramos a un ídolo en lugar de adorarlo a Él, Dios ya no es lo único Ser

imprescindible en nuestras vidas; otra cosa ya ocupa ese lugar. Eso ya es lo que nos gobierna. Y en última instancia, haremos lo que sea para conseguirlo, ampliarlo o conservarlo sin importar lo destructivo que esto sea para nosotros o para los demás.

Ahora Pablo vuelve su atención a los efectos horizontales de sustituir a Dios por un ídolo.

Pablo y la homosexualidad

Romanos **1:26-27** es uno de los pasajes más controversiales de la Escritura. Es el pasaje más largo de la Biblia que trata el tema de la homosexualidad.

En los últimos años muchos han intentado sugerir que la comprensión tradicional de estos versículos está equivocada, que más bien esto se refiere a personas que actúan contra su *propia* naturaleza, o que solo hace referencia al sexo homosexual promiscuo y no a las relaciones estables a largo plazo. Sin embargo, el pasaje literalmente dice “contra la naturaleza” (*para phusin*, **v 26, 27**). Esto significa que la homosexualidad es una violación de la naturaleza creada que Dios nos concedió. No hay nada en este pasaje que sugiera que Pablo solo tiene en mente algunos tipos de actos homosexuales. Como un ciudadano romano culto, educado y conocedor del mundo antiguo gracias a sus muchos viajes, Pablo estaría muy familiarizado con el concepto de las relaciones amorosas, estables y de largo plazo entre parejas del mismo sexo. Y eso no le

detiene para identificarlas como ajenas a la intención del Creador para el florecimiento humano.

Pablo está diciendo: *Aquí hay una manera en la que Dios, en Su ira, ha entregado a los seres humanos a sus sobredeseos para que experimenten las consecuencias.* (Así es como el final del **versículo 27** debe entenderse: “el castigo que merecían” es solo cosechar los resultados de la adoración a los ídolos. “El castigo que merecían” no está restringido al pecado de la homosexualidad). La Biblia es clara tanto en el Antiguo como en el Nuevo Testamento al enseñar que el sexo homosexual activo como un patrón de comportamiento establecido infiere una actitud de rechazo al señorío de Jesús y deja a las personas fuera de Su reino (ver 1Co 6:9-10), aunque nunca fuera de Su alcance (v 11).

Aquí debemos hacer dos observaciones. La primera es que en Romanos 1 Pablo hace alusión a todo tipo de sexo fuera del matrimonio (Romanos **1:24**), y después, de una manera más específica, al sexo homosexual (**v 26-27**), y lo define como un deseo excesivo que *da como resultado* y a la vez *manifiesta* la ira de Dios al

entregarlos “a pasiones vergonzosas”. Es un hecho inevitable que la Biblia cataloga a la homosexualidad como pecado. Sin embargo, en otras de sus cartas, Pablo menciona otros ejemplos del comportamiento idólatra. En Colosenses 3:5 Pablo identifica la “avaricia, la cual es idolatría”. La avaricia (es decir, el deseo constante y el impulso destructivo por tener más) es un indicio de la adoración a ídolos al igual que la inmoralidad sexual.

Y después en Gálatas 4:8-9 Pablo dice algo inesperado. Se dirige a los cristianos que habían sido **paganos** antes de que llegaran a confiar en Cristo y que ahora están siendo tentados a aceptar todas las leyes religiosas judías como un medio para ser salvos. Les dice: “Ustedes [...] eran esclavos de los que en realidad no son dioses [eso es indiscutible; ellos habían sido paganos] ¿cómo es que quieren regresar a esos principios ineficaces y sin valor? ¿Quieren volver a ser esclavos de ellos?”.

¿Cuál es el punto de lo que Pablo está diciendo? Pablo enseña que buscar la bendición y la salvación por medio de la moralidad bíblica (erigir un gobernante y un salvador que no es Dios) es idolatría tanto

como la avaricia o la homosexualidad. Vamos a adorar lo que creemos que necesitamos para satisfacernos, para darnos “vida”. Si no adoramos a Dios, adoraremos a algo más: placer sexual, amontonar posesiones, guardar reglas; y ninguno de estos es más (ni menos) grave que los otros.

Por lo que la segunda observación necesaria es que mientras que la homosexualidad sí es un pecado, es *un* pecado; no es *el peor* pecado. Toda inmoralidad sexual es pecaminosa (Romanos **1:24**); y Pablo está a punto de enumerar otros pecados en los **versículos del 29 al 31** a los que denomina “maldad”, actos que surgen de nuestro rechazo a la verdad acerca de Dios, que dañan nuestras relaciones horizontales y que merecidamente acarrearán la ira de Dios (v 18).

Esto significa que hay dos formas de malentender (o ignorar) la palabra de Dios en este punto:

- ☼ Algunas iglesias, en un esfuerzo por parecer relevantes a la cultura, y para parecer amorosas y hospitalarias con la gente homosexual, le han restado importancia a la clara enseñanza de la Escritura sobre la homosexualidad (como la que aparece

en **versículos 26 y 27**) o la han negado. Podemos definir este enfoque como “liberal”.

- ☸ Otras iglesias toman lo que la Biblia dice sobre la homosexualidad muy en serio, pero a la vez de una manera muy farisaica. Ven la homosexualidad como el pecado máximo (si no lo dicen, hablan y viven como si lo fuera). No buscan amar o acoger a los homosexuales. Pueden pretender amar y llevarse bien con sus vecinos hindúes o con sus amigos que viven en adulterio, pero no con los homosexuales. Tal vez podríamos definir a este enfoque como “conservador”.

Pablo no está enseñando ninguno de estos dos enfoques. Tiene claro que la homosexualidad es (literalmente) uno de esos “sobredeseos vergonzosos” (**v 26**). Pero no olvides que después presenta una larga lista de pecados que, para muchos de nosotros, son mucho más familiares o “respetables”: envidia, chismes, desobediencia, deslealtad (**v 29-30**). ¡Y entre los que hacen estas cosas Pablo espera una cosecha para el evangelio! No está diciendo: *No importa lo que hagan; Dios solo quiere que sean felices*. Pero

tampoco está diciendo: *Lo que hacen es tan grave que no los quiero amar ni quiero compartir con ustedes las buenas nuevas porque están más allá del alcance del evangelio.*

¿Cómo sabes que en el fondo estás diciendo esto último? Porque ves los actos homosexuales como una “perversión”, pero no ves al engaño o a la soberbia como una “depravación” (v 28). Solo captamos el evangelio cuando entendemos, como lo hizo Pablo, que yo soy el peor pecador que conozco (1Ti 1:15) y que si Jesús vino a morir por nosotros, no hay nadie que esté fuera de Su alcance. Esto nos libera para obedecer a Jesús amando a nuestro prójimo y poder aceptar la definición que Jesús hizo de la palabra “prójimo” como aquella persona que nuestra iglesia o nuestra cultura cataloga de irremediable (Lc 10:25-37).

Viéndonos en Romanos 1

Romanos **1:28-32** es perturbador porque, como ya hemos visto, todos nos encontramos ahí de una manera u otra. No es una lista exhaustiva de las manifestaciones de la idolatría (de “estimar que no valía la pena tomar en cuenta el conocimiento de Dios”, **v 28**) pero sí es una lista de amplio alcance. Aquí se incluye el desorden económico (“avaricia”, **v 29**), el desorden social (“homicidios, disensiones, engaño y malicia”, **v 29**), el quebrantamiento familiar (“se rebelan contra sus padres”, **v 30**) y el quebrantamiento en las relaciones (“insensatos, desleales, insensibles, despiadados”, **v 31**). Esto es lo que los teólogos llaman la doctrina de la depravación total: mientras que no todo lo que hacemos siempre es completamente pecaminoso, nada de lo que hagamos está completamente sano y salvo del pecado.

¿A qué se refiere Pablo al principio del **versículo 32** cuando dice que las personas saben que “quienes practican tales cosas merecen la muerte”? Probablemente se está refiriendo a nuestras conciencias.

Casi todas las personas, en todas las sociedades, han entendido que existe el bien y el mal. Tal vez creamos que tenemos el derecho de definirlos, pero todos estamos de acuerdo con que existen. Sabemos que hay cosas que merecen un castigo.

Y sin embargo, Pablo dice que los seres humanos “aprueban a quienes las practican” (**v 32**), es decir, aprueban a quienes promueven e impulsan la idolatría. Es fácil ver esto en los demás y más difícil verlo en nosotros. Pero vale la pena preguntar: *¿Alguna vez he animado a mis hijos a convertir sus logros académicos en un ídolo? ¿He mostrado mi apoyo silenciosamente a la envidia que siente mi amigo? ¿He permitido que el chisme corra a mi alrededor sin ponerle freno?*

Tres respuestas correctas

¿De qué manera debería el pueblo de Dios responder a estos versículos y a la oscura perspectiva de la humanidad que nos presentan? En primer lugar, tenemos que reconocer que aquí hay un cuadro que concuerda con la realidad del mundo. Todos los sistemas de pensamiento deben dar razón de la maravilla del cosmos, de la bondad que la humanidad es capaz de mostrar y del quebrantamiento que vemos en el mundo, en nuestras culturas y en nuestras vidas y relaciones. ¿Por qué hay tanta belleza?, y a la vez, ¿por qué tiene tantos defectos? La respuesta de Pablo es simple y llana: *Dios*. Hay un Dios que hizo todo y nos hizo a Su imagen para que conociéramos y reflejáramos Su carácter. Y ese mismo Dios nos ha dado, en juicio, lo que nosotros hemos escogido: la vida sin Él, adorando a cosas que no pueden satisfacer. En la belleza del mundo debemos ver la existencia de Dios. En la miseria y los defectos del mundo debemos ver la sentencia de Dios. Y al ver todo eso, volvemos al lugar donde vemos la misericordia de Dios: la cruz.

En segundo lugar, no mostraremos una indignación farisaica ante la forma de ser de “aquellos”. Pablo ha estado hablando de “aquellos” a lo largo de estos versículos. Está hablando de los gentiles; y sabe que un judío religioso y farisaico va a escuchar sus palabras y decir: *Tienes toda la razón, Pablo. Esta gente pagana merece la ira de Dios. Y me alegro de que hablaras de la homosexualidad; como judío, ese es un pecado que yo considero particularmente reprensible. ¡Me alegro tanto de no ser como ellos!*

La función de estos versículos es sacar a la luz cualquier orgullo farisaico de justicia propia que haya en nosotros; cualquier sentimiento de satisfacción que clama: *Ellos son malvados; y yo no soy como ellos*. Como veremos, en seguida Pablo dará un giro para enfrentar a esa persona religiosa y moral: “Por tanto, no tienes excusa tú, quienquiera que seas, cuando juzgas a los demás, pues al juzgar a otros te condenas a ti mismo” (2:1). El fariseísmo siempre es autocondenador. Y la justicia propia es el territorio del moralista.

Más bien, y en tercer lugar, debemos leer estos versículos a la luz de Romanos 1:16-17, sabiendo que no tenemos que temer la ira de

Dios porque hemos recibido Su justicia. Esto nos da la humildad y a la vez la libertad para preguntar: *¿Qué ídolos podrían estar (o ya están) compitiendo para desplazar a mi Creador en mi corazón y en mi vida?* Este pasaje nos insta a buscar áreas en las que estamos siendo envidiosos, calumniadores, desleales, lujuriosos, etc. Estas cosas son señales de que estamos adorando a un ídolo; ese algo que no es Dios se ha vuelto nuestro amo funcional. Entonces nos tenemos que preguntar: *¿Cómo sería depender de mi Creador en esta área? ¿Cómo amaría y sentiría y viviría de manera diferente si alabara a mi Creador en ese punto, en vez de servir a una cosa creada?* Esa es la manera de transformar nuestra *epithumia* (nuestros sobredeseos) a simples deleites; no sirviendo como esclavos a lo que Dios ha creado, sino apreciando Su creación en alabanza a Él.

Preguntas para reflexionar

1. ¿Cuáles son los “sobredeseos” con los que más luchas? ¿Te identificas con alguno de los pecados que Pablo menciona en

los versículos del 26 al 27 y del 29 al 31?

2. ¿Cómo puedes asegurar que la maldad del mundo no te conduce al orgullo y al fariseísmo (justicia propia) sino a la cruz de misericordia?
3. ¿Hay algunas maneras en las que estos versículos hayan resaltado el orgullo y el fariseísmo que hay en tu corazón?

3. LOS RELIGIOSOS NECESITAN EL EVANGELIO, PARTE UNO

En el capítulo 1 Pablo ha mostrado cómo el mundo pagano (de los gentiles) ha rechazado a Dios y se ha entregado a la impiedad e injusticia que ha escogido. Todos los oyentes judíos apoyarían rotundamente la crítica que Pablo hace del mundo pagano y de su estilo de vida. Pero hubieran dado por sentado el hecho de que ellos estaban exentos de su condenación puesto que eran judíos que guardaban la **ley**.

Y así es exactamente como las personas religiosas escucharían Romanos 1:18-32 hoy en día. Dirían: *Sí, por supuesto que la ira de*

Dios está sobre el inmoral, el pagano, el que vive una vida de libertinaje. Pero nosotros tenemos la palabra de Dios y vivimos por ella. No estamos condenados. Las personas religiosas creen estar de acuerdo con Pablo en Romanos 1:18-32... y puede que hayan perdido el punto principal.

Así que Romanos **2:1** cae como un balde de agua fría sobre la persona religiosa. Es una jugada maestra. Pablo se dirige a la persona que ha estado sentada escuchando la exposición de los estilos de vida paganos y que se siente complacida de no ser como “aquellos”. Pero resulta que Pablo declara: *¡Ustedes hacen las mismas cosas! ¡Siempre que juzgan a una persona que no es religiosa se están juzgando a ustedes mismos*”. A fin de cuentas, la última parte del capítulo 1 está escrita para exponer los ídolos tanto de la persona religiosa como de la persona irreligiosa.

Juzgándote a ti mismo

Nadie realmente está a la altura de sus propios estándares. “Cuando juzgas a los demás [... tú] practicas las mismas cosas” (v 1). ¿De qué manera? Recuerda que la mayor parte de la lista de pecados de Pablo en 1:29-30 no se trata de nuestras acciones; más bien, Pablo se enfoca en nuestras actitudes. Debemos dirigir la mirada a nuestros corazones antes de mirar nuestras manos.

Su enseñanza se alinea con la de Jesús en el **Sermón del Monte**, donde el Señor dice: “Ustedes han oído que se dijo a sus antepasados: ‘No mates, y todo el que mate quedará sujeto al juicio del tribunal’. Pero Yo les digo que todo el que se enoje con su hermano quedará sujeto al juicio del tribunal” (Mt 5:21-22). Para la mayoría de nosotros no es tan difícil llegar al final del día y decir: *Bueno, no he matado a nadie*. Pero es más inusual que con toda honestidad digamos: *No me he enojado con nadie; no he tratado a nadie como si no fuera digno de amor*.

Así que el reto de Pablo para “ti” en Romanos **2:1** es: *Cuando ves a*

alguien que se deja llevar por la ira (al asesinar, por ejemplo), ¿qué haces? Claro que es correcto ser alguien que “lo juzga todo” (1Co 2:15) en el sentido de seguir el veredicto de Dios sobre lo que está bien y lo que está mal. Si no lo hacemos, seríamos las personas de Romanos 1:32 que “aprueban a quienes [...] practican” el pecado. Pero “juzgar” en **2:1** no es solo decir: *Esto está mal*, sino acompañar esta declaración con una actitud particular. Aquí “juzgar” es básicamente decir: *Estás perdido, y me alegro porque ahora me siento mejor conmigo mismo*. En otras palabras, “juzgar” es creer que los demás son dignos del juicio de Dios menos tú.

La grabadora invisible

Incluso es muy posible que emitamos un juicio sobre alguien por una actitud que sabemos que nosotros mismos tenemos. John Stott señala que tenemos la tendencia de ser mucho más rápidos y duros en nuestra crítica hacia los demás que hacia nosotros mismos. Encontramos toda clase de excusas para nuestro pecado (estábamos cansados; nos provocaron; fue un mal menor) mientras que somos prontos para notarlo y condenarlo en los demás sin nunca considerar qué cargas puedan ellos estar llevando. John Stott lo expresa así:

Nos envolvemos en un estado de indignación farisaica por el comportamiento vergonzoso de otros, mientras el mismo comportamiento no nos parece tan grave cuando es nuestro y no de ellos.

(El Mensaje de Romanos, p. 82)

Condenar a los demás mientras nos excusamos a nosotros mismos es lo que nos permite aferrarnos a nuestro fariseísmo y a nuestro

pecado. Podemos sentirnos bien con nosotros mismos mientras somos indulgentes con lo que nos hace sentir bien. Y entre tanto, Pablo nos dice: “Te condenas a ti mismo”.

Dicho de otro modo, en el día del juicio final de Dios, cuando me tenga que presentar ante Él, el que emita el juicio de condena... seré yo mismo. “El juicio de Dios contra los que practican tales cosas se basa en la verdad” (v 2). Dios es escrupulosamente justo en Su juicio y usará nuestros propios estándares (los juicios que hicimos con nuestras propias bocas) como la medida con la cual seremos juzgados (como lo advirtió Jesús en Mateo 7:1-5).

Esto es a lo que Francis Schaeffer, teólogo del siglo veinte, llamó la “grabadora invisible”. Es como si, sin verla, existiera una grabadora colgada en nuestros cuellos. Graba las cosas que les decimos a los demás y lo que decimos de los demás con relación a cómo deberían vivir. Después, en el día final, Dios el Juez te quitará la grabadora del cuello y te dirá: *Voy a ser completamente justo; simplemente reproduciré esta cinta y te juzgaré sobre la base de tus propias palabras sobre los estándares para el comportamiento humano.* Pablo

pregunta: “¿Piensas entonces que vas a escapar del juicio de Dios?”

(Ro **2:3**). Nadie en la historia puede contestar con seriedad: “Sí, creo que sí”.

El “hijo mayor” de Pablo

Entonces la religión de la justicia propia es un rechazo a Dios (y una mala interpretación de Su carácter, **2:4**) al igual que la irreligión egocéntrica del final del capítulo 1. Un ateo reprime la verdad sobre la existencia y la naturaleza de Dios y usa los dones que Dios le ha dado para complacer sus propios deseos sin darle gloria ni gracias al Dador. Es un desprecio presuntuoso de Su bondad. Es una actitud que se burla de la idea de la ira de Dios, que no reconoce su realidad presente ni se da cuenta que la única razón por la que su manifestación plena y final se contiene es porque: “El Señor [...] tiene paciencia con ustedes, porque no quiere que nadie perezca sino que todos se arrepientan” (2P 3:9).

Esto es exactamente lo que Pablo dice en Romanos **2:4**; sin embargo, aquí *se está dirigiendo a una persona religiosa*. Una persona que se cree justa por sus propias obras reconoce la existencia de Dios, pero no ve la necesidad que tiene de Él. Cree que lo está haciendo bastante bien por sí mismo. Es su propio salvador. Al

fin de cuentas, merece la gloria para sí mismo. Es la actitud de la persona que se alegra de que la ira de Dios se manifiesta en los demás pero que piensa que ella está completamente exenta. No ven la necesidad del **arrepentimiento** y no tienen conciencia que Dios está, con toda bondad, frenando Su sentencia con el fin de darle a *ella* una oportunidad de volverse a Él con humildad y apelar a Él por misericordia. Esto también es un desprecio presuntuoso de Su bondad.

Así que Romanos 1 y 2 están poniendo delante nuestro a las mismas dos personas que Jesús menciona en Su parábola de los dos hijos (Lc 15:11-32). Ahí, Jesús nos presenta a un padre con dos hijos. Hay un hijo menor que ama el sexo con prostitutas y despilfarra el dinero de su padre; es licencioso, materialista y desobediente a su padre. Pero también hay un segundo hijo; este es obediente y complaciente con todo lo que el padre dice. Y sin embargo, el argumento de la parábola es que ambos están perdidos, ambos están distanciados del padre y ambos necesitan la salvación. Aquí en Romanos, Pablo está diciendo exactamente lo mismo. Romanos 1

hace referencia a los hermanos menores. Pablo dice: *Están perdidos, están condenados, están adorando a ídolos hechos con sus manos (han cometido el tipo de pecado que todo el mundo cataloga como pecado)*. Después se gira hacia los hermanos mayores en Romanos 2 y les dice: *Ustedes que se esfuerzan tanto por ser buenos, que piensan que Dios está en deuda con ustedes porque son mejores: ¡ustedes también están perdidos!*

Pablo dice: *Ustedes son iguales*. En el idioma original hay un dato interesante que no podemos ver en nuestras traducciones al español, pero cuando en **2:5** (LBLA) Pablo habla acerca de “tu terquedad y [...] tu corazón no arrepentido”, está usando dos palabras griegas, *sklerotes* y *ametanoetos*, que en la Septuaginta (el Antiguo Testamento en griego) siempre y solamente se usan para referirse a los que son culpables de idolatría (por ejemplo, Deuteronomio 9:27). Aunque la obediencia religiosa parece piadosa, es, de hecho, una forma de idolatría. La persona religiosa puede haber rechazado completamente todos los ídolos externos actuales que su cultura adora: estatuas, sexo fuera del matrimonio, profesiones, etc. Pero

tienen ídolos en su corazón. Encuentran su valor en su moralidad; encuentran a su salvación en guardar las reglas. Adoran su bondad porque su bondad los salvará, ¿no es cierto? *No*, dice Pablo: estás “acumulando castigo contra ti mismo para el día de la ira” (v 5).

La gente religiosa necesita el evangelio

Pablo está mostrando que la gente religiosa necesita el evangelio tanto como la gente no religiosa; y que la gente religiosa huye del evangelio tanto como la gente no religiosa. La esencia del evangelio es que la justicia de Dios ha sido revelada para que pueda ser recibida (1:16-17). Cuando confiamos en algo o en alguien que no es Jesús para que nos dé justicia, estamos rehusando aceptar el evangelio. Depender de los mandamientos de Dios para nuestra salvación muestra la misma autosuficiencia y el mismo rechazo a Dios que manifestamos al ignorarlos.

Cualquier persona moral que está satisfecha con su estado espiritual está negando la **doctrina** de que la justicia viene solamente por medio de la fe. Piensan que no necesitan recibir la justicia porque creen que ya la tienen por sí mismos. No saben que necesitan el evangelio, ¡así que no lo reciben! En el día final estarán de pie con la frente en alto... hasta que Dios oprima el botón de “reproducir” en su grabadora invisible.

¿Cómo puedes saber si eres el “tú” al que Pablo se está refiriendo aquí? He aquí tres formas de averiguarlo:

1. ¿Sientes que eres un pecador sin esperanza a quien Dios tendría el absoluto derecho de rechazar en este mismo instante por la condición de tu vida y tu corazón?
2. Cuando consideras cómo viven los que están fuera de tu iglesia, ¿los miras con altivez y los juzgas en tu corazón?; o piensas: Mi corazón es por naturaleza exactamente como el suyo solo que se manifiesta de forma diferente.
3. ¿En el fondo crees que no hay una grabadora invisible o que puedes presentarte ante tu propio juicio cuando tu grabación se reproduzca? ¿O has aceptado que tus propios valores te condenarán y que necesitarás recibir una justicia que nunca podrías lograr por ti mismo?

Preguntas para reflexionar

1. Considera con cuidado tus respuestas a las tres preguntas

anteriores y después habla con Dios acerca de ellas.

2. ¿Cuáles son los pecados que estás tentado a excusar en ti mismo mientras los condenas en los demás?
3. ¿De qué manera usarías estos versículos para hablarle a alguien que piensa que es salvo porque es bueno?

PARTE DOS

Salvo por obras

En el día final, cuando nos presentamos ante el Dios creador para recibir Su juicio y veredicto, ¿cuál será la prueba por la cual seremos juzgados? La respuesta de Pablo es desconcertante. No dice: *Seremos juzgados en virtud de si hemos recibido o no la justicia que Cristo ganó y que solo Él provee. Sino: Dios “pagará a cada uno según lo que merezcan sus obras”*. El juicio se emitirá sobre la base de las **obras**.

¿Pablo ha cambiado de parecer desde Romanos 1:16-17, donde dice que un estado recto ante Dios solo lo puede dar Él mismo, que lo recibimos por medio de la fe y que nunca lo podremos ganar por nuestros propios esfuerzos? ¿Enseña Pablo que debemos sumar obras a la fe para presentarnos ante Dios en el juicio final? ¿Debió Martín Lutero (que catalogó a los versículos 1:16-17 como “su más grande descubrimiento”, los que le permitieron ver que la salvación es por gracia mediante de la fe) haber continuado leyendo otros veinte versículos para ver que su “descubrimiento” no era tan grande como

él creía!?

En primer lugar, ¡démosle a Pablo algo de crédito por su inteligencia! Solo veinte versículos antes declara que somos salvos sin necesitar de la ley o de cualquier cosa que podamos hacer. Debemos comenzar con la suposición de que Pablo no se está contradiciendo discreta ni inconscientemente.

En segundo lugar, en **2:6** Pablo cita del Salmo 62. Dios “pagará a cada uno según lo que merezcan sus obras”; así que ¿qué ha hecho la gente a la que se dirige este salmo? La respuesta es esclarecedora. David, el autor, está contrastando dos grupos de personas. Los del primer grupo hacen planes en contra del rey escogido de Dios (v 3-4): mienten, dicen una cosa con sus labios y hacen lo contrario en sus corazones; son como la gente de la que Pablo habla en Romanos 2:1-3.

El otro grupo “solo en Dios halla descanso”; ellos saben que “de Él viene [su] salvación” (Sal 62:1). Son los que dicen: “Dios es mi salvación y mi gloria; es la roca que me fortalece; ¡mi refugio está en Dios!” (v 7). Lo que han hecho es encontrar la salvación de Dios y

hacer de Él el centro de sus vidas. Y es esta actitud la que Dios va a recompensar. “Tú pagarás a cada uno según lo que merezcan sus obras” (v 12).

Así que en Romanos **2:6** Pablo le está pidiendo tanto a la persona irreligiosa como a la religiosa que consideren lo que han hecho o, mejor dicho, lo que no han hecho. Ninguna de estas dos personas se ha arrepentido (**v 5**) al buscar refugio de la justa ira de Dios en Su inmerecida misericordia. Ambas están buscando honor en ellas mismas.

La evidencia, no la base

En tercer lugar, Pablo *sí* está diciendo que las obras importan, no como la base para la salvación, sino como la evidencia de que tenemos la fe que salva. En el Salmo 62 lo que básicamente importa es la relación que una persona tiene con Dios como su refugio, su roca, su salvación. Como sugieren los versículos 9 y 10 del salmo, esto se *reflejará* en la manera como perciben su vida y lo que hacen de ella. Las buenas obras muestran que tenemos la fe que salva; no se suman a nuestra fe para darnos la salvación.

Esta es otra manera de decirlo: las manzanas que cuelgan de un manzano demuestran que el árbol está vivo, pero no dan vida al árbol. Las manzanas son la evidencia de que el árbol está vivo, pero las raíces son las que succionan los nutrientes de la tierra para darle vida al árbol. De la misma manera, la fe en Cristo por sí sola da nueva vida (Dios da Su justicia a todo aquel que cree); pero una vida cambiada y recta es lo que demuestra que tenemos la fe verdadera.

No debemos malinterpretar a Pablo como si dijera que hay que

agregar obras a la fe para poder presentarnos ante Dios en el día del juicio. Pero, de igual manera, nuestro entendimiento de la salvación por gracia no debe minimizar este desafío. Si las obras de nuestras manos no están siendo transformadas ni dirigidas por la fe que profesamos tener, debemos preguntarnos si nuestra fe es sincera y real.

¿Cómo sabemos esto?

¿Cuáles son los indicadores que muestran si un corazón está bien con Dios o no? Romanos **2:7** nos da dos de ellos:

1. “La perseverancia en hacer el bien” (LBLA). Significa que hacer el bien (vivir de manera piadosa) se ha vuelto un estilo de vida.
2. “Buscan gloria, honor e inmortalidad”. Se refiere a las cualidades que proceden de una vida ligada a Dios y que alcanzamos en una vida en relación con Dios. La persona justa no hace buenas obras para su propio beneficio; las hace porque quiere llegar a ser como Dios en Su carácter. Fuimos creados para disfrutar estas tres cosas: la gloria, el honor y la inmortalidad. Estas son cosas nobles y dignas de alcanzar. El problema no está en las metas sino en nuestros medios para alcanzarlas. Las buscamos en las cosas creadas, no en el Creador. Hay que buscar nuestras metas donde sí las podemos encontrar —en Dios— y ser hechos de nuevo a Su imagen. “Él dará vida eterna” a los que la buscan a través de conocerlo a

Él.

En seguida, el **versículo 8** nos presenta dos indicadores que muestran que una persona no está bien con Dios:

1. El “egoísmo” es el indicador clave. Significa tener un espíritu de voluntad propia o de glorificación personal, de buscar ser nuestro propio señor y salvador. Esto se puede buscar ya sea por una vida no religiosa y licenciosa o por medio de una vida moral, religiosa y recta.
2. “Rechazan la verdad para aferrarse a la maldad”. Significa que no hay una disposición para ser instruido por la verdad de Dios y aprender de ella. No quieren ser enseñados; hay un rechazo a someterse a la verdad fuera de las convicciones propias. Las personas no religiosas hacen esto de una manera muy obvia, pero ¡las personas religiosas también lo hacen! Si queremos considerarnos justos por guardar la ley, probablemente estaremos dispuestos a escuchar los mandamientos de Dios que nos enseñan cómo vivir, pero ignoraremos Su palabra cuando nos dice que la debemos guardar perfectamente y

cuando nos dice que somos incapaces de hacerlo y que, por lo tanto, necesitamos recibir una justicia que por nosotros mismos no podemos alcanzar. Si creemos que nos podemos salvar a nosotros mismos, rechazamos la verdad así como lo hacen los que creen que no necesitan la salvación.

Los **versículos 9 y 10** después repiten la enseñanza de los **versículos 7 y 8** con una diferencia. Pablo dice dos veces: “los judíos primeramente, y también los gentiles”. Es decir, “con Dios no hay favoritismos” (**v 11**). La sentencia es imparcial. Lo que importa no es quiénes somos sino lo que hacemos: lo que importa no es el origen de nuestra familia ni nuestro trasfondo cultural (judío, cristiano, asistente en una iglesia, completamente distanciado de la Biblia), sino cómo decidimos relacionarnos con Dios.

Todos seremos juzgados con imparcialidad

Pablo aborda otro aspecto donde Dios no muestra favoritismo en los **versículos del 12 al 15**. En un sentido aquí hay dos advertencias. La primera es que los que saben lo que Dios manda y no lo obedecen “por la ley serán juzgados” (**v 12**). ¡Es peligroso escuchar la ley de Dios! Después de todo, “Dios no considera justos a los que oyen la ley sino a los que la cumplen.” (**v 13**).

Probablemente es mejor leer esto como una situación hipotética como lo hace John Stott. En efecto, Pablo está diciendo: *No creas que conocer la ley de Dios sirve de algo; el único camino a la justicia por medio de la ley es obedecerla... ¿y realmente puedes afirmar que siempre obedeces toda la ley de Dios en todas las cosas?*

La segunda advertencia tiene que ver con los versículos 14 y 15. A continuación Pablo introduce una categoría de gentiles que no conocen la ley que los judíos poseen y que, no obstante, estos gentiles la obedecen. ¿Quiénes son estos gentiles? Como primera

opción, podríamos pensar que son gentiles que obedecen la ley sin haber escuchado de Cristo y que son salvos al margen de la fe en Cristo. Pero esto no puede ser correcto, ya que la enseñanza insistente de todo el Nuevo Testamento y todo el sentido del argumento que Pablo está haciendo en estos capítulos es que “en ningún otro [además de Jesucristo] hay salvación, porque no hay bajo el cielo otro nombre dado a los hombres mediante el cual podamos ser salvos” (Hch 4:12, ver 4:10).

Como segunda opción, podrían ser gentiles que se han convertido al cristianismo y que por lo tanto obedecen la ley que ha sido escrita en sus corazones, aunque no la posean externamente. Esto podría ser; pero sería raro que Pablo, explicando que cada ser humano merece el juicio de Dios, de repente hablara de los que son salvos; y es difícil imaginar que a los cristianos gentiles no les hubieran enseñado a obedecer la ley (el Antiguo Testamento) en sus iglesias, además de tenerla internamente escrita en sus corazones por el Espíritu.

Así que la tercera opción es la mejor. Pablo está contestando esta objeción: *¿Cómo puede la gente ser juzgada de acuerdo con un*

estándar que no conoce? ¿De qué manera el juicio puede ser justo si los que no conocen la ley de Dios “perecerán sin la ley”? (Ro 2:12). Y la respuesta de Pablo aquí es que la ley de Dios es innata a las personas, porque a veces los gentiles “cumplen por naturaleza lo que la ley exige [...] aunque no tengan la ley” (v 14). Todas las personas conocen los principios básicos de la conducta buena y de la mala, y su base es una realidad objetiva, un estándar por el cual seremos juzgados.

C. S. Lewis explica:

Todos hemos oído discutir a los demás: “¿Cómo te sentirías si alguien te hiciera lo mismo?”; o: “Dame un trozo de tu naranja, yo te di un trozo de la mía” [... El hombre que dice esto] está apelando a algún estándar de comportamiento que supone que la otra persona debe conocer.

(Mero Cristianismo, p. 17)

Entonces cuando alguien que no sabe nada de Dios hace lo que Dios quiere porque sabe que es lo correcto, “estos muestran que llevan escrito en el corazón lo que la ley exige, como lo atestigua su

conciencia” (v 15). Todos tenemos una percepción integrada de que existe el bien y el mal.

Por supuesto, nuestras conciencias no son como deberían ser. “Obstruimos la verdad” acerca de Dios y acerca de Sus estándares para que podamos adorar a otras cosas y vivir por ellas. Además, no siempre seguimos nuestras conciencias. A veces encontramos que nuestros pensamientos nos “acusar” y en otras ocasiones nos “defienden”. Todos hacemos cosas que sabemos que están mal. Pablo está advirtiéndolo que Dios es justo al juzgar a los que conocen la ley porque, conociéndola, no la guardan; y Pablo también está advirtiéndolo que Dios juzgará con justicia a los que no conocen la ley externamente porque, conociéndola internamente, aun así no la guardan.

Sin ira, sin cruz

¡Estos versículos están a rebosar de tantas verdades que contienen, y son complejos! ¡¿A dónde ha llegado Pablo?! A que el juicio “sucederá el día en que [...] Dios juzgará” (**v 16**); y que ese juicio será justo y tomará en cuenta “los secretos de toda persona” (es decir, cómo son sus corazones). En ese día, el “tú” de Romanos 2:1 ya no podrá esconder los ídolos de su corazón bajo el manto del cumplimiento religioso. Al contrario, nadie que con humildad haya recibido la justicia que Dios ha ofrecido pasará desapercibido ni será declarado culpable.

¿Por qué Pablo agrega “como lo declara mi evangelio”? Porque el juicio justo de Dios es fundamental a la declaración que ha hecho sobre el Hijo de Dios. Si no hay un juicio, la salvación no tiene sentido. Sin la realidad de la ira presente y futura de Dios, la cruz está vacía de su gloria. El interés de Pablo es mostrar que el terreno sobre el cual estamos parados, gentiles y judíos, religiosos y no religiosos, los que quebrantan la ley y los que guardan la ley, está nivelado.

Todos enfrentamos el juicio y todos merecemos la ira. Es solo desde este terreno que somos capaces de ver la cruz, y de verla con claridad. No podemos apreciar quién es Cristo a menos que primero hayamos reconocido quiénes somos nosotros. Como Charles Simeon, el gran predicador de los siglos dieciocho y diecinueve, lo expuso:

Solo hay dos cosas que he deseado contemplar: la primera es mi propia vileza y la otra es la gloria de Dios en la faz de Jesucristo. Siempre he pensado que deben ser vistas juntas.

(Carus, “Memorias de la Vida del Reverendo Carlos Simeon” citado en el libro de John Piper, *Las Raíces de la Perseverancia*, p. 108)

Preguntas para reflexionar

1. ¿Qué diferencia hace para la vida de alguien encontrar el verdadero descanso, la esperanza y el honor solo en Dios?
2. ¿De qué manera los indicadores de la página 50 te alientan y/o te desafían?

3. ¿De qué manera te está defendiendo tu conciencia hoy? ¿De qué manera te está acusando?

4. LOS RELIGIOSOS NECESITAN EL EVANGELIO, PARTE DOS

Romanos **2:17** nos recuerda a quién se está dirigiendo Pablo a lo largo de todo este capítulo: al religioso, al judío que cree en la Biblia, que leyó el final del capítulo 1 y pensó: *Yo no soy como estas personas.*

Entonces la palabra “si” del **versículo 17** es escandalosa. Imagina a un buen judío leyendo este versículo. *¿Cómo que si soy judío? ¿Cómo te atreves a decir eso, Pablo? Claro que soy judío.* Sentimos la fuerza del versículo al cambiar la palabra “judío” por “cristiano”. Pablo se dirige a los miembros de la iglesia, a los cristianos

profesantes, y les dice: *No asumas que estás bien. Si dices ser cristiano...*

Orgullosos de ser judío

En el resto del capítulo 2 Pablo describe a la persona a la que se está dirigiendo como una persona moralmente decente (que toma la ley en serio, **v 17-24**) y religiosamente activa (siendo **circuncidado**, **v 25-29**). Los judíos confiaban en estos dos factores. Algunas personas son religiosas pero no quisquillosamente morales; otras personas son escrupulosamente morales pero no religiosamente activas. Los judíos eran ambas cosas. Y ninguna de estas los hacía justos ante Dios.

En primer lugar, Pablo enumera seis cosas de las cuales los judíos se sentían orgullosos en cuanto a su manera de vivir (su rectitud moral):

1. “Tú que llevas el nombre de judío” (**v 17**). Estaban orgullosos de su nacionalidad; es decir, estaban contentos de ser judíos.
2. “Dependes de la ley” (**v 17**). Estaban orgullosos por tener y conocer la ley que Dios le había revelado a su ancestro, Moisés, en el Monte Sinaí (ver Éx 19 – 31).
3. “Te jactas de tu relación con Dios” (Ro **2:17**). Dios había

escogido a Israel para ser Su pueblo (Éx 19:4-6).

4. “Conoces Su voluntad y sabes discernir lo que es mejor” (Ro **2:18**). Eran capaces de tomar decisiones **éticas** y de ver las malas decisiones de los demás. Seguir las minuciosas normas y reglamentos de la ley de Dios les daba un sentimiento de satisfacción; sentían que eran agradables a Dios, sobre todo cuando se comparaban con los demás.
5. “Eres instruido por la ley” (**v 18**). Ellos no solo “tenían” la ley; la dominaban. La podían citar, podían hacer referencias cruzadas, podían profundizar en los detalles.
6. “Estás convencido de ser guía de los ciegos” (**v 19**). Sabían que podían ver y que los demás no, puesto que los demás estaban perdidos en la idolatría, y así ellos difundían el conocimiento de la ley.

Pablo no está diciendo que haya algo malo con ser judío; con tener, conocer y asimilar la ley de Dios; con usar Sus mandamientos para tomar decisiones éticas; o con querer compartir Sus caminos con los demás. El problema es que “tú dependes [...] te jactas” (**v 17**). Lo que

está mal no es ser judío o tener la ley (y mucho menos guardarla): es la actitud que tienen hacia su nacionalidad y su moralidad. Están dependiendo de esto; están convirtiendo lo que es moral (cosas buenas) en un sistema de salvación. El contenido de la ley es bueno, pero usar la ley como el camino a la vida eterna solo conduce a la muerte. No existe mucha diferencia entre las palabras *moralidad* y *moralismo*, pero existe un mundo entero de diferencia entre convertir algo bueno (moralidad) en tu dios (moralismo).

El moralismo es y siempre ha sido algo sumamente común. Es la religión con más seguidores en el mundo hoy en día. Es la religión de las personas que se comparan con los demás, que se dan cuenta que son “mucho más decentes que los demás” y que llegan a la conclusión: *Si hay un Dios, seguramente me aceptará. Soy una buena persona.*

¿Cómo podemos saber si nos hemos desviado al “moralismo cristiano” y si lo hemos adoptado como la fuente de nuestra justicia? Siempre que nos jactamos de algo que hemos hecho (cuando dependemos de nuestras propias acciones, profesión o identidad)

estamos viviendo **funcionalmente** como moralistas.

Es un buen ejercicio sustituir la palabra “judío” por “cristiano” y parafrasear los **versículos del 17 al 20**: *Tú dices ser cristiano nacido de nuevo y estás seguro que estás bien con Dios porque firmaste una tarjeta de compromiso o caminaste por un pasillo o hiciste una oración y lloraste esa noche. Tuviste fuertes sentimientos para con Dios, así que seguramente debiste haber sido convertido esa noche. Y desde entonces has memorizado una larga lista de versículos de la Escritura y sabes la respuesta correcta a un gran número de preguntas. Has guiado a otras personas a hacer un compromiso con Cristo en el estudio bíblico que diriges. Y quieres profundizar en la Biblia; ¡por eso estás leyendo Romanos para Ti!*

Practica lo que predicas

Pablo ha preparado a sus lectores con dos lanzamientos muy rectos. Ahora les lanza una curva: el **versículo 21**, que dice: “Tú que enseñas a otros, ¿no te enseñas a ti mismo?”. D. Martyn Lloyd-Jones, el gran predicador británico del siglo veinte, muestra cómo esto se aplica a los que decimos ser cristianos:

Cuando lees tu Biblia día tras día, ¿te aplicas su verdad a ti mismo? ¿Qué pretendes cuando lees la Biblia? ¿Solo tener un conocimiento de ella para después mostrar a los demás lo mucho que sabes y para tener argumentos cuando discutas con ellos? ¿o realmente quieres aplicar Su verdad a ti mismo? [...] Mientras leas [...] háblate a ti mismo: *¡Esto es para mí!* ¿Qué está diciendo acerca de mí? Permite que la Escritura te examine. Si no lo haces, puede ser muy peligroso. En un sentido, entre más conoces [de la Biblia], más peligro corres si no la aplicas a ti mismo.

(Romanos Capítulos 2:1 – 3:20, pp. 147-149)

Cuanto más nos adentremos en la vida cristiana, y más involucrados estemos en la vida de nuestra iglesia, más necesitamos prestar atención a estas palabras. ¿Nos estamos predicando el evangelio a nosotros mismos antes de predicarles a los demás? ¿Estamos nosotros practicando lo que enseñamos a otros practicar?

La idolatría de la religión

Pablo enumera tres formas en las que el confiado judío moral, al cual se está dirigiendo, no está practicando lo que enseña. Él roba (v 21); comete adulterio; aunque odia la idolatría, roba de sus templos (v 22).

El moralismo fracasa porque todos somos incoherentes en nuestro comportamiento. Tenemos la ley, pero nadie la guarda. Quebrantamos la ley de dos maneras. La primera: existe una hipocresía ocasional pura y simple. Esta puede ser escandalosa (el pastor que está teniendo una aventura extramatrimonial o el diácono que está cometiendo fraude en el trabajo) o más del día a día (robar tiempo extendiendo la hora de la comida, o no declarar algunos ingresos en el formulario de impuestos).

La segunda forma de quebrantar la ley es por los constantes pecados y motivos del corazón. Esto es a lo que Pablo probablemente se refiere en su tercera acusación: “Tú que aborreces a los ídolos, ¿robas de sus templos?” (v 22). Algunos creen que es posible que algunos judíos, aunque ellos mismos no adoraban a los

ídolos, tomaran estos ídolos de los templos y los vendieran a otros. (Esto sería cómo escribir artículos para una revista pornográfica que tú no verías ni querrías que tus hijos vieran). Sin embargo, no hay ninguna evidencia de que los judíos que profesaban ser religiosos y que guardaban la ley realmente hicieran esto.

Así que la explicación más probable es que el término “robos de sus templos” sea figurativa. Pablo está tomando un enfoque radical de los diez mandamientos, así como lo hizo Jesús (Mt 5:21-48). Ahí, Jesús amplía la definición de adulterio y pasa de lo meramente externo (*No he dormido con nadie que no sea mi esposa. Eso es guardar el octavo mandamiento*) a incluir los motivos del corazón: “cualquiera que mira a una mujer y la codicia ya ha cometido adulterio con ella en el corazón” (v 28).

Pablo está usando el mismo principio aquí. La verdadera religión trata tanto de los motivos del corazón como (o más que) de las acciones del cuerpo. Está diciendo: *La adoración a los ídolos es más que un acto físico. Tú rechazas inclinarte ante una estatua, pero de hecho adoras al mismo ídolo que esa estatua representa. Si dejas*

que cualquier cosa se convierta en tu propósito en la vida (poder, comodidad, aprobación, posesiones, placer, control), estás quebrantando el mandamiento en contra de la idolatría al igual que los adoradores de las estatuas que aborreces. Si tratas a la religión como tu salvador, entonces estás quebrantando el mandamiento; has tomado una estatua de un templo pagano, le has puesto el nuevo nombre de “moralidad” y la adoras. En otras palabras, se puede usar la religiosidad cómo una mascara para encubrir los ídolos que nuestro corazón hace de nuestro trabajo, del sexo, de la reputación y de otros más, o convertimos la religiosidad misma en nuestro ídolo.

Diagnosticando la fe vacía

¿Cómo podemos saber si nuestra “fe” está vacía, muerta y bajo el juicio de Dios? Estos versículos nos impulsan a hacer un autodiagnóstico potencialmente incómodo. Aquí hay dos señales que Pablo nos da:

1. Sabemos que la fe está muerta cuando existe una postura hacia la palabra de Dios que es solamente teórica (Ro **2:21**). El moralista o el cristiano ortodoxo muerto ama los conceptos de la verdad, pero nunca es cambiado por ellas. Muchas veces ven cómo un sermón o un texto bíblico debe impactar a los demás, pero rara vez (si acaso) dejan que esto les impacte a ellos. Un verdadero cristiano encuentra a la Biblia “viva y eficaz” (Heb 4:12); cuando la escucha o la lee es corregido, consolado, conmovido, afectado, ablandado, derrumbado, levantado. Pablo nos apremia a preguntarnos: *¿Cuál de ellos soy yo? ¿Me enseño a mí mismo?*
2. Sabemos que la fe está muerta cuando existe una superioridad

moral, una jactancia interior. Si tu confianza está en tus logros espirituales, tendrás que menospreciar a los que han fracasado en las áreas donde has tenido éxito. En el mejor de los casos tratarás a los que están luchando con apatía, y en el peor de los casos los condenarás. En vez de hablar palabras de aliento con el fin de ayudarles a levantarse, chismeas acerca de ellos con los demás para quedarte bien en comparación. Una señal para saber si estás en esta condición es el hecho de que las personas no quieran compartir sus problemas contigo, y que te pones muy a la defensiva si otros te muestran tus defectos o errores.

Preguntas para reflexionar

1. ¿En qué confías como fuente de tu aceptación, confianza y propósito en la vida?
2. ¿De qué manera practicas lo que predicas? ¿Hay áreas en tu vida en las que no estás haciendo esto? ¿Qué harás para

cambiar?

3. ¿Qué tal te fue en las pruebas de autodiagnóstico presentadas al final de esta sección?

PARTE DOS

La peor debilidad del moralismo es que no puede proteger el corazón del pecado ni impedir que peque; lo único que puede hacer es tratar de ocultar ese pecado. La religiosidad no tiene una respuesta para el egoísmo, la lujuria, la envidia, la ira, el orgullo o la ansiedad, y no tiene poder alguno para erradicarlos.

El resultado del moralismo cristiano es aplastante: deshonra a Dios (v 23). Cuando la gente religiosa se jacta de guardar la ley (mientras que la quebrantan todo el tiempo), por lo general la única persona que no puede ver lo que está haciendo es ella misma. “Por causa de ustedes se **blasfema** el nombre de Dios entre los gentiles” (v 24). Este es un principio que nos redarguye. Una vida de legalismo religioso siempre es desagradable a los que están fuera de la fe. El moralista es engreído (porque es bueno); hipersensible (su bondad es su justicia, así que no se le debe restar importancia), condenador

(tiene que ver a los demás cómo peores para poder sentirse mejor); y ansioso (¿ha hecho lo suficiente?).

Peor aún, a la gente no religiosa le desagrada el Dios que los moralistas afirman representar. Por consiguiente, Pablo está debatiendo con los judíos: *Ustedes fueron llamados a ser la luz para el mundo, y creen que están trayendo luz a los que están en oscuridad, pero el mundo no ve nada atractivo de su religión. ¿No pueden ver que ustedes deben haber malentendido el evangelio?* Nos tenemos que plantear el mismo reto: ¿Es atractiva la comunidad de nuestra iglesia? Y nosotros como individuos, ¿atraemos a la gente al evangelio? ¿Tenemos humildad? ¿Mostramos amor en las situaciones difíciles? ¿Vivimos con gracia cuando estamos bajo presión? ¿Esas son las distintivas de nuestras vidas que los demás ven? ¿Estamos viviendo como si fuéramos una publicidad de Dios, o vivimos como si fuéramos una pancarta que dice: “No acercarse”? Solo el evangelio produce iglesias y personas que atraen a los demás a confiar en Dios. El moralismo no lo puede hacer.

Ortodoxia muerta

En el **versículo 25** Pablo introduce el tema de la circuncisión a su argumento. La circuncisión era la gran señal cultural del pacto de Dios con Su pueblo. Era la ceremonia mediante la cual un judío era instalado en la comunidad del pacto. Pero la circuncisión se había vuelto parte del orgullo judío, la razón por la cual asumían que su identidad cultural les concedía la justicia. Su “relación” con Dios había llegado a basarse en el orgullo, no en el gozo humilde.

Esto es común aun hoy en día, y se manifiesta de dos maneras. Primero, muchos se identifican con una religión por su propia nacionalidad. Porque son británicos, son anglicanos; porque son italianos, son católicos; porque son griegos, son ortodoxos. Consideran que su religión es parte de su nacionalidad y están orgullosos de ella. Si les dices que están perdidos a menos que haya algo más que su religión cultural, sienten que estás insultando a su cultura y a su país.

Segundo, es posible poner tu fe en la membresía de una iglesia y

ser parte del pueblo visible de Dios para buscar tu salvación. Otra vez, sería esclarecedor sustituir “circuncisión” por otras palabras y parafrasear los **versículos 25-29**: *¿Qué pasa si has sido bautizado? ¿Qué pasa si eres un miembro de la iglesia? Esto solo cuenta si has tenido un verdadero cambio en tu vida, si tu corazón ha sido realmente impactado. ¿No entiendes que no eres cristiano si solo lo eres en lo exterior, que el verdadero cristianismo no se trata de tener confianza en cosas externas? No; un cristiano es alguien que es cristiano en su interior; lo que importa es el bautismo interno, la membresía de corazón en el pueblo de Dios. Y esta es una obra sobrenatural; no es una obra humana.*

Es posible confiar en el cristianismo en vez de en Cristo. Y esto puede suceder hasta en iglesias evangélicas conservadoras. Pablo nos está mostrando una condición que podríamos llamar “**ortodoxia** muerta”, donde las doctrinas básicas de la Biblia están afirmadas, pero que no efectúan ningún cambio interno. Hay una comprensión intelectual del evangelio, pero sin una revolución interna. Esta forma de “cristianismo” opera desde afuera hacia afuera (nunca penetra el

corazón); la verdadera fe del evangelio funciona desde adentro hacia afuera (todo lo que hacemos fluye de lo que somos en el interior).

La ortodoxia muerta convierte a la iglesia en un tipo de “amortiguador religioso” para las personas que piensan que son cristianas, pero que en realidad están radical y subconscientemente inseguras de su aceptación ante Dios. Así que cada domingo las personas se reúnen para ser reafirmadas de que están bien. Varias iglesias ofrecen esta afirmación de diferentes maneras:

- ☼ Las iglesias legalistas producen detallados códigos de conducta y pormenores de la doctrina. Los miembros necesitan escuchar continuamente que son más santos y fieles y que los “**liberales**” están equivocados. Dependen funcionalmente de su precisión teológica. La buena doctrina es su justicia.
- ☼ Las iglesias “de poder” ponen gran énfasis en los milagros y las obras sobrenaturales de Dios. Los miembros continuamente necesitan tener experiencias poderosas o emocionales y ver sucesos dramáticos. Las grandes emociones son su justicia.
- ☼ Las iglesias “sacerdotales” o “clericales” ponen gran énfasis en

los rituales y la tradición. Las personas arrastradas por la culpa son anestesiadas por la belleza de la música y de la arquitectura, y por el esplendor y el misterio de la ceremonia.

La **liturgia** es su justicia.

¡Por supuesto que la precisión teológica, la escrupulosidad moral, el orar con fe, el ser poderosamente afectado por las verdades del evangelio y la hermosa adoración son cosas buenas! Pero estos elementos se usan con mucha facilidad y con bastante regularidad como una forma de “obras muertas”; sustitutos falsos que reemplazan la confianza en la justicia revelada por Dios en Cristo y que recibimos por Cristo. Richard Lovelace dice:

Mucho de lo que hemos interpretado como un defecto de la santificación [la falta de madurez cristiana y estabilidad] en la gente de la iglesia es realmente una consecuencia natural de su pérdida de orientación con respecto a la justificación [la base sobre la cual somos aceptables a Dios].

(Dinámica de la Vida Espiritual, p. 211)

Se debe hacer bastante énfasis en la importancia de este principio. Una vez más nos invita a la autorreflexión. Junto con un enfoque exclusivamente teórico de la palabra de Dios y un sentimiento (muchas veces inconsciente) de superioridad moral, una característica distintiva de la ortodoxia muerta es una falta total de “vida interior”. Pero lo que importa no es llevar la señal (sea circuncisión, bautizo, tarjeta de membresía de la iglesia, etc.), sino poseer la realidad que esa señal representa. De hecho, Pablo dice en los **versículos del 25 al 27** que es mejor ser un creyente no bautizado que un incrédulo bautizado (y ambos son posibles). Lo que importa no es ser un judío en “lo exterior”, circuncidado físicamente (**v 28**), sino “la circuncisión [...] del corazón, la que realiza el Espíritu” (**v 29**).

¡Esta es una imagen muy vívida! Un corazón circuncidado es uno que ha sido espiritualmente derretido y suavizado. Significa tener una vida activa de oración, no como un sentimiento de obligación o de deber, sino por amor, porque existe una sensación de la presencia, cercanía y bondad de Dios. (¡No implica que todos los tiempos

devocionales de los cristianos siempre sean increíbles!). Es algo que las personas moralistas no tiene. Pueden tener “sensaciones” cuando se emocionan en la alabanza, en el entusiasmo del culto o en la predicación del domingo, pero están absolutamente inseguros del amor de Dios. Por ende, del domingo por la tarde hasta el siguiente domingo por la mañana, sienten vacío, inseguridad y falta de vida.

Los cristianos han sido circuncidados

Ninguno de nosotros queremos descubrir en el día final que éramos, de hecho, moralistas, ortodoxos en teología y adoración, pero muertos espiritualmente. La circuncisión, el cambio y la membresía que necesitamos son “del corazón [...] no [del] mandamiento escrito”; y esto lo realiza “el Espíritu”, no los hombres (v 29). Esto es algo que no se puede hacer exteriormente y que no puedo hacerlo por mí mismo.

¿Dónde está la esperanza? Está en aquello a lo que la circuncisión apuntaba. Vale la pena preguntar: *¿Por qué la circuncisión?* Cuando Dios le dio a **Abraham** una señal exterior de la realidad interior de su relación personal e íntima con Su creador, ¿por qué dijo: “Será circuncidado todo varón”? (Gén 17:9-14). ¿Cuál es el simbolismo de la circuncisión?

Era una señal visual del castigo recibido por romper el **pacto**. En los tiempos antiguos, no firmabas tu nombre para ratificar un acuerdo. Más bien manifestabas con acciones la maldición que aceptarías si

rompías el pacto. Así que un hombre podía recoger un poco de arena y echarla sobre su cabeza para decir: *Si rompo las promesas que he hecho este día, que me vuelva como este polvo*. O podía cortar un animal a la mitad y caminar entre las partes para decir: *Si desobedezco este pacto, que muera como lo ha hecho este animal* (esto es lo que Dios hizo cuando selló Su pacto con Abraham en Génesis 15:9-21).

La circuncisión (¡no pienses demasiado en esto!) se trata de un corte hecho de una manera muy íntima, personal y tierna. Entonces lo que Dios le estaba diciendo a Abraham era: *Si quieres tener una relación conmigo, tienes que ser circuncidado como una señal para ti y para todos de que si rompes el pacto entre nosotros serás completamente cortado: cortado de los demás, cortado de la vida, cortado de Mí. Serás verdaderamente circuncidado*.

Pero nadie guarda el pacto (¡Pablo ha dedicado Romanos 2 para dejar esto claro!). Así que, ¿cómo puede Dios siquiera tener un pueblo? ¿Cómo podría alguno estar bien con Él?

Porque el “corte” del cual la circuncisión es una señal ya ha

sucedido. Hablándoles acerca de la cruz a los cristianos gentiles de Colosas (creyentes que no habían sido físicamente circuncidados), Pablo dice: “Además, en Él [Jesús] fueron circuncidados, no por mano humana [...] Esta circuncisión la efectuó Cristo” (Col 2:11). Les dice que de hecho sí han sido circuncidados: en Cristo, en la cruz. En Su muerte, Jesús fue partido. Fue abandonado por Su Padre, cortado de Él (Mr 15:34). Fue “cortado de la tierra de los vivientes” (Is 53:8, RV60). Jesús fue en verdad circuncidado. Recibió la maldición que merecían los que habían quebrantado el pacto, lo que los transgresores de la ley, ya sean religiosos o no, merecen. En Él fuimos circuncidados.

Cuando el Espíritu obra en alguien, le da la circuncisión del Hijo. Ni nuestro desempeño religioso ni nuestra falta de desempeño religioso importan. Por medio del Espíritu que aplica la obra del Hijo en nosotros, el Padre nos ve como dignos de alabanza y no como dignos de condenación (Ro **2:29**). No tenemos que alabarnos a nosotros mismos o vivir por la alabanza de los demás. ¡Nuestro Padre en el cielo nos ve como hermosos!

El “mandamiento escrito” nos deja enfrentando la maldición del pacto sin esperanza alguna para merecer sus bendiciones. Necesitamos que Otro reciba nuestro “corte” y “separación”. Solo Dios puede hacer esto por nosotros. En la obra finalizada de Su Hijo y en la obra interna de Su Espíritu, ya lo ha hecho.

Preguntas para reflexionar

1. ¿Conoces a gente que rechaza a Dios por la hipocresía de los que dicen ser Suyos? ¿De qué manera puedes usar tu propia vida para atraer a otros a Dios?
2. ¿En cuál de los tres estilos de “ortodoxia muerta” crees que sería más probable que tú y tu iglesia cayeran? ¿Cómo puedes prevenir esto?
3. Medita en la circuncisión que Cristo padeció en tu lugar. ¿De qué manera esto te conmueve a alabarle y a amarlo?

5. TODOS NECESITAMOS EL EVANGELIO

Pablo ha ido destruyendo cualquier argumento que pensábamos tener para estar bien ante Dios. Hace que la lectura sea incómoda tanto para la persona no religiosa como (y tal vez más) para el cristiano **profesante**. En esta sección Pablo sigue insistiendo para llegar hacia su conclusión: “nadie será justificado en presencia de Dios por hacer las obras que exige la ley” (Ro **3:20**).

Encontrándose con las personas donde están

En los primeros ochos versículos del capítulo, Pablo anticipa y responde algunas objeciones que sabe que el capítulo 2 puede haber provocado entre los de la iglesia de Roma que tienen un trasfondo judío. Estas objeciones no son cruciales para el argumento de Pablo y puede que hoy en día no las escuchemos con mucha frecuencia. Pero Pablo era un gran **evangelista**, y aquí lo vemos poniéndose en los zapatos de sus oyentes, respetándolos lo suficiente como para pensar en cómo ellos estarían recibiendo su enseñanza. (Pablo hace algo similar en Hechos 17:22-31 cuando predica en Atenas). Aprendemos mucho del hecho de que Romanos **3:1-8** sea parte de este pasaje.

Por lo tanto, estos versículos se entienden mejor como una sesión de preguntas y respuestas entre Pablo y su lector:

P Pablo, ¿estás diciendo que no se gana nada por tener una religión bíblica? (v 1).

R No; no estoy diciendo eso. Hay gran valor en tener y conocer las palabras de Dios (**v 2**).

P Sí, pero esas palabras han fallado, ¿no es cierto?, porque muchos no han creído el evangelio de justicia revelado en Jesús, el Hijo de Dios. ¿Qué ha pasado con las promesas? (**v 3a**).

R A pesar de que Su pueblo no ha creído, Sus promesas de Salvación están avanzando. Nuestra infidelidad solo revela qué tan comprometido está Dios con Su verdad (¡piensa en todo lo que Él ha hecho para ser fiel a Sus promesas!) (**v 3b–4**).

P Pero si es necesaria la injusticia para que se vea la justicia de Dios, ¿no es injusto que Dios nos juzgue? (**v 5**).

R Sobre esa base, Dios no juzgaría a nadie en el mundo. Y estamos de acuerdo (es decir, Pablo y los judíos religiosos) en que Dios debe juzgar (**v 6**).

P Bueno, entonces si mi pecado hace que Dios se vea mejor, eso quiere decir que debo pecar más para que Su gloria se

vea con mayor claridad, ¿no es cierto? (**v 7-8**).

R He sido acusado por muchos de creer esto, pero no es así. Y decir que pecas para que Dios te ame es una actitud absolutamente digna de condenación (**v 8**).

Todos estamos perdidos

“¿A qué conclusión llegamos?” (v 9). Este es el punto hacia donde Pablo nos ha estado dirigiendo desde Romanos 1:18. Y la conclusión es: Todos están “bajo el pecado” (v 9). “No hay un solo justo” (v 3:10). Estar “bajo el pecado” y ser “injusto” son la misma cosa. Ser injusto es un término posicional: estamos delante de Dios pero no tenemos una buena relación con Él ni con los demás porque los hemos agraviado a Él y a ellos. Estar “bajo el pecado” es un término legal: somos ciudadanos del pecado. Es como si todos tuviéramos un pasaporte espiritual que mostrara nuestra ciudadanía legal. Este pasaporte está sellado ya sea con el sello de *Bajo el pecado* o con el sello de *Bajo la gracia*. Y la sorprendente declaración de Pablo es que judíos y gentiles, religiosos y no religiosos, *todos* están bajo pecado. La persona que vive una vida de tremenda inmoralidad y desenfreno (aquella que encaja con cada descripción de 1:18-32) y la persona que es escrupulosa y moral están *igualmente* bajo el pecado.

Esto no quiere decir que cada persona sea tan pecaminosa como

cualquier otra. Más bien significa que nuestra condición legal es la misma. Todos estamos perdidos; no hay grados de perdición.

Imagina a tres personas que quieren nadar de Hawai a Japón (6,200 km). Una ni sabe nadar y se hunde tan pronto como se mete al agua. Otra apenas está aprendiendo y mantiene su cabeza por encima del agua para avanzar 60 metros pero después muere ahogada. La tercera persona es campeón de natación y sigue firme durante mucho tiempo. Pero después de avanzar 50 kilómetros empieza a perder fuerzas, después de 60 se está hundiendo y a los 70 se ahoga. ¿Está uno más ahogado que los otros? ¡No! No importa cuál alcanzó a nadar más lejos; ninguno llegó a estar cerca de Japón, y cada uno terminó tan muerto como los otros. De la misma manera, la persona religiosa puede confiar en la moralidad, la persona pagana puede disfrutar de la sensualidad, y ninguna de ellas llega a estar cerca de tener un corazón justo. Están igualmente perdidas, igualmente condenadas a morir. “Todos... están bajo el pecado” (3:9).

Cómo el pecado afecta a los pecadores

A continuación Pablo da una larga lista de los efectos que el pecado tiene en nosotros. No solo tenemos que aceptar que somos pecadores; también debemos comenzar a captar la gravedad de nuestra pecaminosidad. Conforme Pablo proporciona evidencia tras evidencia, vemos en términos contundentes quiénes somos y lo que esto significa para nosotros. Hay siete efectos que el pecado produce:

1. *Nuestra posición legal.* Nadie es legalmente justo y nadie puede hacer nada para cambiar eso. Somos culpables y estamos condenados (v 10).
2. *Nuestras mentes.* “No hay nadie que entienda” (v 11). Debido a que nuestra naturaleza esencial está corrompida por el pecado, no entendemos la verdad de Dios. “A causa de la ignorancia que [nos] domina y por la dureza de [nuestro] corazón” tenemos “oscurecido el entendimiento” (Ef 4:18). La ignorancia no causa la dureza de los corazones (no sabemos nada acerca de Dios, así que no lo amamos); más bien, la dureza del

corazón genera una falta de entendimiento. Eso se debe a que nuestro egocentrismo pecaminoso nos lleva a ignorar gran parte de la realidad; vivimos negando esta realidad. Estamos ciegos a muchas verdades y nuestro pensamiento no procesa la información como debería.

3. *Nuestros motivos.* “Nadie que busque a Dios” (v 3:11b). Ninguno de nosotros quiere realmente encontrarlo; más bien, estamos huyendo y escondiéndonos de Él en todo lo que hacemos, incluso en nuestra religión y moralidad (hablaremos más de esto a continuación).
4. *Nuestras voluntades.* “Todos se han descarriado” (v 12). Esta afirmación hace eco de Isaías 53:6: “Todos nosotros nos descarriamos como ovejas, cada cual se apartó por su camino” (RV60). Hay obstinación en nuestro andar errante. El pecado se puede definir como nuestra insistencia en la autodeterminación; queremos tener el derecho de escoger nuestros propios caminos.
5. *Nuestras lenguas.* “Su garganta es un sepulcro abierto” (v 13).

Somos mentirosos, odiosos, amargados y blasfemos en lo que decimos (**v 13-14**). La imagen es la de un sepulcro que tiene cuerpos podridos ahí adentro. Las palabras pecaminosas son una señal de la muerte. Usamos nuestras lenguas para mentir y proteger nuestros propios intereses y para dañar los intereses de los demás.

6. *Nuestras relaciones.* “Veloces son [nuestros] pies para ir a derramar sangre; dejamos ruina y miseria en [nuestros] caminos, y no [conocemos] la senda de la paz” (**v 15-17**). Esta es la manera en la que el pecado afecta nuestras relaciones: vamos tras la sangre del otro, a veces literalmente, y otras veces (con mayor frecuencia) tratamos de derribar a los que se nos atraviesan en nuestro camino. ¿Por qué nos enojamos con las personas? Porque han bloqueado el acceso a un ídolo: han desafiado nuestra comodidad, han impedido nuestro ascenso laboral, nos han hecho sentir que perdemos el control, están disfrutando de una relación que sentimos necesitar. Cuando no vivimos gozándonos en la aprobación de Dios en el evangelio,

no conocemos la paz ni podemos vivir en paz con los demás.

7. *Nuestra relación con Dios.* “No hay temor de Dios delante de [nuestros] ojos” (v 18).

Esta es una lista detallada y deprimente. También contiene dos afirmaciones particularmente sorprendentes y una conclusión impactante. Pablo afirma que “no hay [...] nadie que busque a Dios” y que “no hay nadie que haga lo bueno”. “No hay temor de Dios” es un resumen de nuestro pecado y, a la vez, lo que nos señala el antídoto para nuestro pecado.

Por qué los “buscadores” no buscan a Dios

Buscar a Dios (3:11) se debe entender en su significado más obvio. Es un deseo por conocer al Dios verdadero, encontrarlo y disfrutar de Él; es un deseo de adorar, apreciar y gozarse en Él por lo que Él es.

Muchos dirían: *Aquí Pablo se ha pasado. Conozco a muchas personas que no son cristianas y que no van a la iglesia, pero oran y reflexionan mucho; están realmente buscando la verdad. Y también están las personas de otras religiones. Y al fin de cuentas, ¡yo era un buscador y encontré a Dios!*

Pero Pablo no está diciendo: *Nadie busca las bendiciones espirituales, o nadie busca a Dios para que conteste sus oraciones, o nadie busca tener poder espiritual o paz o experiencias.* No lo dice porque, de hecho, muchos hacen estas cosas. Lo que Pablo está diciendo es: *Nadie, impulsado por su propia decisión y actuando por su propia capacidad, quiere encontrar a Dios.*

Esto es a lo que Pablo se refiere. Alguien puede tener un interés

intelectual en la posibilidad de que haya un Dios o en una convicción filosófica de que exista un Dios. Pero esa no es una pasión verdadera por encontrar a Dios. De hecho, tanto el interés intelectual como la convicción filosófica pueden ser una forma de evitar encontrar al Dios verdadero: Si lo podemos mantener en el ámbito del argumento intelectual o de la elaborada interpretación filosófica, evitaremos enfrentarnos con la realidad objetiva del Dios verdadero.

Alguien puede tener un problema en su vida y darse cuenta de que necesita el perdón para tratar con su culpa, o que necesita la paz espiritual para tratar con su ansiedad, o que necesita el poder y la sabiduría para saber cómo avanzar en la vida, o que necesita una experiencia **mística** para lidiar con el vacío que siente. Pero eso de ninguna manera es lo mismo que tratar de conocer en verdad al Dios santo, vivo, soberano y relacional y de ser conocido por Él. No es buscar a Dios sino buscar lo que Él nos puede dar.

Pablo está diciendo que el egocentrismo pecaminoso domina toda búsqueda para encontrarle sentido espiritual a la vida. Eso hace que solo busquemos conseguir las bendiciones de Dios, queriendo tener

el control de nuestras propias vidas y de nuestro futuro. Esperamos (o exigimos) que Dios nos sirva y se amolde para adecuarse a nuestras necesidades. Negamos inclinarnos ante el Dios vivo. Eso implicaría darle el control de nuestras vidas, disfrutar de Él por lo que Él es y experimentar Sus bendiciones en intimidad con Él y que nos moldee a través de nuestro servicio a Él.

Entonces cuando alguien de verdad busca a Dios es porque Dios lo ha buscado antes. Si nadie es capaz de buscar a Dios, cualquier ser humano que verdaderamente lo esté buscando debe de haber pasado ya por un cambio interior hecho por el Espíritu de Dios, no por sí mismo. Jesús mismo dijo: “Nadie puede venir a Mí si no lo atrae el Padre que me envió” (Jn 6:44, ver también v 65). Pablo espera que a los impíos “Dios les conceda el arrepentimiento para conocer la verdad” (2Ti 2:25). Afirmar la verdad acerca de Dios y reconocerlo como nuestro Señor no son cosas que hacemos para que Dios obre en nosotros; son obras que Dios hace en nosotros para que podamos encontrarlo.

Cuando consideramos nuestro propio camino para encontrar a Dios,

tenemos que darnos cuenta de que nosotros no lo buscamos. Él nos atrajo a Sí mismo. Decidimos poner nuestra fe en Él solo porque Él mismo había decidido darnos fe. ¿Qué diferencia hace esto? La diferencia está en que te gozas cuando ves que Dios no se está escondiendo de ti; entiendes que todo lo que sabes de Él es porque Él ha decidido revelártelo. Te humilla ver la verdad de que no hay nada mejor o más inteligente en ti que pudiera significar que tú buscaste a Dios. La verdad es que no tienes nada “que no hayas recibido” (1Co 4:7). El hecho de que “el que comenzó tan buena obra en ustedes la irá perfeccionando hasta el día de Cristo Jesús” (Fil 1:6) te consuela y te infunde confianza. Y alabas a Dios con una mayor gratitud porque sabes que todo acerca de tu salvación proviene de Él, de principio a fin. La salvación no comenzó contigo cuando decidiste buscar a Dios; comenzó con la decisión que Él tomó de buscarte. Sabes que todo lo que tienes y eres es por pura gracia. Así lo describe Josiah Conder (1789-1855) en su himno “Señor, no es que yo te haya escogido”:

No es que yo te haya escogido a Ti,

pues, Señor, eso no podría ser;
Este corazón todavía te rechazaría
si Tú no me hubieras escogido...
Mi corazón no posee nada delante Ti,
pues de Tu rica gracia tengo sed;
Sabiendo esto, si yo te amo es porque
Tú me debiste haber amado primero.

Preguntas para reflexionar

1. ¿Qué piensas en cuanto a la afirmación que Pablo hace de que todos están “bajo el pecado” (Ro 3:9)? ¿Por qué piensas eso?
2. ¿Cómo ves los efectos de tu pecado, tus pensamientos y tus relaciones en tu vida?
3. ¿De qué manera respondes a la verdad de que Dios salió a buscarte antes de que tú salieras a buscarlo a Él? ¿Qué diferencia produce en ti?

PARTE DOS

Por qué la bondad no siempre es buena

Si pareció una exageración que Pablo dijera que nadie busca a Dios, sin duda parecerá indignante que afirme que “no hay nadie que haga lo bueno” (Ro 3:12).

Ahora bien, ¿cómo puede Pablo decir esto? Después de todo, muchos no-cristianos hacen muchas cosas buenas y usan sus talentos y su riqueza para ayudar a otros y para hacer del mundo un mejor lugar. Y el mismo Señor Jesús nos ordenó hacer “buenas obras” (Mt 5:16).

Pero tenemos que recordar de qué clase de “bondad” Pablo está hablando aquí. Su enfoque está en nuestra relación con Dios y en si nuestras buenas obras pueden arreglar esa relación rota, si estas obras pueden darnos una justicia propia. La enseñanza es que, al fin de cuentas, nuestras buenas obras no pueden hacer nada para salvarnos. De hecho, nos pueden alejar de la justicia en vez de acercarnos a ella.

La Biblia ve una buena obra como verdaderamente buena cuando

es buena tanto en forma como en motivo. Por ejemplo, si le ayudas a una anciana a cruzar la calle, esta obra es buena en forma; se conforma a la voluntad de Dios para nuestro comportamiento. Pero *¿por qué* la estás ayudando? Si es porque del otro lado de la calle está oscuro y así le podrías robar; o (menos extremo y más probable) porque esperas que ella te dé algo de dinero en agradecimiento; o porque has visto a un amigo tuyo al otro lado de la calle que sabes que se dará cuenta de tu buena acción y se llevará una buena impresión de ti, entonces tu buena obra surge de un corazón egoísta y tiene motivos egoístas. Una buena obra a los ojos de Dios es una que se hace para Su gloria, no para la nuestra (1Co 10:31).

C. H. Spurgeon, predicador del siglo diecinueve, solía contar una historia que llega al corazón de esto:

Una vez en un reino, hace mucho tiempo, un agricultor cosechó una zanahoria enorme. Decidió dársela a su príncipe porque amaba su reinado. Cuando se la dio, el príncipe percibió el amor y la devoción de este agricultor, y el hecho de que no esperaba nada a cambio. Así que cuando el agricultor se volteó para irse, el príncipe le dijo:

“Hijo, te quiero dar algo de mi tierra para que puedas producir una cosecha aun mayor. Es tuya”. El agricultor regresó a casa lleno de alegría. Un noble escuchó acerca de este incidente y pensó: “Si eso es lo que el príncipe da en respuesta al recibir una zanahoria de regalo, ¿qué me dará si yo le diera un caballo lujoso?”. Así es que el noble vino y se presentó ante el príncipe con un fino corcel y se lo dio como regalo. Pero el príncipe vio su corazón y le dijo: “Esperas que yo te dé algo a cambio así como lo hice con el agricultor. Pero no lo haré. Tú eres diferente. El agricultor me regaló la zanahoria. Pero tú te estabas regalando el caballo a ti mismo”.

Si sabes que Dios te ama en Cristo y que no hay nada que puedas hacer o tengas que hacer más que aceptar Su justicia perfecta, entonces puedes alimentar a los hambrientos, visitar a los enfermos, vestir al desnudo, y todo esto será hecho como un regalo para Dios. Pero si piensas que vas a recibir o mantener tu salvación por hacer estas obras buenas, es realmente a ti mismo a quien estás alimentando, es a ti mismo a quien estás vistiendo, es a ti mismo a quien estás visitando. Lo que importa es a quién estamos sirviendo en

nuestros corazones, no cómo estamos sirviendo con nuestras manos. Sin fe en Cristo, las buenas obras no son hechas verdaderamente para Dios sino para nosotros mismos y, por lo tanto, no son verdaderamente buenas.

Es por eso que cualquier bondad que tengamos se echa a perder. Si hacemos el bien para ganar el favor, la bendición y la salvación de Dios y si lo hacemos bien, seremos presumidos y complacientes y nos sentiremos superiores; si lo hacemos mal, nos sentiremos ansiosos y enojados y nos lamentaremos con autolástima. Las “buenas obras” hechas sin confiar en el evangelio harán que un alma se eche a perder.

Todos tenemos que entender esto para ser cristianos salvados en vez de personas religiosas pero perdidas. La diferencia principal entre un cristiano y un religioso no es tanto su actitud hacia sus pecados sino hacia sus “buenas obras”. Ambos se arrepentirán de sus pecados, pero solo el cristiano se arrepentirá de las buenas obras que haya hecho con motivos equivocados, mientras que la persona religiosa va a depender de ellas. George Whitefield, predicador del

siglo dieciocho, dijo:

Nuestros mejores actos son como pecados espléndidos [...] No solo tienes que estar harto de tu pecado, sino de tu justicia, de tus buenos actos y de tu rendimiento. Debes experimentar una convicción profunda antes de que puedas ser sacado de tu justicia propia. Ese es el último ídolo a sacar de tu corazón.

(“Sermón 58”, del libro de J. C. Ryle, *Sermones Escogidos de George Whitefield*)

No hay temor

El versículo 18 es el resumen de todo lo que Pablo ha dicho de Romanos **3:10** en adelante. ¿De dónde surge la ignorancia del hombre con respecto a Dios (**v 11**), la deliberada independencia del hombre hacia Dios (**v 12**) y su egoísmo mostrado en sus buenas obras (**v 12**), sus palabras (**v 13-14**) y sus acciones (**v 15-17**)? Pablo responde: “No hay temor de Dios delante de sus ojos” (**v 18**).

El “temor de Dios” es un concepto fundamental en la Biblia. En repetidas ocasiones se nos dice: “El principio de la sabiduría es el temor del Señor” (Sal 111:10). Este es el punto de partida para todo lo demás; y es la piedra de tropiezo que puede cerrar todo lo demás. ¿Qué es el “temor de Dios”? El salmista dice algo inesperado: “Si Tú, Señor, tomaras en cuenta los pecados, ¿quién, Señor, sería declarado inocente? Pero en Ti se halla perdón, y por eso debes ser temido” (Sal 130:4-4). ¡El salmista “teme” a Dios porque Dios perdona el pecado! Entonces el “temor de Dios” no se refiere a un servil y despreciable miedo al castigo. Más bien, es una actitud interior de

asombro, respeto y reverencia, una alegría estremecedora ante la grandeza de Dios. Otra forma de decir esto se encuentra en el Salmo 16:8: “Siempre tengo presente al Señor”. El salmista está diciendo: *Mi secreto es que vivo con la grandeza de Dios siempre delante de mí. Siempre pienso en Su gloria, amor y poder; dejo que esa realidad me controle en todo momento. Vivo a la luz de Él.*

Así que “temer a Dios” es el antídoto contra todo lo que Pablo dice acerca del pecado. Considera dos de los efectos del pecado que Pablo enumera:

- ☼ “No hay [...] nadie que busque a Dios” (Ro **3:11**). El pecado se caracteriza porque te hace huir de Dios. El pecado hace que te olvides de Dios, hace que Dios sea irreal para ti. Es lo opuesto al temor de Dios, donde tu pasión es venir ante Él y siempre pensar en Él. Así que hay dos maneras de vivir la vida: olvidando Su realidad o siendo consciente de Su realidad.
- ☼ “Su garganta es un sepulcro abierto” (v **13**). Si mientes, lastimas con tus palabras, peleas con otros y eres de corazón obstinado es porque la gloria y el amor de Dios no son reales para ti.

La condición espiritual del silencio

A lo largo de toda esta sección (incluso en 1:18-32, cuando habla de los pecadores paganos que se merecen la ira de Dios y la experimentan), Pablo se ha estado dirigiendo sobre todo a los “religiosos”. Es decir, le está hablando a la gente que guarda la ley, que cree en la Biblia y que cree en su propia justicia, es decir, una justicia farisaica. Es por esta razón que Pablo ha citado las Escrituras del Antiguo Testamento para dar su descripción de los efectos del pecado en **3:10-18**. La “ley” dice que la gente es así, y Pablo ha mostrado que la gente que está describiendo incluye tanto judíos como gentiles. “Todo lo que dice la ley lo dice a quienes están sujetos a ella” (v **19**). Estas enseñanzas se aplican tanto a todos los que conocen la ley y buscan guardarla como a todos los que no la conocen ni les importa.

Entonces el resultado de conocer la ley no debe ser una afirmación orgullosa de lo bien que la guardo y por ende de lo bien que estoy con Dios. Su consecuencia debería ser que “todo el mundo se calle la

boca y quede convicto delante de Dios” (v 19). La ley no nos es dada para que, al acatarla, podamos ser “justificados” (v 20), puesto que todos nosotros somos pecadores. La ley no es un “checklist” que debemos cumplir; es un estándar que no alcanzamos. “Mediante la ley cobramos conciencia del pecado”. Cada vez que alguien lee la ley de Dios, no importa qué tan leal, amable, considerado, generoso o amoroso sea, su respuesta solo puede ser: *Soy un pecador. No tengo nada que decirle a Dios. No tengo defensa alguna que hacer ni oferta que presentar. Estoy en graves problemas.*

Esta es una verdad sombría; pero una verdad dura es mejor que un engaño dulce. Y tiene sentido con lo que vemos en nosotros mismos y con lo que vemos a nuestro alrededor. Blaise Pascal, matemático y filósofo del siglo diecisiete, lo expone de esta manera:

Nada nos ofende tan fuertemente como esta doctrina; pero sin este misterio (el más incomprensible de todos los misterios), somos incomprensibles para nosotros mismos.

(*Pensamientos*, Sección VII, p. 434)

Una boca que guarda silencio es, por lo tanto, una condición

espiritual. Es la condición de la persona que sabe que no se puede salvar a sí misma. Como lo explica John Gerstner:

El camino a Dios está abierto de par en par. No hay nada que se interponga entre el pecador y su Dios. Tiene acceso inmediato y sin restricciones al Salvador. No hay nada que lo obstaculice. Ningún pecado lo puede detener porque Dios ofrece justificación al impío. Nada se interpone hoy entre el pecador y Dios sino las 'buenas obras' del pecador. Nada lo puede mantener lejos de Cristo mejor que la falsa ilusión [...] de que él tiene sus propias buenas obras que pueden satisfacer a Dios [...] Todo lo que necesita es *tener necesidad*. Todo lo que debe tener es *nada* [...] Pero ¡ay!, los pecadores no pueden apartarse de sus 'virtudes'. No tienen ninguna que no sea imaginaria, pero para ellos son reales. Así que la gracia se vuelve irreal. Desprecian la verdadera gracia de Dios para así aferrarse a sus propias virtudes ilusorias. Fijan sus ojos en un espejismo y se niegan a tomar agua verdadera. Mueren de sed teniendo agua a todo su alrededor.

(*Teología para el Hombre de la Calle*, pp. 72-73)

“En el evangelio, se revela la justicia que proviene de Dios” (1:17). Todo lo que tenemos que hacer es venir a Cristo con las manos vacías y recibir Su justicia. Lo que aleja a la gente de la salvación no son tanto sus pecados; son sus buenas obras. Si venimos a Dios diciéndole que somos buenos, ofreciéndole las obras de nuestras manos como nuestra justicia, no podemos tomar la justicia que Él ofrece por gracia. Tenemos que abandonar nuestra “bondad” y arrepentirnos de nuestra religiosidad así como de nuestra rebelión. Tenemos que venir con manos vacías y bocas silenciosas, y recibir.

Preguntas para reflexionar

1. ¿Por qué los rebeldes necesitan el evangelio? ¿Cómo le explicarías esto a alguien que rechaza la existencia de Dios?
2. ¿Por qué las personas buenas necesitan el evangelio? ¿De qué manera le explicarías esto a alguien que piensa que es lo suficientemente bueno ante Dios?
3. ¿Tú por qué necesitas el evangelio? ¿De qué manera le

recuerdas esto a tu corazón cuando estás tentado a sentir
orgullo por tu bondad o desesperación por tu pecado?

ROMANOS 3 V 21-31

6. UN DIAMANTE SOBRE UN FONDO NEGRO

“Pero” es una palabra que transforma la afirmación que lo precede; puede matizar un elogio o traer esperanza donde parecía no haber ninguna. Es por esto que hay pocas palabras más gloriosas que el “pero” con el que comienza Romanos **3:21**. El versículo 20 dice: “Nadie será justificado [...] mediante la ley cobramos conciencia del pecado”... **Pero**... Pablo ahora aparta la mirada del fondo negro del pecado humano para presentar el diamante resplandeciente del evangelio.

Justicia y justificación

El evangelio, como sabemos por 1:17, revela la “justicia de Dios” (3:21). Es una justicia *manifestada*; pero también es una justicia otorgada. Nuestras traducciones no lo muestran claramente, pero las palabras “justicia” y “justificado” en estos versículos son la misma palabra: *dikaiosune*. Así que el **versículo 21** se podría leer: *Pero ahora la justificación que proviene de Dios se ha dado a conocer*. El **versículo 24** se podría traducir: *y son hechos justos gratuitamente*.

Tu justicia es un historial que valida tu desempeño y que te abre puertas. Cuando buscas trabajo, envías tu currículum. Este detalla tu experiencia y las habilidades que te hacen (¡eso esperas!) digno del puesto. Lo envías y dices: *Mira esto. ¡Acéptame!* Tu historial no tiene nada en él que te descalifique; y tiene (¡eso esperas!) todo lo que te hace competente para ocupar ese puesto.

Cada religión y cultura creen que así funcionan las cosas con Dios. El historial no es profesional, sino moral o espiritual. Sacas tu currículum y si es lo suficientemente bueno, eres digno de la vida con

Dios y eres aceptado. En ese marco Pablo aparece y dice: **Pero ahora...** Por primera (y última) vez en la historia se ha revelado una forma insólita de acercarse a Dios. Una justicia divina, aquella justicia de Dios la cual es un historial perfecto, nos es *regalada*.

En ningún otro lugar se ofrece esto. Fuera del evangelio debemos desarrollar una justicia y ofrecérsela a Dios y decir (con incertidumbre y ansiedad): *Acéptame*. El evangelio dice que Dios ha desarrollado una justicia perfecta, que Él mismo nos ofrece esa justicia y por ella somos aceptados. Esta es la peculiaridad del evangelio cristiano; funciona en contra del pensamiento de cualquier otra religión, en contra de cualquier otra **cosmovisión** e incluso en contra del corazón humano.

Cómo llega la justicia

Los **versículos del 22 al 25** nos enseñan cuatro lecciones acerca de cómo la justicia llega a los pecadores.

En primer lugar, la justicia “llega, mediante la fe en Jesucristo, a todos los que creen” (**v 22**). La fe que recibe la justicia tiene un objeto: Cristo. El presidente Eisenhower dijo una vez que Estados Unidos se “fundó sobre una fe religiosa muy devota, y no importa lo que esa fe sea”. Este es un punto de vista típico hoy en día; cualquier otro punto de vista se ve como dogmático y antidemocrático. Pero lo que realmente importa es el objeto de la creencia más que la fuerza de la creencia. Yo puedo tener una enorme e inquebrantable fe en mi habilidad de volar desde Estados Unidos hasta Reino Unido amarrándome un montón de plumas a los brazos; pero he puesto mi fe en el lugar equivocado. De igual manera, puede que tenga apenas suficiente fe para abordar un vuelo trasatlántico, temblando de nervios mientras lo hago; y sin embargo, el objeto de mi fe logrará lo que promete. Lo que salva no es la fe; lo que salva no es ni siquiera la fe

en Dios; lo que salva es la fe en *Jesucristo*.

En segundo lugar, la justicia no puede llegar por medio de nuestras propias acciones o esfuerzos (**v 23**). El versículo 23 dice literalmente: “Todos han pecado y están privados de la gloria de Dios”. Fuimos hechos a la imagen de Dios para darle la gloria a Él y disfrutar la gloria de Su alabanza (2:29). Pero en nuestro pecado hemos perdido esa gloria; no podemos vivir en la presencia de Dios, disfrutando Su aprobación.

En tercer lugar, esta justicia se da “gratuitamente” (**3:24**). Esto es muy importante porque es posible pensar en la fe como una clase de “obra”, el intento de tener algún sentimiento psicológico acerca de Dios. Algunas personas piensan que la fe es como una actitud intensa de rendición o un estado de certidumbre o confianza. Pero Pablo tiene cuidado de usar las palabras correctas cuando dice que la fe llega “gratuitamente”. Esta es la palabra que usa Jesucristo cuando dice: “Me aborrecieron *sin causa*” (Jn 15:25 LBLA). La palabra “gratuitamente” quiere decir “sin causa”; de una manera total y completamente injustificada, dada o hecha sin ninguna razón. No

debemos caer en el sutil error de pensar que nuestra fe realmente nos salva, como si en el Antiguo Testamento Dios exigía la obediencia a la ley para la salvación, pero que ahora ha cambiado los requisitos y todo lo que pide es fe. ¡Esa es una mala interpretación de ambos Testamentos y del rol de la ley y de la fe! Tanto en el Antiguo como en el Nuevo Testamento, la obra de Cristo es la que gana nuestra salvación. En ambos, la fe es la forma en la que se recibe la salvación; es solo el “cómo”. La fe es simplemente la actitud de venir a Dios con las manos vacías. Cuando un niño le pide a su madre algo que necesita, y confía en que ella se lo dará, su petición no tiene mérito alguno. Es solo la manera en la que el niño recibe la generosidad de su madre.

Esto es crucial, porque si llegas a pensar que tu creencia es la causa de tu salvación, dejarás de mirar a Cristo y comenzarás a mirar tu fe. Cuando las dudas te asalten, te pondrás nervioso. Cuando no sientas la fe tan clara o apasionada, te preocupará. ¿Qué ha sucedido? ¡Has canjeado tu fe por una “obra”! La fe es solo el *instrumento* por medio del cual recibes tu salvación, no es la *causa* de

tu salvación. Si no ves esto, creerás que tienes algo de qué presumir: *La razón por la cual soy salvo es porque puse mi fe en Jesús*. Este es un sutil malentendido que socava nuestra seguridad y aumenta nuestro orgullo. Y el versículo 27 afirma que el evangelio no da ninguna base para la jactancia.

En cuarto y último lugar, Pablo es incluso más específico para decir *en qué* debemos tener fe. Es fe en la obra de Cristo en la cruz; no es admirarlo de manera general como un gran hombre o como un ejemplo inspirador. La justicia se recibe “por la fe en Su sangre” (Ro **3:25**). La fe que salva se encuentra en “Jesucristo y [...] *Este crucificado*” (1Co 2:2).

Así que “todos los que creen” (Ro **3:22**) son hechos justos. “No hay distinción” porque ya que todos somos pecadores, todos necesitamos recibir la justicia; y ya que Cristo murió por esos pecados, todos podemos recibir la justicia de Dios.

Martyn Lloyd-Jones lo resume así:

El hombre que tiene fe es el hombre que ya no se mira ni se contempla. Ya no contempla lo que una vez fue ni mira lo que es

ahora. No contempla lo que espera ser [...] Su mirada esta completamente fijada en el Señor Jesucristo y en Su obra terminada, y solo descansa en eso.

(Romanos Capítulos 3:20 – 4:25, p. 45)

Lo que hace posible la llegada de la justicia

Pero ¿cómo puede Dios permanecer justo (mantener un registro perfecto de rectitud y de siempre hacer lo que es justo) y declarar justos a los pecadores que merecen Su juicio? ¿Cómo puede haber una justicia que es *de* Dios y una justicia *dada* por Dios? ¿Cómo puede un Dios justo justificar el hecho de que nos justifica a ti y a mí?

La respuesta es: “Mediante la redención que Cristo Jesús efectuó” (v 24). La redención es una palabra que nos lleva de regreso al Israel del Antiguo Testamento. En esa sociedad agrícola no necesitabas mucho para endeudarte, para tener que venderte en esclavitud, pero sí se necesitaba mucho (posiblemente toda tu vida) para salir de ahí. Así que la ley de Dios hizo una provisión para el pariente redentor — un *go’el*— que pagaba para sacarte de esa deuda y de la esclavitud, para que pudieras vivir libre otra vez (Lv 25:25). Ahora Pablo dice que por medio de Jesús, a nosotros, que somos esclavos del pecado, de la muerte y del juicio, [...] a nosotros que nunca podríamos pagar la

deuda que debemos, [...] a nosotros la redención (la libertad de esa deuda) ha llegado.

El Padre justifica a Su pueblo por medio de la obra de Su Hijo. Nos redimió cuando “lo ofreció [a Su Hijo] como un sacrificio de expiación” (v 25). He aquí la manera en la que el Dios justo justifica a los pecadores; cómo hace justo al injusto.

Se ha escrito mucho sobre cómo traducir la palabra que Pablo usa aquí, la cual es *hilastrion*. La NVI usa el término “sacrificio de expiación”. La Reina Valera Contemporánea y La Biblia de Las Américas la traducen como “propiciación”. La expiación es la eliminación de la ofensa. La propiciación incluye la expiación, pero es mucho más que eso; es apartar la ira de Dios. Significa que la ira de Dios es apartada de nosotros (los que la merecemos) por la provisión de Uno que la toma en nuestro lugar: Dios mismo, Jesús. Así que la cruz es el lugar donde el Juez sufre el juicio. Este fue el plan del Padre y también fue el sacrificio voluntario del Hijo. Él no sufrió porque tuviera que hacerlo, sino porque ama a Su Padre y nos ama a nosotros. Él pudo haberlo rechazado, pero escogió sufrir por nosotros

(Mr 14:35-36).

Si Dios nos hubiera perdonado porque se volvió indiferente al pecado (es decir, si la única manera en la que podía justificar a Su pueblo era renunciando a su papel de Juez), eso no sería amoroso para las *víctimas* del pecado, no nos daría ninguna certidumbre para el futuro y comprometería profundamente el carácter de Dios. ¡No! Dios debe juzgarnos y así lo hará. Lo increíble es que nos juzgó en la persona de Su propio Hijo. Como lo escribe John Murray:

Dios amó tanto a los objetos de Su ira que dio a Su propio Hijo para que Él, por Su sangre, presentara una provisión para que Su ira fuera removida.

(La Propiciación, p. 15)

Dios no hace a un lado Su justicia. Más bien, la vuelve sobre Sí mismo. La cruz no pone en riesgo ni representa una contradicción entre la ira de Dios y Su amor; no los satisface a medias. Más bien, satisface completamente tanto a la ira como al amor en la misma acción. En la cruz, la ira y el amor de Dios (ambos) fueron vindicados, demostrados y expresados de una forma perfecta. Ambos

resplandecen y se cumplen plenamente. La cruz es una demostración tanto de la justicia de Dios como de Su amor que justifica (Ro **3:25-26**).

Los pecados cometidos previamente

Entender la cruz nos permite entender el **versículo 25**: “anteriormente, en Su paciencia, Dios había pasado por alto los pecados”.

Si Dios hubiera perdonado real y completamente los pecados cometidos por Su pueblo del Antiguo Testamento, ya no existirían; sin más. Pero Pablo nos está mostrando que no los había perdonado sino que los había pasado por alto, los dejó sin castigo hasta que castigó a Su Hijo en favor de ellos en la cruz. Dicho de otra manera, Dios en Su paciencia había aplazado el pago de esos pecados. Los sacrificios y los rituales del Antiguo Testamento siempre habían sido solo sustitutos que señalaban a Cristo; estos realmente no pagaban las deudas (como lo explican con mucho más detalle Gálatas y Hebreos). Dios aceptó a Abraham, a Moisés, a David y a todos los santos del Antiguo Testamento cuando ellos se arrepentían y confiaban en Su misericordia, pero Él los aceptó sobre la base de la obra futura de Cristo. Él ya era el Juez justo que justifica a Su pueblo.

Perdiendo la justicia o la justificación

¿Qué sucede si olvidamos que Dios es “justo” o si olvidamos que Él es “el que justifica”? A menos que tu Dios sea un Dios tanto de amor sacrificial como de ira santa contra el mal, seguramente tendrás distorsiones en tu vida.

Por un lado, si objetas la idea de un Dios que tiene estándares y que mantiene esos estándares, eres como un niño que lucha contra los límites de sus padres y quien, si logra dejar atrás y olvidar esos límites, pasa su vida sintiéndose liberado y a la vez desorientado, sin una base sobre la cual confiar. Frecuentemente escuchamos denuncias contra los padres abusivos y dominantes que no les muestran amor a sus hijos. Y deben ser denunciados. Pero los padres absolutamente permisivos que no ponen límites, que no dan guía y que nunca confrontan a sus hijos tampoco son amorosos y también son destructivos. El mundo está lleno de personas criadas con una visión supuestamente sofisticada de un “dios amoroso y bonachón” que permite todo, pero espiritualmente se sienten como huérfanos

porque no tienen ninguna certeza ni gozan del amor verdadero; de hecho, *son* huérfanos. Han quedado con un “dios” que es indiferente y desinteresado; y que, por supuesto, no existe.

Por otro lado, un “dios” airado sin gracia nunca te dará la motivación para que vivas una buena vida. Te sentirás aplastado y desalentado o enojado y rebelde. Jamás serás una persona amorosa porque el miedo no puede producir amor. Si tienes un “dios” hecho solo de estándares y juicio, serás una persona obsesionada por cumplir estos estándares, incapaz de “dar la talla”, y entonces siempre terminarás escondiéndote de Él.

La maravilla de la cruz es que con el mismo golpe satisface tanto el amor de Dios como la justicia de Dios. La cruz, en un solo momento, nos muestra que Dios es el Juez que se preocupa lo suficiente por Su mundo para fijar estándares y hacernos responsables de ellos, y a la vez el que justifica, que ha hecho todo lo necesario para perdonarnos y restaurarnos. Es un Padre que vale la pena tener y es un Padre que podemos tener. La cruz es donde, de una manera gloriosa y liberadora, vemos que Él “es justo y, a la vez, el que justifica a los que

tienen fe en Jesús” (Ro 3:26).

Preguntas para reflexionar

1. Si estuvieras en un ascensor (elevador) y tuvieras un minuto para explicarle a una persona cómo podemos estar bien con Dios, ¿qué le dirías?
2. ¿Tienes la tendencia de olvidar la justicia de Dios o la justificación de Dios? ¿Cómo esto afecta tus sentimientos, tu perspectiva y/o tus acciones cuando olvidas la una o la otra?
3. ¿De qué manera esta sección te ha conmovido para alabar al Dios que justifica?

PARTE DOS

El tema de la jactancia

Pablo nos ha presentado una explicación deslumbrante del evangelio.

¿Qué lección saca? “La jactancia [...] queda excluida” (v 27).

La palabra “jactancia” proviene del campo de batalla. Como soldado, ¿cómo podrías conseguir la confianza para salir a la batalla contra el enemigo? Diciendo en tu corazón y gritando a tus enemigos: *Somos más grandes y fuertes que ustedes. Tenemos mejores más hombres y mejores armas que ustedes. Los venceremos.* Es lo que hace Goliat ante los escuadrones de Israel en 1 Samuel 17:8-11.

Lo que te da confianza de ir y enfrentar el día es en lo que te jactas. Es eso de lo cual dices: *Yo soy alguien porque tengo eso. Puedo vencer lo que venga contra mí hoy porque yo soy esto.* En lo que te jactas es lo que fundamentalmente te define; es de donde obtienes tu identidad y tu autoestima.

Ahora bien, en el evangelio la jactancia queda “excluida”. ¿Por qué? Una excelente manera de entender a lo que Pablo se refiere es considerar su propia experiencia. En Filipenses 3:5-11 él nos dice en

qué depositaba su confianza antes de llegar a ser cristiano. En esto se jactaba: “Circuncidado al octavo día, del pueblo de Israel, de la tribu de Benjamín, **hebreo** de pura cepa; en cuanto a la interpretación de la ley, **fariseo**; en cuanto al **celo**, perseguidor de la iglesia; en cuanto a la justicia que la ley exige, intachable”. ¡Vaya lista! Incluye su genealogía, su trasfondo racial, sus logros profesionales y educativos, y su religiosidad / moralidad.

Después Pablo declara: ¡Todo eso “lo tengo por estiércol”! (v 8). No tiene confianza en esas cosas; no se jacta de ellas. Todo lo contrario. Dice: *No necesito ninguna de estas cosas. ¡Ninguna de estas cosas me ayuda para nada!* ¿Por qué ha renunciado a ellas? “A fin de ganar a Cristo”. Pablo está diciendo que jactarse y creer son cosas opuestas; no puedes hacer ambas. El concepto de la fe excluye la jactancia (Ro 3:27) porque la fe entiende que no hay nada que nosotros hagamos que nos justifique (v 28). Si hemos de recibir a Jesús, debemos renunciar a la jactancia.

Esto es más retador y ofensivo de lo que puede parecer al principio. Pablo está diciendo que debemos renunciar a todos nuestros

sentimientos de identidad y seguridad; todos nuestros motivos de dignidad y autoestima están “excluidos”. ¿Por qué? Porque “todos somos justificados por la fe, y no por las obras que la ley exige” (v **28**). Después de todo, Dios es el Dios que ha hecho que Su justicia esté disponible para judíos y gentiles (v **29**). Él es el Dios que justifica, a quien tanto los circuncidados (la gente religiosa) como los no circuncidados (la gente no religiosa) tienen que ir en fe (v **30**).

¡Podremos excluir la jactancia solo cuando nos demos cuenta de que nuestros *mejores* logros no han hecho nada para justificarnos! Jactarnos en ellos es como un hombre que se está hundiendo en el mar pero tiene en su mano un puñado de billetes de cien dólares y grita: *¡Estoy bien! ¡Tengo dinero!*

Si entiendes el evangelio de la justicia que se recibe, nunca te jactarás. O más bien, nunca te jactarás de ti mismo, sino que te jactarás solo de Alguien más y de algo que tú no hiciste: Cristo, y Este crucificado. Pablo dice que “jamás se me ocurra jactarme de otra cosa sino de la cruz de nuestro Señor Jesucristo” (Gá 6:14). Los cristianos saben que son salvos única y exclusivamente por la obra

de Cristo y no por sus propias obras. No se atribuyen el mérito por la posición que tienen con Dios ni por las bendiciones que Dios les ha dado.

Su jactancia se transfiere de ellos a su Salvador porque siempre se “jactarán” (es decir, buscarán su confianza y esperanza) del objeto de su fe. Si sabes que eres salvo solo por la obra de Cristo, tienes una gran confianza, pero no es una confianza en ti mismo ni en tus propias obras. Más bien, es confianza en la obra y muerte de Cristo. Enfrentas cada día, incluso el día de tu muerte, diciéndole al mundo: *Yo tengo a Cristo. Su muerte significa que cuando Dios me mira, Él ve a Su hermoso Hijo. Mundo, no necesito nada de ti y no me puedes quitar nada a mí. Yo tengo a Cristo.*

Lo que la jactancia ocasiona

Transferir la jactancia de nuestras propias obras hacia Cristo nos cambia por completo. De hecho podemos ver que la mayoría de los problemas en las sociedades y en los individuos son el resultado de la jactancia mal depositada. Estos son solo tres ejemplos:

1. *Divisiones entre las personas.* El orgullo por la raza, el estatus social y el logro conducen necesariamente al prejuicio, a la condescendencia y a la hostilidad. Para sentir confianza tenemos que vernos como mejores que otras clases de personas.
2. *Vivir negando la realidad.* Si nuestra confianza proviene de nuestra raza / etnicidad, nos tendremos que cegar a las maldades y fallas de nuestro pueblo. Esto conduce al racismo, clasismo, etc. Si nuestra confianza proviene de nuestros logros morales, nos tendremos que cegar a nuestros pecados y egoísmo. Esto hace que nos volvamos tremendamente susceptibles cuando alguien critica nuestra religión o nuestro

carácter moral, porque nuestra pureza moral es nuestra única fortaleza. Si la perdemos, perdemos todo. Si nuestra confianza proviene del amor de alguien (de un padre, de un hijo, de un cónyuge) nos tendremos que cegar a los pecados de esa persona y a cualquier problema en la relación. No seremos capaces de dar “amor con mano firme” cuando se necesite.

3. *Ansiedad.* Cuando cualquier cosa en la que nos jactamos se ve amenazada, nuestra seguridad fundamental se ve amenazada. Somos vulnerables a un profundo temor.

El evangelio crea toda una nueva mentalidad. Sus marcas incluyen:

1. *Tu mente está profundamente satisfecha con la doctrina de la justificación. Te hace clamar: La veo. ¡Es asombrosa! ¡Dios me acepta porque Jesús pagó por todos mis fallos! ¡Qué maravilla! Nunca te cansas de pensar en ella. No es una doctrina seca que simplemente entiendes de manera mecánica. Es el manantial de tu gozo, una verdad que hace cantar a tu corazón, porque se trata de ti, de tu justificación, de tu libertad y de tu confianza.*

2. *Una nueva libertad para vivir la realidad.* El evangelio te da el fundamento para que la crítica, las malas noticias y las evaluaciones negativas ahora sean manejables. Las malas noticias y el fracaso ya no amenazan tu confianza. Ahora, entre más ves tus faltas y fracasos, más sorprendente y precioso parece el amor de Dios y más amado te sientes por Él. ¡Esta es una prueba crucial! Si en esencia rechazas la idea de la cruz y a Jesús como el sustituto que lleva tu pecado —si en lo profundo realmente piensas que tu valor y aceptación dependen de tu comportamiento y desempeño— entonces, cuando tu pecado se revela, este te lleva lejos de Dios en vez de hacerte sentir más cerca de Él.
3. *Una nueva libertad de la ansiedad.* Poco a poco te conviertes en una persona más valiente que no le teme a la muerte, al futuro o a otras personas. Llegas a entender que Dios está a favor tuyo (que es “*por nosotros*”, RV60) . Sabes que “el que no escatimó ni a Su propio Hijo, sino que lo entregó por todos nosotros, ¿cómo no habrá de darnos generosamente, junto con

Él, todas las cosas?” (Ro 8:32). Colocas tus peores temores en Sus manos y los dejas ahí; enfrentas la dificultad y el peligro diciendo: *Él está por mí para que yo pueda enfrentar la muerte. Yo sé que el futuro está en Sus manos. Él no hubiera hecho todo hasta ahora para luego no darme lo que realmente necesito.* Cuando la muerte llega, con gozo tomas en tus propios labios las palabras del Señor Jesús: “¡Padre, en Tus manos encomiendo Mi espíritu!” (Lc 23:46).

¿Entonces ahora la ley es nada?

La ley no nos puede salvar. La ley no nos da bases para la jactancia, la autoestima o la confianza. La justicia de Dios y dada por Dios se ha revelado “aparte de la ley” (Ro 3:21 RV60). Así que cuando Pablo plantea la pregunta: “¿Quiere decir que anulamos la ley con la fe?” (v 31), parece que la respuesta es: *Sí. Todo lo que importa ahora es recibir por fe la justicia que se ofrece en la cruz.*

Pero Pablo contesta: “¡De ninguna manera!” y agrega que lejos de hacer nula y sin valor la ley, “más bien, confirmamos la ley”. Está diciendo que un creyente en el evangelio, aquel que es salvo por fe y no por la obras que la ley exige, entiende y ama la ley *más* que alguien que está buscando ser salvo por ella. ¿Cómo puede ser esto? Porque aunque guardar la ley como un medio para la salvación es nulo y no tiene valor (y siempre lo ha sido y lo mostrará el capítulo 4), la ley no se ha puesto a un lado ni sus requisitos han cambiado. La ley de Dios todavía está ahí y aún se debe guardar. Debe ser obedecida para que cualquiera se presente delante de Dios.

El evangelio no declara que la ley no importa, sino que importa muchísimo. La ley se debe guardar; y, para los que tienen fe en Cristo, ya ha sido guardada. Con el fin de ser el “sacrificio de expiación” del Antiguo Testamento (el cual proporcionó un indicio de la muerte de Cristo), los animales que se usaban tenían que ser “sin defecto” (Lv 4:3; 16:3, 6-17). ¿Por qué? Porque el sacrificio postrero de expiación, Cristo, no solo llevó el pecado de Su pueblo sobre Él; también les imputó Su cumplimiento de la ley (Su justicia) a ellos. Cuando ponemos nuestra fe en Cristo, nuestra pecaminosidad se le da a Él; Él ha muerto por ella. Y Cristo nos transfiere Su obediencia perfecta a la ley de Dios y nosotros vivimos por medio de ella. “Al que no cometió pecado alguno, por nosotros Dios lo trató como pecador, para que en Él recibiéramos la justicia de Dios” (2Co 5:21).

Entonces el evangelio respalda la ley al demostrar que quebrantarla es tan grave que acarrea muerte y juicio, y que guardarla es tan importante que nadie puede pasar por el juicio con un récord impecable. La ley es reforzada en la vida de Cristo y en Su muerte, no nulificada. Pero ¿no se nulifica la ley en la vida del cristiano si Cristo

simplemente nos imputa Su justicia? ¡De ninguna manera!, como lo diría Pablo. Fuera de la fe en Cristo, la ley (cuando dejamos que hable libre y totalmente) es hermosa y terrible a la vez. Nos encanta la descripción de la persona perfecta que vemos en la ley. Alguien que perdona gratuitamente, que bendice a sus enemigos, que siempre es generoso, que es puro en pensamiento así como en obras, y cosas por el estilo; ¡nos encantaría tener a alguien así de amigo! Es un hermoso cuadro de lo que la humanidad podría y debería ser. Pero también es un estándar aterrador porque nunca, en ningún sentido, seremos capaces de cumplirla.

Así que si estás obedeciendo la ley con el fin de ser salvo, debes hacer una de dos cosas:

☼ *Cambiar la ley, haciéndola más fácil para cumplir con sus requisitos.* Necesitas que los mandatos sean limitados y factibles. No quieres que diga: “Ama a tu prójimo como a ti mismo”; más bien quieres que diga: *No bebas alcohol, o: Asiste a la iglesia.*

☼ *Ser aplastado por la ley, porque sabes que no puedes cumplir*

sus requisitos. Te odiarás por no ser capaz de cumplirla; o (como lo hizo Lutero), llegarás a odiar a Dios porque no puedes cumplir con Sus requerimientos.

Con cualquiera de las dos que escojas ¡nulificarás la ley! Solo el evangelio nos permite reconocer y confirmar los estándares perfectos de la ley porque sabemos que la ley le importa lo suficiente a Dios como para traer muerte; pero también sabemos que ella ya no es *nuestra* muerte. No tenemos que ignorar la ley que somos incapaces de guardar ni tampoco ser aplastados por la ley que no podemos cumplir. Somos libres para tener un respeto correcto por los absolutos morales y para apasionarnos por la justicia. Podemos tener confianza, no juzgar a los demás, perdonar a los que nos ofenden y no ser aplastados por nuestras propias faltas y fracasos.

El evangelio nos libera para guardar la ley (v 31).

Preguntas para reflexionar

1. ¿De qué manera estos versículos cambian la opinión que

tienes de ti mismo?

2. ¿De qué manera estos versículos cambian la opinión que tienes de la ley de Dios?
3. ¿En qué, aparte de Cristo, estarías tentado a jactarte como la base de tu confianza o autoestima hoy? ¿Qué harás para asegurarte que te jactarás solo en Cristo?

ROMANOS 4 v 1-25

7. CUÁNDO COMENZÓ LA JUSTIFICACIÓN

Pablo ha hecho la grandiosa afirmación de la justificación solo por fe en Cristo, una fe que excluye la jactancia y que hace confirmar la ley. Ahora llama a dos testigos para apoyar su caso: Abraham y David. “¿Qué diremos en el caso de nuestro antepasado Abraham?” (v 1). “David dice lo mismo” (v 6).

Este es un golpe maestro. Abraham era el padre de los judíos. La nación de Israel comenzó cuando Dios le prometió al antepasado de Israel, Abraham, que Él haría que sus descendientes fueran una gran nación, viviendo en una tierra que Dios les daría, bendecidos por Dios (Gén 12:1-3). Y David fue el mayor rey de los judíos, en su reino la nación de Israel alcanzó su punto culminante en el Antiguo

Testamento. Pablo, en los capítulos del 1 al 3 se ha estado oponiendo a los judíos nacionalistas que confían en sus obras de justicia. Así que ¿de cuál lado está el patriarca-fundador de Israel y el mejor rey? Esa es la pregunta de Romanos 4.

Nada de qué jactarse

La primera posibilidad sería que “Abraham hubiera sido justificado por las obras” (v 2), es decir, que Abraham nos mostrara que la fe salvadora fuera igual a la obediencia. Si este fuera el caso, prosigue Pablo, entonces la conclusión lógica es que Abraham “habría tenido de qué jactarse”. Si “fe = obediencia”, entonces nosotros que somos salvos podríamos ser capaces de jactarnos ante Dios y ante los demás, porque nosotros seríamos los verdaderos autores de nuestra salvación.

Pero en este punto Pablo brinca ante la imposibilidad de tal conclusión, porque seguramente incluso Abraham “no [podía jactarse] delante de Dios” (v 2). El cuadro es el de Abraham de pie ante Dios jactándose de lo que hizo, enumerándole a Dios todas las formas en las que había obedecido. *Nadie puede hacer esto*, dice Pablo.

Y ciertamente la Escritura prueba que de hecho Abraham no tuvo nada de qué jactarse (v 3). Este versículo nos introduce a una palabra sumamente importante para todo el capítulo: *logizdomai*. Se traduce

como “tomar en cuenta” (es decir, “se le tomó en cuenta la fe como justicia”, v 3, 4, 5, 9, 10 RV60, 11, 22, 23, 24); el versículo 6 lo traduce “atribuye”. Este es un término de contabilidad que significa “contar como”. Tomar en cuenta algo es conferir un estatus que antes no estaba ahí. Por ejemplo, algunas casas se pueden “arrendar con opción a compra”. Tú pagas el arriendo, pero si después decides comprar la casa, el dueño toma en cuenta los pagos del arriendo que has hecho como pagos para la hipoteca. A esos pagos se les otorga un nuevo estatus.

Y en el **versículo 3** Pablo, citando de Génesis 15:6, dice que “le creyó Abraham a Dios, y eso se le tomó en cuenta como justicia”. ¿Qué quiere decir esto? Esto no solo es que la fe resulta en justicia, aunque es verdad que si creemos que Dios existe y que Él se merece nuestra obediencia y adoración, entonces, como resultado, viviremos una vida de obediencia. Ni tampoco es que la fe de Abraham fuera en sí misma una forma de justicia, que mereciera y fuera digna del favor de Dios y de Su bendición.

No, es algo más que eso; la fe es *contada como* justicia. Esto

significa que Dios trató a Abraham *como si* él estuviera viviendo una vida justa. Su fe no fue justicia; pero Dios la contó como si lo fuera.

Douglas Moo escribe:

Si comparamos otros versículos en los que se usa la misma construcción gramatical que en Génesis 15:6, llegamos a la conclusión [...] de que el [contar] la fe de Abram como justicia significa “tomarle en cuenta una justicia que no le pertenece propiamente”.

(*Romanos*, p. 262)

Abraham no era en sí mismo justo, perfecto y sin culpa; pero Dios lo trató como si lo fuera. Es posible ser amado y aceptado por Dios aun siendo pecadores e imperfectos. Martín Lutero lo expresó de esta forma: que los cristianos son *simul justus et peccator*: justos y pecadores al mismo tiempo.

La prueba de esta interpretación se puede ver en Romanos **4:5**, en la declaración extraordinariamente sorprendente de que Dios es un Dios “que justifica al malvado”. Es una verdad importante: cuando se te atribuye (o se te acredita) esa justicia, aún eres malvado.

La justificación y la justicia acreditada son, por lo tanto, la misma cosa: ser justificado es recibir la justicia que se te acredita. Esto es a lo que Martín Lutero llamó la “justicia pasiva” y a lo que los teólogos llaman la “justicia imputada”.

Como lo explica Pablo en el **versículo 4**, nuestra justicia es una de dos: ya sea merecida por nuestras obras o acreditada sin tomar en cuenta esas obras. Cuando a alguien se le da dinero es o como resultado de su trabajo (como un sueldo) o como un regalo (no teniendo nada que ver con su trabajo). Los sueldos no son acreditados; no son regalados sino que son algo debido; son una “obligación”. Si la salvación no es un regalo, entonces Dios está obligado a salvarnos, así como tu patrón está obligado a pagarte. Y eso, por supuesto, va en contra de todo el mensaje de la Biblia (¡incluyendo Génesis 15:6!).

Lo que es la fe salvadora

En contraste con el modelo “fe = obediencia”, Pablo nos da la fórmula correcta: “fe = confianza en la provisión salvadora de Dios”. En Romanos **4:5** se nos dice que la fe salvadora consiste en: (1) el fin de una clase de confianza y (2) el inicio de otra.

En primer lugar, una persona salva “no trabaja” (**v 5a**). Esto no significa que una persona salva ignore la ley (ver 3:31). Se refiere más bien a que la persona salva ya no confía en la obediencia como un medio de salvación. Un cristiano es aquel que deja de trabajar *para ser salvo*, ¡no uno que deja de trabajar!

En segundo lugar, una persona salva confía en Dios, quien justifica al malvado (**v 5**). Esto significa que el cristiano confía en que Dios tiene una forma de salvar aparte de nuestros esfuerzos.

Así que la fe salvadora es una “transferencia de confianza”. Se trata de quitar nuestras esperanzas y confianza en otras cosas para colocarlas en Dios como Salvador. El versículo 5 concluye diciendo que si dejamos de confiar en nosotros mismos como los que nos

justificamos y comenzamos a confiar en Dios como el que justifica, el resultado es la justicia acreditada.

Incluso hoy en día muchos comentaristas judíos encuentran desconcertante la definición que Pablo hace de la fe. Uno de ellos, Hans-Joachim Schoeps, escribe: “La fe llega a ser [es decir, equivale a] una obediencia celosa con respecto al cumplimiento de la ley [... La posición de Pablo] de absoluta oposición entre la fe por un lado y la ley por el otro [...] siempre ha sido incomprensible para el judío”.

Abraham le creyó a Dios

Abraham no fue salvo solo por creer *en* Dios. El **versículo 3** nos recuerda: “Le creyó Abraham a Dios”. Él es el hombre del **versículo 5** que “cree en el que justifica al malvado”. La fe que salva no es creer que Dios está ahí. Tampoco es creer en un Dios que salva. Es creerle a Dios cuando Él promete un camino de salvación por gracia.

Puedes tener muchísima fe de que Dios existe, de que Él es amoroso, de que Él es santo. Puedes creer que la Biblia es la santa palabra de Dios. Puedes mostrar una gran reverencia por Dios. Sin embargo, al mismo tiempo, puedes estar buscando ser tu propio salvador y justificador confiando en tu propio desempeño en muchas áreas: la religión, el carácter moral, la vocación, la crianza de los hijos, etc.

Decir que la fe que salva es una “transferencia de confianza” es ver de manera consciente dónde está tu confianza, hacer a un lado tus esperanzas y tu confianza en esas cosas y colocar esas esperanzas y esa confianza específicamente en Dios como tu Salvador (no solo en

Él como Dios en general).

En *Evangelismo Explosivo*, James Kennedy sugiere que cuando quieras compartir el evangelio con alguien, comiences con una pregunta:

Supongamos que mueres esta noche y estás de pie ante Dios, y Él te pregunta: '¿Por qué debo dejarte entrar a Mi cielo?'. ¿Qué le dirías?

(*Evangelismo Explosivo*, p. 21)

Otra forma de preguntar esto sería: *Suponiendo por un momento que realmente existe un cielo, ¿cuáles crees que son los requisitos generales para ser admitido? ¿Quién entra y quién no?*

Si haces esta pregunta aleatoriamente a gente que asiste a la iglesia te sorprenderás al escuchar respuestas como estas: (a) Porque he hecho mi mejor esfuerzo por ser un buen cristiano; (b) porque creo en Dios y trato de hacer Su voluntad; (c) porque creo en Dios con todo mi corazón.

Esta no es una pregunta capciosa; más bien, revela conceptos erróneos comunes acerca de lo que significa creer, lo que es tener fe.

La respuesta (a) es una respuesta de “salvación por obras”. La respuesta (b) es una respuesta de “salvación por fe más obras”. La respuesta (c) es una respuesta de “salvación por fe como una obra”. En cada caso, la persona es religiosa pero no es alguien que “no trabaja” (**v 5**); realmente no ha hecho una verdadera “transferencia de confianza”. En el último caso, ¡la persona incluso ha llegado a confiar en su confianza! Ninguna de estas respuestas ha captado el glorioso anuncio del evangelio. ¡Estas falsas nociones de la fe salvadora llevarán a la inseguridad, a la ansiedad, a la incertidumbre, posiblemente al orgullo espiritual, a la hipersensibilidad a la crítica y a la devastación después de cualquier fracaso moral!

La manera en que Pablo describe la fe va en contra de lo que cree la persona religiosa y de lo que cree la no religiosa. En lo exterior, una parece tener fe y la otra no. Pero la persona religiosa está igual de perdida, sin nunca haber confrontado la confianza que tiene en su autojustificación.

Lo que la fe salvadora es marca toda la diferencia. Si crees que “fe = obediencia”, estás colocando tu fe en ti mismo y en tus habilidades.

Esto te llevará a la jactancia y al orgullo (o a la desesperación y a odiarte a ti mismo si fallas). Pero si “fe = confianza en la promesa de Dios para salvar”, entonces estás poniendo tu fe en Dios y en Su habilidad. Eso lleva a la humildad y a la confianza, que es (como veremos) lo que “Abraham...halló” (v 1 RV60).

Bendito perdón

“David dice lo mismo”, continúa Pablo (v 6). David tenía muchas razones para jactarse de sí mismo: era el rey, había extendido las fronteras de su nación y había traído paz, había establecido a Jerusalén como su capital con el arca de la presencia de Dios en el corazón de la ciudad. Sin embargo, David también tenía muchas razones para ser aplastado por su pecaminosidad: fue un adúltero y, por medio de una conspiración, un asesino (2S 11). Con todo, este hombre fuerte y pecador había descubierto “la dicha de aquel a quien Dios le atribuye justicia sin la mediación de las obras”. En Romanos 4:7-8 Pablo cita las palabras de David en el Salmo 32. Mira que David no dice: *Dichosos aquellos que no trasgreden, aquellos que evitan el pecado por medio de la obediencia*. David reconoce que es un transgresor, un pecador; y sin embargo, sabe que todavía es dichoso porque “el Señor no tomará en cuenta [su pecado]” (Ro 4:8). Gozar de la condición de que la justicia de Dios se te acredita significa que tu pecado no cuenta (*logizdomai*) contra ti. Aunque pecas, esto no te

puede condenar; esto no afecta tu estatus ante Dios.

Conocer la dicha de la justicia acreditada es la única manera de ser liberado para verte a ti mismo tal cual eres. Sin esto, o ignoraremos la verdad de que Dios es justo y que Él solo aceptará una vida justa, o esa misma verdad nos aplastará. Y cuando vemos nuestras transgresiones o las ignoramos, o nos excusamos, o nos desesperamos. Pero si tenemos la fe salvadora, podremos ser sinceros con nosotros mismos y ver nuestros defectos y fracasos; y nos podremos levantar cuando sí fracasemos porque conocemos la dicha de ser pecadores cuyos pecados no se nos toman en cuenta: pecadores declarados justos.

Preguntas para reflexionar

1. Si Dios te preguntara *a ti*: “¿Por qué te debo dejar entrar en Mi cielo?”, ¿qué le responderías?
2. ¿Cómo definirías la fe? ¿Esa definición ha cambiado por la lectura que has hecho de Romanos 4?

3. ¿De qué manera experimentas la dicha del perdón? ¿Hay cosas que te hacen olvidar o minimizar esta bendición?

PARTE DOS

La salvación, la circuncisión y la ley

En el **versículo 9** Pablo sigue pensando en la dicha del perdón (v 7-8) mientras toma de nuevo el tema de lo que “Abraham [...] descubrió” en este asunto (v 1, NTV). “¿Acaso se ha reservado [...] solo para los que están circuncidados? ¿Acaso no es también para los gentiles?” (v 9). El punto de vista al que Pablo se opone es aquel que sugiere que la “fe” de Abraham incluía la circuncisión. Los judíos veían la circuncisión como la señal de la membresía de la nación judía. Era un símbolo religioso y cultural de pertenecer a Dios y era un símbolo de solidaridad con el pueblo hebreo.

Así que si la justicia de Abraham se le acreditó “después de ser circuncidado” (v 10), entonces se podría argumentar que Abraham “descubrió” que había un acto (circuncisión) sobre el cual se basaba su justicia y/o que la justicia solo estaba disponible para los judíos, el antiguo pueblo de Dios.

Pero, de hecho, fue “¡antes, y no después!” (v 10). A Abraham ya se le había acreditado la justicia de Dios en Génesis 15:6, aunque en

ese momento aún no era circuncidado, sino hasta Génesis 17. La circuncisión no fue una condición para que él fuera contado como justo; fue “la señal [... un] sello” de lo que él ya era solo “por la fe” (Ro 4:11). La circuncisión era la señal física de la realidad espiritual; y esa realidad no dependía de la presencia de la señal.

Entonces, Pablo explica en los **versículos 11 y 12** que si Abraham fue salvo por la fe sin la circuncisión, entonces la gente no circuncidada y no judía también será salva por esa misma fe sin la circuncisión. La cronología de la vida de Abraham es una prueba real del principio que Pablo ya expuso en 3:29-30: que Dios es el Dios de judíos y de gentiles y que justifica a ambos sobre la misma base, “mediante esa misma fe”.

En **4:13-17** Pablo una vez más compara estos dos mismos modelos de fe. “No fue mediante la ley” —no mediante la obediencia— que a Abraham se le dio la promesa de que “él sería heredero del mundo”. Hubiera sido imposible. Dios le dio la “ley” a Moisés más o menos 500 años después de Abraham, y Abraham fue salvo. Él no pudo haber obedecido la ley mosaica puesto que aún no había llegado. Así que

¿cómo fue salvo? Por medio de la confianza en las promesas de Dios.

De hecho, la ley *no puede* ser la ruta para la salvación “porque si los que viven por la ley fueran los herederos, entonces la fe no tendría ya ningún valor y la promesa no serviría de nada. La ley, en efecto, acarrea castigo” (v 14-15). Si vives por la ley, no puedes recibir lo prometido (porque estás confiando en tu salario en vez de recibir el regalo). Si la promesa descansa en cualquier tipo de obediencia a la ley, es “inútil”, porque nadie guarda la ley (como Pablo ya lo ha demostrado largo y tendido en los capítulos 2 y 3). La ley solo nos puede mostrar en dónde fallamos, que probablemente es lo que Pablo está diciendo en la extraña frase al final de 4:15: “donde no hay ley, tampoco hay transgresión”. Pablo no está diciendo que si alguien no conoce la ley, no puede ser culpable de pecado. Pero la transgresión conlleva el significado de ir en contra de un límite de forma deliberada e intencional. Si entro a una propiedad privada sin saberlo, eso es un delito. Pero si veo una señal que dice *Propiedad privada: no entrar*, y entro sin autorización, entonces soy un

transgresor: conocía explícitamente la ley y la quebranté. Conocer la ley no nos hace herederos; nos hace doblemente culpables.

“Por eso la promesa viene” (y *solo puede* venir) “por la fe [...] por la gracia” (v 16). Como la fe salvadora es confiar en las promesas de Dios, la salvación nos llega a nosotros “garantizada” (v 16), ya que depende de la promesa de Dios, no de nuestra obediencia. Y está igualmente disponible para judíos (“los que son de la ley”) y para no judíos (“los que son [solo] de la fe de Abraham”). Como en el versículo 3, Pablo muestra que su argumento está demostrado en las escrituras del Antiguo Testamento: Dios prometió hacer de Abraham “padre de muchas naciones” (v 17, ver Génesis 17:5); como nuestro padre en la fe, él ahora tiene hijos por todo el mundo. Limitar la oferta de la salvación a Israel es contradecir las promesas de Dios.

Abraham: un caso práctico de la fe

Pablo concluye el tema de Abraham en Romanos **4:17b-25** presentándolo como un caso práctico de la fe viva para que nosotros lo sigamos como sus “hijos”. ¿Qué quiere decir “creerle a Dios”? Abraham nos muestra que es hacer tres cosas:

1. *Saber que la realidad es más allá de cómo nos sentimos o cómo parecen las cosas.* “Reconocía que su cuerpo estaba como muerto” (**v 19a**). Dios le había prometido descendientes (Gén 12:2, 7), aunque no tenía ninguno: “ya tenía unos cien años” y “también estaba muerta la matriz de Sara” (Ro 4:19). Pablo dice en otra carta: “Vivimos por fe, no por vista” (2Co 5:7). La fe no se opone a la razón, pero a veces se opone a los sentimientos y a las apariencias. Abraham consideraba su cuerpo y se veía sin esperanza. Pero él no se basó en las apariencias. Esto nos muestra que la fe no solo es un optimismo acerca de la vida en general ni tampoco es fe en uno mismo. Al contrario, la fe comienza con morir a la confianza en

uno mismo. La fe es continuar con algo a pesar de nuestra debilidad, a pesar de nuestros sentimientos y percepciones.

2. *Enfocarse en los hechos acerca de Dios.* A pesar de la aparente imposibilidad del cumplimiento de las promesas, Abraham “dio gloria a Dios, plenamente convencido de que Dios tenía poder” (Ro 4:20-21). Esto muestra que la fe no es una ausencia de razonamiento; es pensar en la realidad en términos de quién es Dios, en vez de solo reaccionar a las circunstancias. Abraham sabía que Dios tenía poder. Él creyó que el Dios que le había prometido un hijo era el Dios “que da vida a los muertos y que llama las cosas que no son como si ya existieran” (v 17). Podemos imaginar a Abraham razonando así: *Si existe un Dios Creador (y sé que es así), Él debe tener todo el poder; ese poder no tiene límite. Dios sabe que Sara y yo somos ancianos, pero ¡Él es Aquel que colgó el sol y la luna y dispersó con ambas manos las estrellas como arena! ¡Es ridículo pensar que nuestra edad representa un obstáculo para Él!* Fe es pensar en Dios enfocándose en los hechos acerca de

Él. Nosotros, por supuesto, a diferencia de Abraham, conocemos más hechos acerca de Dios en los cuales nos podemos enfocar, demostraciones mucho más grandes de Su amor y poder. Sabemos que Dios hizo que la matriz estéril de Sara fuera un lugar de vida (Gén 21:1-2); y sabemos que, de manera soberana, Él levantó a Su propio Hijo a la vida. ¡Tenemos mucho más conocimiento que Abraham para observar y meditar en quién es Dios y en lo que Él es capaz de hacer!

3. *Confiar plenamente en la palabra de Dios.* Abraham creyó “que Dios tenía poder para cumplir lo que había prometido” (Ro **4:21**). “Creerle a Dios” no es solo pensar en Dios, sino confiar en Su palabra. De hecho, es tomarle la palabra a Dios incluso cuando ya no haya nada a qué aferrarse: cuando los sentimientos, la opinión popular y el sentido común parezcan contradecir Su promesa. Es considerar lo que Dios ha dicho y dejar que eso defina nuestra realidad.

Abraham nos muestra el camino para fortalecer nuestra fe:

1. *¡Llegar a saber mucho más acerca de Dios!* Estudia, reflexiona, medita. Abraham pudo vencer su sentimiento de debilidad al considerar y aferrarse a lo que sabía acerca de Dios. Tú tienes que hacer lo mismo.
2. *Actuar de acuerdo a las promesas y a la palabra de Dios incluso cuando sea difícil.* Fe es vivir como si las promesas fueran verdad. Por ejemplo, das dinero de manera generosa, aunque eso pueda parecer económicamente riesgoso, porque crees en Su promesa de que Dios cuida del dador generoso (Mal 3:9-10). Dices la verdad, aun cuando ponga en riesgo la amistad con alguien o aun cuando significa no recibir el favor de algunos, porque sabes que decir la verdad le agrada al Dios que es Señor de la historia y que en Sus manos sostiene los corazones de todas las personas.

La vida de Abraham también nos recuerda qué es una verdadera vida de fe. Pablo dice que Abraham “no vaciló como un incrédulo, sino que se reafirmó en su fe” (Romanos **4:20**). Sin embargo, ¡una rápida lectura del relato de su vida en Génesis sugiere que sí titubeó

con incredulidad! Cuestionó a Dios con respecto a Su promesa (Gén 15:2); mintió con referencia a quién era Sara, su esposa (Gén 12:10-16); y además trató de “arreglar” la promesa de Dios de darle un hijo al acostarse con Agar, la sierva de Sara (Gén 16).

Abraham no siempre practicó su fe; su obediencia no fue perfecta; su confianza fluctuaba; pero su fe nunca se extinguió. Se mantuvo firme en las promesas de Dios incluso durante sus propios fracasos; y en medio de todo, “se reafirmó en su fe” (Ro 4:20). Fue capaz de considerar un error y decir: *Esto me ha recordado que mi única esperanza es confiar en la promesa de Dios, y más aún confiar en Dios como el único que puede cumplir esa promesa.*

Una vida de fe no es una vida perfecta; es una vida que se aferra a lo que Dios ha dicho que hará, y que ve las luchas, las alegrías y los fracasos como medios para aumentar nuestro apego al Dios que hace y guarda Sus promesas. Así se ve la fe que es, en el momento en que ponemos nuestra confianza en las promesas de Dios, “tomada en cuenta [...] como justicia” (**v 22**).

La enseñanza de Pablo es que esas maravillosas palabras en

Génesis 15:6 “no se escribieron solo para Abraham, sino también para nosotros. Dios tomará en cuenta nuestra fe como justicia” (Romanos **4:23-24**). ¿Qué es la fe que salva? Creer “en Aquel que levantó de entre los muertos a Jesús nuestro Señor” (**v 24**) y confiar en la promesa de Dios de que la muerte y la resurrección de Su Hijo fueron “por nuestros pecados [...] para nuestra justificación” (**v 25**). La fe de Abraham estaba en la promesa de un descendiente; nuestra fe está en lo que Dios dice que un descendiente de Abraham ya logró. Esta es la promesa que debe definir nuestra realidad y moldear nuestras vidas.

La diferencia que hace la justificación

Al llamar a Abraham y a David como testigos para su caso, Pablo ha probado que la justificación por fe comenzó antes de la circuncisión y antes de la ley; que fue, sigue siendo y siempre debe ser una justicia acreditada a los que tienen la fe salvadora.

Al haber demostrado lo anterior, Pablo presenta varias obras externas que demuestran que una persona ha sido justificada por fe:

- ☼ *No jactarse.* Nuestra justicia es acreditada; la recibimos. Saber esto nos impulsa a darle la gloria a Dios y a tener una humildad con esperanza en cuanto a nosotros mismos (v 2-3, **20**).
- ☼ *No acobardarse.* Sabemos que somos pecadores y que nuestros pecados están cubiertos. Nuestros pecados no se cuentan en contra nuestra; en cambio, la justicia se nos acredita. Se nos toma en cuenta la fe como justicia. Esto produce la bendición del gozo agradecido y una profunda seguridad (v **6-8**).
- ☼ *Una gran identidad.* Estamos incluidos en el grandioso plan que

Dios está llevando a cabo en la historia de la humanidad, como hijos de Abraham, por tener la fe que él tuvo (v 12-17). Esto produce un gran propósito y una clara visión de nuestro rol en el mundo.

☼ *Una plena seguridad.* La promesa de heredar la tierra (de gozar la vida eterna en un mundo renovado) es por gracia y depende del poder de Dios para guardar Su promesa, no de nuestro desempeño (v 16). Esto nos permite vivir sin miedo al futuro y sin desesperarnos por nuestros fracasos.

☼ *Esperanza cuando no hay esperanza.* No había esperanza para Abraham y para Sara, excepto la esperanza en las promesas de Dios; esa era toda la esperanza que ellos necesitaban (v 18). No tenemos esperanza de vida eterna sin que Dios haya prometido que en Cristo podemos ser hechos justos. Podemos enfrentar la pérdida de las cosas que disfrutamos y el duelo cuando mueren aquellos que amamos sin perder la esperanza ni sentir que no vale la pena vivir. La persona que le cree a Dios puede enfrentar cualquier cosa y decir: *Todavía tengo las*

promesas de Dios, y eso es suficiente.

Preguntas para reflexionar

1. ¿De qué manera tener una esperanza que va más allá de toda esperanza humana te alienta y te consuela hoy?
2. ¿Puedes pensar en las maneras en las que recientemente has actuado con fe cuando era difícil? ¿Estás siendo llamado a hacerlo en este momento?
3. Medita en la lista de la página anterior, en las formas en las que la justificación nos transforma. ¿Cuál es la más preciosa para ti hoy y por qué? ¿Cuál reta más la manera en la que te ves y la manera en la que ves tu vida? ¿Por qué?

ROMANOS 5 V 1-11

8. LO QUE LA JUSTIFICACIÓN TRAE

La justificación cambia todo. No solo cambia el rumbo a donde vamos; también cambia la manera como actuamos y nos sentimos, en los buenos tiempos y (con mayor sorpresa y de manera más extraordinaria) en los malos tiempos. En la primera parte de Romanos 5 Pablo ahora se enfoca en estos beneficios presentes de la justificación.

Ya que hemos sido justificados

El **versículo 1** tiene una introducción doble. “En consecuencia”, comienza diciendo Pablo. Dicho de otra manera, estos versículos son el resultado de las verdades que él acaba de plantear. “Ya que hemos sido justificados mediante la fe...”. Estos resultados son los beneficios que fluyen de la grandiosa doctrina de la justificación por fe que Abraham y David conocieron y por la cual vivieron, y que finalmente se vio y se aseguró en la cruz. Pablo está diciendo: *A la luz de todo lo que hemos visto, aquí hay tres realidades que la justificación trae...*

En primer lugar, tenemos paz con Dios (**v 1**). Esto no es lo mismo que la paz *de* Dios (Fil 4:7). La paz *de* Dios es un corazón tranquilo y satisfecho en medio de los problemas y las presiones. La paz *de* Dios es paz con respecto a las preocupaciones del mundo. Es **subjetiva**. Pero la paz *con* Dios se refiere a que ahora la enemistad entre Dios y nosotros se ha terminado. La paz *con* Dios es paz con respecto a Dios. Es **objetiva** y real ya sea si me siento feliz y seguro o no.

La paz *con* Dios significa que antes de nuestra salvación había una

guerra entre Dios y nosotros. Cuando desobedecemos a Dios suceden dos cosas. La primera es que cuando pecas no solo quebrantas Su ley, sino que supones que tienes el derecho o la autoridad para hacerlo; pretendes ser el rey sobre ti mismo y sobre tu mundo. Pero Dios reclama Su autoridad sobre las mismas cosas. Siempre que dos partes reclaman el control absoluto sobre algo, hay una guerra. La segunda cosa que sucede es que nuestra desobediencia significa que Dios tiene un problema con nosotros. No es solo que estamos en enemistad con Él. Pablo ya nos ha dicho que la ira de Dios está sobre nosotros (Ro 1:18). Como lo vimos en Romanos 1, la ira de Dios no es como la nuestra. No es vengativa ni vindicativa; es legal. Hay una sentencia sobre nosotros que simplemente no puede ser descartada. Esta deuda no puede desaparecer por el poder de pensamientos positivos.

Es por eso que no podemos simplemente volver a Dios como si de nuestra parte tuviéramos la capacidad para hacer todo lo necesario para estar en paz otra vez. Tiene que suceder lo que dicen los **versículos 10 y 11**: “Fuimos reconciliados con Él [...] ya hemos

recibido la reconciliación”; Su ira ha sido quitada. La paz con Dios no es algo que nosotros logramos.

En segundo lugar, tenemos “acceso a esta gracia en la cual nos mantenemos firmes” (v 2a). La palabra griega que se usa aquí, *prosagoge*, tiene el sentido de “acercar” o “presentar”. Solo podemos llegar a tener una relación personal con un poderoso **dignatario** si alguien nos presenta con él. Tener acceso a la gracia significa que se nos da una posición favorable desde la cual podemos desarrollar una relación personal. En Cristo se nos hace pasar al salón del trono real y permanecer allí. Adondequiera que vayamos en el mundo, siempre estamos en el salón del trono celestial.

Esto va más allá de la paz *con* Dios, que fue el fin de la enemistad. La justificación no es meramente la eliminación de algo negativo (enemistad). Tiene un aspecto positivo: la relación, la amistad con Dios. Podemos ahora ir a Dios continuamente con nuestras peticiones, problemas y fracasos; y Él nos escucha y se relaciona con nosotros.

En tercer lugar, tenemos la esperanza de alcanzar la gloria de Dios

(v 2b). Esta es una firme anticipación de compartir la gloria futura de Dios. El término “esperanza” en español es un poco débil. Usamos “esperar” para decir que queremos algo sin tener la certeza de que llegará. Pero la palabra griega de la que se tradujo, *elpis*, significa convicción. La esperanza cristiana no es un deseo optimista; es una confianza firme y certera. La razón por la cual este beneficio viene en tercer lugar es porque mientras más experimentamos nuestra paz con el Padre y nuestro acceso a Él, más deseos tenemos de verlo cara a cara, y tanto más seguros y emocionados estamos ante la perspectiva de la gloria y del cielo. El “cielo” en sí mismo puede ser una idea abstracta y poco apetecible. Pero si llegas a probar el “acceso” a Dios y te das cuenta de lo “embriagante” que es tener en tu lengua solo un par de gotas de Su presencia, desearás beber de ese manantial. A ese deseo, a esa concentración y a esa gozosa certeza del futuro se le llama “esperanza de la gloria”.

Date cuenta de que estos tres beneficios de la justificación son los tres tiempos verbales de nuestra salvación. En Cristo hemos sido liberados de nuestro *pasado* (nuestro antiguo historial de rebelión y

pecado ha sido quitado y tenemos paz con Dios); en el *presente* somos libres para disfrutar una relación personal con Dios; y un día en el *futuro*, con toda certeza, experimentaremos la libertad de vivir la vida en la presencia plena y asombrosa de la gloria de Dios.

Gozo en los sufrimientos

Estos son beneficios maravillosos, pero la vida es compleja e implica tanto dolor como placer. Cuando las cosas van bien en nuestra vida podemos saborear y gozar estos beneficios. Pero cuando las cosas van mal, ¿qué diferencia hacen la paz, el acceso y la gloria futura?

Pablo dice: *Hacen toda la diferencia*. Nos gozamos en nuestra esperanza de la gloria (v 2); pero no solo esto, continúa Pablo (v 3): “sino también [nos gozamos] en nuestros sufrimientos”. Efectivamente, está diciendo: *No solo tenemos estos gozos, sino que estos gozos siguen siendo gozos en nuestro sufrimiento, e incluso nos ayudan a encontrar el gozo en nuestra tristeza*.

Pablo no dice que nos gozamos *por* nuestros sufrimientos; eso sería masoquismo. De hecho, algunas personas buscan el sufrimiento porque necesitan sentirse castigadas con el fin de lidiar con su sentimiento de culpa y de falta de valía; a otras les gusta sufrir porque así mantienen una actitud de superioridad hacia los que han tenido una vida más fácil. Ven a otros como superficiales y desagradecidos.

También es posible usar el sufrimiento como una obra; ¡como otra forma de justificación por obras! Algunas personas sienten que Dios les debe Su favor y aceptación porque han tenido una vida difícil. Las personas que no tratan su sufrimiento por medio del evangelio de la gracia pueden volverse orgullosas y sentirse superiores o pueden volverse profundamente cínicas.

Los cristianos, sin embargo, se gozan *en* el sufrimiento. Eso significa que no hay gozo en las dificultades en sí. Dios odia el dolor y las dificultades de esta vida, y nosotros también deberíamos odiarlos. Más bien, un cristiano sabe que el sufrimiento traerá resultados benéficos. Un cristiano no es un estoico, que enfrenta el sufrimiento simplemente apretando los dientes. El cristiano ve “a través” y más allá del sufrimiento para ver su esperanza certera. Descansa en el conocimiento de que las dificultades solo aumentarán su gozo y aprecio por esa esperanza.

¿Cuáles son los resultados positivos del sufrimiento? Recuerda que Pablo nos está diciendo de qué manera el sufrimiento afecta a una persona que sabe que está justificada únicamente por la gracia, no

por las obras. En ese caso Pablo dice que el sufrimiento comienza una reacción en cadena:

1. *El sufrimiento conduce a la “perseverancia” (v 3).* Esta es una palabra que significa “tener en mente una sola cosa”. El sufrimiento hace que nos “enfocemos”; nos ayuda a enfocarnos en lo que es importante. Nos hace recordar lo que realmente es duradero, nos ayuda a realinear las prioridades, y hace a un lado las distracciones.
2. *La “perseverancia” lleva a la “entereza de carácter” (v 4).* Esta es una palabra que significa “carácter probado” (LBLA). Es una cualidad de la confianza que surge de haber pasado por una experiencia. Solo viene cuando llevas a cabo y cumples con tu deber a pesar de todo. El resultado es una seguridad que aumenta con la experiencia. Por ejemplo: un equipo deportivo que nunca ha participado en un campeonato puede estar nervioso y jugar mal porque no ha estado en esa posición antes. Pero un equipo “probado” que tiene la experiencia de haber participado en campeonatos anteriores estará menos

ansioso. Se desempeña bien porque ha estado ahí antes. Date cuenta de que sin el primer paso, el segundo paso no puede darse. El sufrimiento, si primero te lleva a enfocarte en Dios y en las prioridades correctas, te llevará a una mayor confianza conforme pasas por él.

3. *Todo esto conduce al crecimiento en “esperanza”,* que es una confianza firme y certera en nuestra paz, en el acceso a Dios y en la gloria futura (**v 4**). El sufrimiento nos quita las fuentes rivales de confianza y esperanza, es decir, los otros lugares a los que podríamos acudir para lograr sentir que, en el fondo, estamos bien y que nuestro futuro estará bien. El sufrimiento nos lleva al único lugar donde encontramos la esperanza genuina y la confianza verdadera: Dios.

Al agregar el **versículo 5** justo después de lo dicho en los **versículos 3 y 4**, parece que Pablo está diciendo que los cristianos que se enfocan en perseverar en la oración y en la obediencia a Dios (y que por lo tanto crecen en confianza) sentirán más de Su amor durante el sufrimiento, de una efusión de amor en sus corazones.

Muchos cristianos cuentan que sienten más la presencia y el amor de Dios durante el sufrimiento porque esto los hace enfocarse y confiar más en Él.

Aquí hay una sorprendente afirmación de Pablo. Cuando él muestra que el sufrimiento da inicio a una reacción en cadena que conduce a la esperanza (que es uno de los frutos de la justificación), está diciendo que el sufrimiento no solo no disminuye los beneficios de la justificación, sino que más bien los aumenta. Dicho de otra manera, si enfrentas el sufrimiento con una clara comprensión de la justificación solo por gracia, tu gozo va a profundizar en esa gracia. Por otro lado, si enfrentas el sufrimiento con una mentalidad de justificación por obras, el sufrimiento te va a destroz anímicamente en vez de formarte.

Considera cómo el sufrimiento afecta a las personas que están buscando la salvación por obras. Los que se justifican a sí mismos siempre se sienten inseguros a niveles más profundos porque saben que no están a la altura de sus propios estándares, pero no lo pueden admitir. Así que cuando llega el sufrimiento, inmediatamente sienten

que están siendo castigados por sus pecados. No pueden tener confianza en el amor de Dios (**v 5**). Y puesto que su razón por creer que Dios los ama estaba mal fundamentada, el sufrimiento los hace añicos. El sufrimiento los aleja de Dios en vez de acercarlos a Él. Es cuando sufrimos que descubrimos en quién realmente estamos confiando y a quién estamos esperando: o en nosotros mismos o en Dios.

Estudio de un caso práctico

¿Cómo marca esto una diferencia para nosotros en lo individual, en nuestras propias circunstancias particulares? Considera una dificultad específica o una prueba que hayas sufrido como cristiano (puede ser algo que estés viviendo en este momento). Tómala como tu propio “estudio de un caso práctico” y pregúntate:

- ☼ ¿Esto te llevó a centrarte y a enfocarte? ¿Te ayudó a filtrar y separar lo no importante de lo importante? ¿Te ayudó a que centraras más tu atención en la oración y en lo que Dios ha hecho por ti?
- ☼ ¿Tu sufrimiento ha producido entereza de carácter? ¿Seguiste hasta el fin a pesar de tus temores? En otras palabras, ¿trajo una clase de madurez y confianza que surgen de haber pasado por todo ese proceso? ¿Eres una persona menos nerviosa, menos miedosa?
- ☼ ¿Te condujo a una experiencia más profunda de la presencia de Dios y de Su amor? ¿Encontraste una mayor cercanía, un

sentido de proximidad?

Si tu sufrimiento no condujo a esto, analiza por qué.

- ☼ *¿Fue un fracaso de la voluntad?* ¿Simplemente no pasaste tiempo con Dios en adoración y reflexión? ¿O lo desobedeciste de alguna manera para escapar de lo difícil de la situación?
- ☼ *¿Fue un fracaso de entender el evangelio?* ¿El sufrimiento te hizo dudar del amor de Dios? Esa es una respuesta natural, pero al fin de cuentas ¿te quitaste esas dudas de encima? La rapidez con la que hagas eso es un indicio de qué tan bien entiendes la justificación.

Recuerda que Dios puede usar el sufrimiento para “despertar” a una persona a que vea su pecado como un tipo de “intervención”. Ese tipo de intervenciones se hacen solo por amor. Dios puede tratarte duramente si es necesario, como un padre amoroso lo haría con un hijo rebelde, todo por una profunda preocupación por ti. Si eres cristiano, Dios ha puesto todo tu castigo sobre Cristo. Toda Su ira por ti cayó en el corazón de Jesús y ahí fue tragada y absorbida. Esa ira

ha desaparecido para siempre. Ya no le queda ira para ti. Eres libre de ver tus sufrimientos, no como si Dios te estuviera aplastando, sino como si Dios te estuviera llevando a tener una mayor apreciación de los beneficios que gozas como Su hijo justificado. Eres libre para ver el sufrimiento (en el mismo momento que estás pasando por él, no solo después) de una forma que solo la fe del evangelio produce: como algo que no toca tu gozo, porque lo que perdiste en tu sufrimiento (comodidad, salud, riqueza, etc.) no es la fuente de tu gozo.

Preguntas para reflexionar

1. ¿Has estado gozando de tu comunión con Dios hoy?
2. Contesta las preguntas del estudio de un caso práctico de las páginas anteriores.
3. ¿Hay un área de sufrimiento o de desilusión en tu vida que estás viendo como un castigo de Dios en vez de ver a Dios obrando para acercarte más a Él?

PARTE DOS

La esperanza real

Como ha sucedido tantas veces ya, en **Romanos 5:5** Pablo está anticipando una pregunta: *¿Cómo puedes realmente saber que esta esperanza de la gloria es real? ¿Cómo sabes que no es solo una ilusión? ¿Cómo puedes estar **seguro** de que es verdad?*

Pablo nos muestra que la base de la seguridad del cristiano es doble: una es interna y subjetiva mientras que la otra es externa y objetiva. Y ambas son necesarias.

En primer lugar, el versículo 5 nos dice que podemos saber que Dios nos ama por la experiencia de Su amor. “La esperanza no nos defrauda, porque Dios ha derramado Su amor en nuestro corazón”. Llega por medio del Espíritu Santo. Por lo tanto, todos los cristianos tienen alguna experiencia interna del amor de Dios. El lenguaje de Pablo muestra que esta puede ser una vivencia bastante fuerte, aunque también puede ser suave y tierna (lo que es más común).

Entre mayor sea tu experiencia interna del amor de Dios, mayor es tu seguridad, esperanza y poder. Por lo general, la gente con más

experiencia interna de ese amor es la que es constante y disciplinada en la oración, la meditación, el equilibrio en la vida y la obediencia.

Algunos cristianos han experimentado esta seguridad de una manera muy poderosa. El **puritano** inglés de principios del siglo diecisiete, Richard Sibbes, escribió de manera conmovedora sobre la obra del Espíritu. Esta es una paráfrasis:

A veces nuestros espíritus no pueden mantenerse firmes durante las pruebas. Por lo tanto, a veces es necesario el testimonio inmediato del Espíritu Santo. Llega diciendo: '¡Yo soy tu salvación!', y nuestros corazones se conmueven y se consuelan con gozo indecible. Este gozo tiene grados. A veces es tan claro y fuerte que no cuestionamos nada; otras veces las dudas nos asechan poco tiempo después.

(Cita original en *Obras de Richard Sibbes*, vol. V, p. 440)

O como lo describió William Guthrie (parafraseado):

No es una voz audible pero es un rayo de gloria que llena el alma con vida, amor y libertad. Es como la palabra que vino a Daniel y le dijo: 'Varón muy amado'. O como la palabra a María [Magdalena en

la primera mañana de domingo de pascua]. El Señor solo dijo su nombre, *María*, y ¡llenó su alma para que ella ya no dudara más de que era del Señor! ¡Oh, qué gloriosa es esta manifestación del Espíritu!

(El Gran Interés del Cristiano, pp. 108-109)

En segundo lugar, los **versículos del 6 al 8** nos dicen que podemos saber que Dios nos amó porque Jesús murió. Es un hecho histórico que “cuando aún éramos incapaces” —pecadores, y en nuestro caso ni siquiera habíamos nacido— “Cristo [...] murió por los malvados” (**v 6**). El Rey que Dios había prometido renunció a todo (hasta a Su propia vida) y tomó el lugar de personas que lo habían rechazado. Pablo está presentando un argumento que todos debemos tener claro en nuestra mente. Dice así:

Versículo 7a: Tendría que ser una persona muy amorosa para que dé Su vida por otra. Sería sumamente raro que alguien esté dispuesto a morir por alguien bueno, pero si fuera por alguien muy amable y bondadoso, tal vez podría suceder. Pero incluso una persona muy amorosa y bondadosa no moriría por un malvado. Por

alguien bueno podría ser, pero ¿por un malvado o perverso? No.

Versículo 8: Entonces aquí está la única acción que comprueba por completo que Dios nos ama. Cuando todavía éramos pecadores (parte de una raza humana que se estaba rebelando contra Él), Cristo escogió, por la voluntad del Padre, morir por nosotros.

Por lo tanto, dice Pablo, puedes saber de una manera objetiva y más allá de duda que Dios te ama aun si tus sentimientos o la apariencia de las circunstancias de tu vida pudieran impulsarte a cuestionarlo.

Llegarás allá

Los versículos 1 y 2 podrían dejar a alguien con la pregunta: *Yo sé que tengo paz y amistad con Dios ahora, y que cuando vaya al cielo disfrutaré de la gloria con Dios. Pero, ¿cómo sé que llegaré? ¿Cómo sé que voy a permanecer firme mientras tanto?*

En los **versículos 9 y 10** Pablo nos asegura que la obra de Cristo para nuestra salvación no solo nos da esperanza únicamente para nuestro futuro final, sino para nuestro futuro inmediato. Se nos asegura que vamos a ser preservados como “salvos” durante toda nuestra vida y hasta el día del juicio.

El argumento de Pablo es muy sólido. Él entrelaza dos argumentos en estos dos versículos. Primero, si Jesús aguantó la cruz y nos salvó “siendo enemigos” (**v 10**), ¿“con cuánta más razón” nos mantendrá salvos ahora que somos Sus amigos (“justificados en Su sangre”, **v 9**)? Si Él fue capaz de salvarnos cuando éramos hostiles hacia Él, ¿nos va a fallar ahora que somos Sus amigos? Si no te abandonó cuando estabas en guerra con Él, ¿qué podrías hacer para que te

abandonara ahora que estás en paz con Él? (“La ira de Dios” en el **versículo 9** debe referirse a Su ira futura en el día del juicio, puesto que para los cristianos la ira de Dios ya se ha apartado de ellos; ver Ro 3:25-26).

Además, si Jesús logró nuestra salvación cuando estaba muerto, ¿“con cuánta más razón” Él nos guardará salvos ahora que está vivo? (**v 10b**). No es sino hasta el final de Romanos 8 que Pablo tratará la cuestión de “perder o no la salvación” con más profundidad. Pero aquí él responde la pregunta de manera indirecta. Nos dice que es inconcebible que Cristo falle en salvarnos hasta el final, tal como lo dirá en Romanos 8:32: “El que no escatimó ni a Su propio Hijo, sino que lo entregó por todos nosotros, ¿cómo no nos dará también con Él todas las cosas?”. El Dios que nos trajo a la fe nos mantendrá en nuestra fe. El Dios que nos abrió el cielo se asegurará de que lleguemos allá.

El gozo de la justificación

Estos primeros diez versículos del capítulo 5 nos presentan una maravillosa serie de beneficios que la justificación provee. ¿Qué produce en nosotros cuando conocemos los frutos presentes y futuros de la justificación? “Nos regocijamos en Dios por nuestro Señor Jesucristo” (5:11), porque “gracias a Él ya hemos recibido la reconciliación” con Dios.

El gozo es el gran distintivo de la persona justificada. El gozo es exclusivo para el cristianismo porque no depende de tus circunstancias ni de tu desempeño. Cuando entregas tu corazón a cualquier otra cosa que no sea Dios, y buscas ahí la felicidad, te desilusionarás. Tarde o temprano te darás cuenta de que no eres tan feliz o de que tu felicidad es muy frágil e insegura, y de que eso nunca te puede satisfacer verdadera y permanentemente. Así que llegas a clamar: *Nunca más. Nunca más le daré mi corazón a eso otra vez.* Pero ¿qué haces entonces? Vas y buscas algo más y te sientes defraudado una vez más, o pierdes las esperanzas de encontrar la

felicidad y te aislas de tal manera que no puedas disfrutar de nada en absoluto. Al fin de cuentas, sin el evangelio, o adoramos los placeres del mundo o nos aislamos completamente de ellos.

Pero el evangelio nos da a Dios, y Él no cambia. Como Agustín, el gran obispo del siglo cuarto, lo dijo en una oración: “Nos hiciste para Ti, oh Señor, y nuestro corazón está inquieto mientras no descansa en Ti”. Podemos encontrar gozo en conocerlo a Él y conocer la paz y la comunión con Él incluso si perdemos otras cosas que apreciamos. Podemos mirar adelante con una certeza inquebrantable hacia nuestro hogar en gloria; podemos degustar un anticipo de él (como se disfruta de un aperitivo antes del plato fuerte) cuando el Espíritu Santo obra en nosotros para darnos el conocimiento subjetivo del amor de Dios por nosotros. Entonces, con nuestros corazones descansando en Cristo, mientras “nos regocijamos en Dios, por nuestro Señor Jesucristo”, somos capaces de gozar todo el bien de este mundo sin desilusionarnos ni aislarnos de él.

Así que ¿cómo obtenemos este gozo? Por medio de conocer, experimentar y meditar en la doctrina de la justificación por fe, por

medio de amar las verdades de estos once versículos. Y mientras más profundamente entendemos lo que tenemos, quiénes somos y dónde estamos simplemente porque “hemos sido justificados mediante la fe” (v 1), más nos alegraremos en la esperanza certera de estar con Dios, gozándonos en el sufrimiento y alegrándonos en Él.

Las señales del gozo

¿Cuáles son las señales de que te estás gozando en Dios?

1. Tu mente está profundamente satisfecha con la doctrina de la justificación por fe. Te alegras en ella estudiándola y hablándoles a los demás acerca de ella.
2. Solo piensas en tu pasado en términos de lo que es. No dices: *¡Qué lío que hice!* Más bien clamas: *¡Yo, un cristiano! ¡A pesar de mis profundos defectos, a pesar de mi historial! ¡A pesar de todo mi pasado! ¡Pero es totalmente cierto, soy un cristiano!*
3. Cuando descubres en ti un nuevo y sorprendente defecto en tu carácter, un miedo o una falta de dominio propio, esto no te hace dudar del amor de Dios. Más bien te hace sentir más cerca de Dios, y Su gracia por ti se vuelve aun más preciosa.
4. Cuando tu conciencia te acusa y te dice: *¿Cómo puede Dios amarte después de lo que has hecho?* no tratas de responder haciendo referencia a tu desempeño. Dicho de otro modo, no dices: *¡Tuve un mal día!*, o: *¡Estaba presionado!* Más bien,

dices algo como: *¡Aun si no hubiera hecho esto, mi bondad no me hubiera hecho aceptable a la vista de Dios! ¡Jesús murió por mí y Su sangre puede cubrir mil mundos llenos de personas mil veces peores que yo!*

5. Cuando te enfrentas a la crítica, no dices: *¡Es injusto!* Más bien, te gozas en silencio con pensamientos tales como: *Bueno, realmente soy un pecador mucho peor de lo que ellos se imaginan, pero:*

*Bien puede el Acusador rugir con estruendo
los pecados que he cometido.*

*Los conozco todos y miles más;
¡mas el Señor no conoce ninguno!*

(Himno de Samuel Whitlock Gandy)

6. Cuando te enfrentas a la muerte lo haces con serenidad, porque te encontrarás con un amigo.

Preguntas para reflexionar

1. ¿Hay algo que te haga dudar de que irás a la gloria con Cristo?
Si es así, ¿qué es? ¿Cómo te alentarán estos versículos?
2. ¿En dónde, fuera de Dios, estás tentado a buscar el gozo? En lugar de eso, ¿qué atributo de Dios deberías recordarte con el fin de gozarte en Él?
3. ¿Cuáles de las señales del gozo en Dios descritas en la página anterior puedes ver en tu propia vida? (Puede que te resulte útil preguntarle a un amigo cristiano cuáles señales ve en ti).

ROMANOS 5 V 12-21

9. POR QUÉ LLEGA LA JUSTIFICACIÓN

La segunda mitad del capítulo 5 fluye de la primera mitad e introduce una comparación entre dos “Adanes”: el primer Adán del Edén y de la Caída, y el segundo Adán del Cielo y de la Cruz: Jesucristo. En cierto sentido, es el final y la conclusión de toda esta sección sobre la justificación. Aun para los altos estándares del resto de la carta a los Romanos, ¡Pablo cubre mucho material en esta pequeña sección! Pero está elaborada con mucho cuidado, tal como lo señala John Stott:

Todos los que estudian los **versículos 12-21** sienten que este pasaje está sumamente condensado. Algunos han confundido compresión por confusión. Pero la mayoría ha [...] admirado su

destreza. Se puede comparar con una escultura bien cincelada o con una composición musical cuidadosamente estructurada.

(El Mensaje de Romanos, p. 149)

Antes de comenzar es útil mirar la estructura de esta sección como miraríamos un mapa de carreteras antes de salir para tener en mente durante el viaje. Esencialmente se divide en tres secciones:

☼ **Versículos 12-14b:** La trayectoria del primer Adán

☼ **Versículos 14c-17:** La trayectoria del segundo Adán: de qué manera Adán y Jesús son diferentes

☼ **Versículos 18-21:** La trayectoria del segundo Adán: de qué manera Adán y Jesús son similares

El pecado, la muerte y nosotros

Pablo acaba de afirmar con toda certeza que Cristo ha superado la barrera entre Dios y nosotros para que podamos tener la seguridad de alcanzar la gloria. Él sabe que esta es una afirmación estupenda. Así que es probable que en el versículo 12 se esté anticipando a las preguntas de una persona “realista”, como por ejemplo: *¿Cómo puedes hacer tal firme afirmación en vista del enorme poder de la muerte y del pecado en el mundo actual? O: ¿De qué manera el sacrificio de una persona, por más noble que haya sido, puede acarrear tales beneficios increíbles para tantos? O: ¿Cómo puede ese solo hecho realmente cambiar mi condición actual y mi futuro eterno?*

Así que en esta sección Pablo muestra con gran detalle cómo el sacrificio de Jesús pudo vencer el mal y revertir toda la maldición de la historia humana. Él describe (en Romanos **5:12-21**) los efectos del pecado en la raza humana en profundidades más allá de lo que cualquiera pensaría. Pero dice que la reconciliación que tenemos en Cristo puede tratar con el desastre del pecado a todos los niveles.

El **versículo 12** nos presenta una reacción en cadena en tres fases. Describe tres etapas en la historia humana hasta el tiempo de Cristo. En primer lugar, el pecado entró al mundo por un hombre: Adán. En segundo lugar, la muerte entró al mundo por el pecado al igual que el castigo por el pecado. Y en tercer lugar, la muerte se propagó a todos los seres humanos, puesto que todos pecaron. Entonces el orden quedaría así: la entrada del pecado, la entrada de la muerte y la propagación de la muerte universal como resultado del pecado.

¿A qué se refiere Pablo con “porque todos pecaron”? El verbo “pecaron” aquí está en el tiempo aoristo. El aoristo siempre señala a una única acción del pasado. Así que al usar el aoristo aquí, Pablo está diciendo que toda la raza pecó en una sola acción que tuvo lugar en el pasado. Usar el sustantivo colectivo “todos” con un tiempo verbal tan específico es tan raro que Pablo lo debió usar a propósito. Si Pablo hubiera querido decir: “Todos pecaron de manera continua e individual (y sí lo hicieron)”, hubiera usado el tiempo presente o el tiempo imperfecto. William Barclay, erudito escocés de la Biblia, lo dijo de esta manera:

Si le vamos a dar al tiempo aoristo todo su valor [aquí] (y en este argumento lo debemos hacer), el significado más preciso sería que el pecado y la muerte entraron al mundo porque todos los hombres fueron culpables de un solo acto de pecado.

(Grandes Temas del Nuevo Testamento, p. 57)

En Adán

Vale la pena plantear esto de nuevo. Pablo no está diciendo que todos los hombres morimos porque somos como Adán (es decir, porque pecamos como él), sino porque todos estuvimos en Adán (es decir, cuando él pecó, nosotros también).

Los **versículos 13-14b** demuestran el significado de lo que Pablo está diciendo. En el **versículo 13** Pablo señala que entre el tiempo de Adán y el de Moisés, Dios no había dado Su ley de manera formal. Después dice: “El pecado no se toma en cuenta cuando no hay ley”. En Romanos 2 vimos que hay una culpa real para la gente que no tiene la ley formal de Dios revelada en la Biblia. Sabemos que Pablo tiene la inteligencia suficiente aquí como para no contradecirse. No puede estar diciendo que las personas que vivieron y murieron antes de la ley mosaica nunca tuvieron culpa alguna. ¿Por qué? Porque tenían la ley de Dios de una forma rudimentaria, escrita en sus corazones (2:12-15).

Entonces Pablo probablemente está mostrando que la culpa y la

responsabilidad aumentan bastante con el conocimiento y la toma de conciencia. Las personas que vivieron antes de Moisés no estaban quebrantando mandamientos explícitos (**5:14b**: “los que no pecaron quebrantando un mandato”) como lo hizo la gente después de que se dio la ley y que conocía esa ley externa y explícitamente. La culpa de la gente que vivió después de Moisés fue mucho más grande que la de la gente que vivió antes de él. “Sin embargo —dice Pablo— la muerte reinó” (**v 14a**). Dicho de otra manera, aunque la gente fue menos culpable, sin embargo murió.

Podemos describir esta lógica así: la enfermedad y la muerte reinan exactamente igual sobre la gente bondadosa que sobre la gente cruel, exactamente igual sobre la gente ignorante que sobre la gente instruida, exactamente igual sobre los bebés (que aun ni siquiera han desobedecido intencionalmente) que sobre los adultos.

Pablo está preguntando: *Si la muerte es la paga de la culpa por el pecado, ¿entonces por qué la muerte reina de forma tan universal, sin importar el pecado individual?* Su respuesta es: “como lo hizo Adán” (**v 14b**). Está diciendo: *A lo mejor ellos no quebrantaron un*

mandamiento, pero Adán sí, y en él todos somos culpables. Somos culpables por lo que Adán hizo. Como lo menciona John Stott:

No podemos señalar con el dedo a [Adán] con una inocencia farisaica porque nosotros participamos en su culpa. Y es porque pecamos en Adán que hoy morimos.

(Hombres Hechos Nuevos, p. 25)

Representación Federal contra Individualismo Occidental

Esta enseñanza suena rara (de hecho, suena repugnante) a los “modernos” oídos occidentales. ¿Por qué? Porque somos altamente individualistas. En occidente cada hombre es una isla: interconectado pero ascendiendo o descendiendo, teniendo éxito o fracasando de acuerdo con nuestras propias acciones, decisiones y habilidades. Vemos a la humanidad como miles de millones de unidades autónomas.

La Biblia tiene un enfoque radicalmente diferente, uno de solidaridad humana. Las personas de siglos pasados y de otras culturas han aceptado esta verdad mucho mejor que nosotros. Entienden y aceptan la idea de que el individuo es parte de toda una familia, tribu o clan, no un todo en sí mismo.

La idea de la solidaridad es que puedes tener una relación legítima con una persona de modo que lo que sea que la persona logre o pierda, tú lo logras o lo pierdes. Este es el concepto de un

representante. Un representante involucra a los que representa en los frutos de su acción, para bien o para mal. En la filosofía y la teología, a esto se le conoce como “representante federal”. La palabra “federal” proviene del latín *foedus* y significa “pacto”. Un “representante” es una persona que, por medio de una relación de pacto, representa o sustituye a otra persona.

Hoy en día en oriente (y alrededor del mundo en otros tiempos), es legítimo tener esta clase de relación con algunas personas, ya sea por nacimiento o por asignación. En el mundo occidental, solo reconocemos la legitimidad de tal persona si nosotros, de manera voluntaria, decidimos estar en esa relación. Aquí hay algunos ejemplos:

1. *Un representante en una negociación colectiva.* Si un sindicato le da a un representante el derecho a negociar y firmar un contrato en nombre del sindicato, él es el “representante”. O a veces un jefe de estado le concede a un embajador el poder para negociar, para que sus acciones involucren al país en las cláusulas de un acuerdo.

2. *El poder que se da a los representantes elegidos.* Un líder nacional (o la legislatura) puede declarar la guerra. En la vasta mayoría de las democracias del mundo, este poder para declarar la guerra no le pertenece a la gente. El pueblo no vota para decidir si se declara la guerra o no. Existen buenas razones para esto: tal decisión no se podría tomar con suficiente rapidez ni tampoco se podría presentar la información suficiente para tomar una decisión inteligente. Así que autorizamos a nuestros representantes y esperamos que actúen por nosotros. Las consecuencias de sus acciones se aplican a nosotros. Si nuestros representantes le declaran la guerra a un país, no podemos decir: *Bueno, ¡yo no estoy en guerra con ese país!* ¡Sí, lo estás! Si tus representantes han declarado la guerra, tú has declarado la guerra. Si ellos hacen las paces, tú haces las paces.

3. *Cuando un acusado entra en una relación con un asesor legal.* El abogado representa al cliente en el tribunal y tiene, literalmente, “poder notarial” para representar al cliente de

varias maneras importantes (especialmente importantes para su futuro). Así es como el teólogo Charles Hodge describió la obra que Cristo hizo por nosotros como nuestro representante federal:

La relación de Cristo con Su pueblo [...] es la de un abogado legal para con Su cliente. El primero se hace pasar por el segundo; el abogado se pone en el lugar del cliente. Mientras dura [...] es la relación más íntima posible. Puede que el cliente ni siquiera se presente al tribunal. A él no se le escucha. A él no se le considera. Está escondido en su defensor, quien por el momento es su representante [...] Es al abogado, no a nosotros, a quien se le ve, se le escucha y se le considera.

(*Sermones de Princeton*, p. 48-49)

Cuando consideramos a Romanos **5:12-21**, el problema para los occidentales es doble. En primer lugar, no nos gusta la idea de que alguien se ponga en nuestro lugar. Decimos: *¡No es justo que yo sea juzgado por lo que alguien más hizo! ¡Yo mismo debí haber tenido*

una oportunidad en el Jardín del Edén! Y, en segundo lugar, incluso si estamos de acuerdo en que la representación a veces es legítima, nos desagrada que no hayamos podido elegir a nuestro representante federal. Lo que nos parece sumamente injusto es que no elegimos a Adán como nuestro representante. No tuvimos voz ni voto en eso. Si le vamos a dar a alguien el “poder notarial” o el “poder de negociaciones colectivas”, queremos ser capaces de elegir a alguien que sea justo como nosotros, a alguien que comparta todos nuestros puntos de vista y perspectivas, pero que a la vez sea altamente dotado y capaz de representarnos bien.

Pero si pensamos así, ¡estamos a punto de entender cómo Dios lo hizo! En primer lugar, nadie podría escogerte un representante tan bien como Dios lo haría. ¡No debemos pensar que pudimos haber escogido a alguien de una manera más sabia que Dios! Y, en segundo lugar, Dios no solo escogió a Adán; Dios *creó* a Adán para que fuera nuestro representante federal. Él fue perfectamente creado y diseñado para actuar exactamente como lo hubieras hecho tú. No puedes decir: *Yo lo hubiera hecho bien*, porque eso sería afirmar que

tú pudiste haber sido un mejor representante federal del que Dios creó, o que pudiste haber escogido un mejor representante del que Dios escogió. No; Dios nos dio el representante correcto y justo en Adán. Y de esta manera somos culpables en Adán, porque en realidad pecamos en él.

Como nota aparte, vale la pena señalar que las personas que más se ofenden con la doctrina del representante federal se consideran libres de prejuicios, tolerantes y de criterio amplio. Sin embargo, cuando se enfrentan a este texto se niegan a desprenderse, de una u otra manera, de su ferviente individualismo occidental. Ninguno de nosotros estamos tan desprendidos de nuestra cultura o de nuestro clan como nos gustaría pensar.

Por qué tener un representante es una buena noticia

De hecho, la verdad de que Dios trate con nosotros por medio de nuestro representante es una noticia muy buena y liberadora. Si cada uno de nosotros tuviéramos que representarnos a nosotros mismos como individuos ante el tribunal celestial, no tendríamos defensa alguna (3:20). Nuestro pecado nos llevaría a la muerte. En cambio, Adán nos representa: pecamos en él, y nuestro pecado en él como representante federal nos lleva a la muerte. La muerte reinó porque en él toda la humanidad quebrantó el mandamiento de Dios (**5:14b**).

¿¿Cómo es esto una buena noticia?! Porque si la desobediencia de Adán es nuestra desobediencia, entonces, si hubiera un hombre obediente, un segundo Adán perfecto, Él podría ser nuestro representante federal. Él nos podría representar ante el trono celestial y por medio de Él podríamos tener la vida que en Adán (o en nuestras fuerzas) nunca podríamos disfrutar. Es una maravillosa noticia que Dios trate con nosotros por medio de un representante federal,

porque “Adán [...] es figura de Aquel que había de venir” (v 14c). Debido a que la humanidad es corporativa, es decir, que está bajo un representante federal, podemos “por nuestro Señor Jesucristo [...] recibir] la reconciliación” (v 11). Tener un representante federal significa que podemos tener una paz con Dios que el individualismo occidental (del cual estamos empapados) nunca nos podrá ofrecer.

Preguntas para reflexionar

1. ¿Cómo resumirías el mensaje de este pasaje en una sola frase?
2. ¿Cómo reaccionas ante la idea de tener un representante federal?
3. Cuando consideras tu vida y tu historia, ¿de qué maneras ves que Adán fue un representante bueno y justo para ti?

PARTE DOS

Adán y Cristo: las diferencias

Habiendo dicho que Adán “es figura de Aquel que había de venir” (v 14), ¡Pablo de inmediato aclara lo que *no* quiere decir con esto! “Pero la transgresión de Adán no puede compararse con la gracia de Dios” (v 15). Pablo enumera tres contrastes entre Adán y Cristo:

1. *Las motivaciones que hubo en el corazón de estas obras eran diferentes.* Pablo llama “pecado” (transgresión consciente) a la obra de Adán, y “don” (regalo gratuito) a la obra de Jesús (v 15). Esto significa que el acto de Adán fue un hecho de autoexaltación en contraste con el acto de Jesús que fue de autosacrificio. En otras palabras, la obra de Jesús de morir por nosotros no fue simplemente en obediencia hacia Dios; también fue por compasión inmerecida a nuestro favor. Dicho de otro modo, la acción de Adán fue un quebrantamiento de la ley, pero la acción de Jesús fue un acto de “justicia” (v 18) y de “obediencia” (v 19), es decir, un cumplimiento total de la ley.
2. *Las consecuencias de estas obras son diferentes.* En primer

lugar, la de Adán resultó en muerte (**v 15**), mientras que la de Cristo resulta en vida. Esta es la primera de las dos consecuencias del mal que se enumeran al principio del pasaje: muerte física. Los efectos de la obra de Cristo deshacen los efectos de la obra de Adán. En segundo lugar, la obra de Adán resultó en “condenación” (**v 16**) y la de Cristo en “justificación”. Esta es la segunda de las dos consecuencias del mal que se enumeran en el versículo 12: culpa jurídica. Una vez más, los efectos de la obra de Cristo deshacen los efectos de la obra de Adán. En tercer lugar, el resultado del pecado de Adán es que “reinó la muerte” (**v 17**). Sin embargo, Pablo no dice que en Cristo “la vida reina”, sino que nosotros “reinamos en vida” (**v 17**). Este es otro contraste que Pablo hace. Antes, la muerte reinaba sobre nosotros y estábamos en esclavitud. Ahora somos libres. El antiguo reino bajo el cual trabajábamos nos aplastó, pero no hemos intercambiado una esclavitud por otra igual. Más bien, ¡en el nuevo reino de Cristo nosotros somos reyes! El reinado de Cristo nos hace reyes, pero el reinado del

pecado nos hace esclavos. El contraste es total.

3. *El poder de estas obras es diferente.* Pablo está tratando de mostrar por todos los medios que el poder y el alcance de la obra de Cristo son mucho mayores que las de Adán. Dice dos veces: “cuánto más” (v 15) o “con mayor razón” (v 17) para mostrarnos que la obra de Cristo puede aplastar, cubrir por completo y deshacer todos los efectos de la obra de Adán. El contraste es entre “pecado” y “don” (también llamado “regalo” o “gracia”). Nuestra condenación es un acto de justicia, y la justicia imparte igualdad, exactamente lo que se merece. Pero nuestra justificación es un acto de gracia y la gracia se desborda y abunda dándonos diez, cien, mil y una infinidad de veces más de lo que merecemos.

Hay un cuarto contraste entre Adán y Cristo que Pablo no menciona en el capítulo 5 y en el que se enfocará el capítulo 6, pero para nosotros es útil mencionarlo aquí. Nuestra unión con Adán como nuestro representante federal es física, pero nuestra unión con Cristo como nuestro representante federal es por fe. Dios nos une a Cristo

cuando creemos en Él. Es por esta razón que Pablo después puede decir “hemos muerto” con Cristo, “fuimos sepultados” con Él y “viviremos” con Él (6:2-4, 8). Antes de ser unidos a Cristo por fe, todo lo que es cierto de Adán es cierto de nosotros. Pero una vez que somos unidos a Cristo por fe, ¡lo que es cierto acerca de Cristo es también cierto acerca de nosotros! John Stott escribe:

Así pues, ya sea que seamos condenados o justificados, ya sea que estemos espiritualmente vivos o muertos, esto depende de a cuál humanidad pertenezcamos: ya sea que todavía pertenezcamos a la vieja humanidad que inició Adán o a la nueva humanidad que inició Cristo.

(Hombres Hechos Nuevos, p. 28)

Adán y Cristo: la semejanza

Así que, dadas estas diferencias fundamentales, ¿de qué manera es Adán una “figura” de Cristo? ¿En qué son semejantes? Lo más especial, como hemos visto, es que ambos sustituyen a un grupo de personas y lo representan, y lo que ellos han hecho (para bien o para mal) se transfiere a aquellos quienes representan. Pablo usa varias palabras diferentes para explicar esto:

- ☼ **Versículo 16:** Un solo pecado *lle*va a la condenación, pero la dádiva *lle*va a la justificación.
- ☼ **Versículo 18:** Una transgresión *causó* la condenación, pero un acto de justicia *produjo* la justificación.
- ☼ **Versículo 19:** Mediante la desobediencia de un solo hombre, los muchos fueron *hechos* pecadores; pero por medio de la obediencia de un solo hombre, los muchos serán *constituidos* justos.

La obediencia de un hombre

Vale la pena meditar en el **versículo 19**. ¿De qué manera somos “constituidos justos”? La respuesta es: “Por la obediencia de uno solo”. El logro que Jesús alcanzó no solo fue quitar el castigo por nuestra desobediencia, aunque eso es maravilloso; fue obedecer por nosotros, como nuestro representante federal, durante toda Su vida y sobre todo en Su muerte. Mientras que a Adán se le dijo que disfrutaría la bendición si obedecía a Dios, y a pesar de esto escogió desobedecer (Gén 2:15-17; 3:6-7), el segundo Adán sabía que enfrentaría la agonía y la muerte si obedecía, y a pesar de esto, con firme determinación vivió en obediencia a Su Padre (Mr 14:32-36). Cuando leemos la Palabra vemos que la obediencia incesante y amorosa de Jesús es un asunto de vida y muerte para nosotros; porque esa obediencia es *nuestra* obediencia si estamos en Cristo en vez de estar en Adán.

J. Gresham Machen, fundador del Seminario Teológico Westminster de Filadelfia, lo dice de esta manera:

De hecho, [Cristo] no solamente ha pagado el castigo del primer pecado de Adán y el castigo de los pecados que nosotros en lo individual hemos cometido; además ha ganado para nosotros la vida eterna. Dicho de otra manera, Él fue nuestro representante tanto en el pago del castigo como en el cumplimiento de la **libertad condicional**. Él pagó el castigo [por nuestra fallida libertad condicional] por nosotros y cumplió la libertad condicional por nosotros [...Cristo no solo cargó con el castigo en Su muerte], sino que ganó para nosotros la recompensa de vivir en perfecta obediencia a la ley de Dios [...]. Esos son los dos grandiosos actos que Él ha hecho por nosotros.

Adán, antes de su caída en pecado, era justo ante la vista de Dios, pero se encontraba bajo la posibilidad de volverse injusto. Los que han sido salvos por el Señor Jesucristo no solo son justos ante la vista de Dios, sino que están fuera de toda posibilidad de volverse injustos. En ese caso, la libertad condicional se ha cumplido [...] porque Cristo la cumplió por ellos.

(“La Obediencia Activa de Cristo”, en *El Tutor Presbiteriano*, 10 de noviembre de 1940, pp. 131-132)

Para Machen esta no era una doctrina anticuada:

Se cuenta este testimonio conmovedor sobre Machen [el fundador del Seminario Teológico Westminster]. En su lecho de muerte, escribió un telegrama a John Murray: “Estoy tan agradecido por la obediencia activa de Cristo. No hay esperanza sin ella”. Allí se encontraba el fuerte consuelo de Machen frente la muerte. Sabía que la obra meritoria de su Salvador había sido acreditada a su cuenta como si él la hubiera llevado a cabo. Dios le otorgó con toda certeza la gloriosa recompensa celestial, pues Jesús la había ganado para él, y el nombre de Dios es justo.

(Meredith Kline, “La Teología del Pacto Bajo Ataque”, en *Nuevos Horizontes*,

febrero de 1994)

Por qué vino la ley

Tal vez en Romanos **5:20** Pablo se esté anticipando a otra objeción:

Pero la llegada de la ley tuvo que haber hecho alguna diferencia, que

Pablo debe dar lugar a Moisés como otro “representante” de la humanidad, una humanidad que ha recibido la ley. Si este es el caso, entonces Pablo en el **versículo 20** está de acuerdo en que la ley hace una diferencia, pero no en el sentido positivo en la que su opositor imaginario esperaba.

En cambio, “la ley [...] intervino para que aumentara la transgresión” (Pablo hace una observación similar en Gálatas 3:19). Cuando la ley formal vino por medio de Moisés, el pecado se hizo más visible y empeoró, porque ahora nadie podía defenderse diciendo que no sabían que estaba bien y mal. Es posible que Pablo esté pensando en que muchas veces, al leer los estándares de Dios, estamos provocados a pensar en quebrantarlos (lo cual explicará en Romanos 7). Sin duda, está enseñando que la ley prueba que no es una falta de conocimiento lo que nos impide obedecer a Dios y mantener Sus

estándares, sino más bien una falta de buena disposición y habilidad.

Lo que necesitamos no es esforzarnos más; necesitamos un rescate.

Pero el pecado señalado y resaltado en la ley no tenía la última palabra. No tenemos que morir en Adán. La gracia que Dios tiene con

la humanidad es mayor que la rebelión de la humanidad contra Dios.

“Donde abundó el pecado, sobreabundó la gracia” (5:20). ¿Por qué

abundó la gracia de esta manera? Porque donde una vez el pecado

había reinado y toda la humanidad había enfrentado la muerte, ahora

“reina también la gracia que nos trae justificación y vida eterna por

medio de Jesucristo nuestro Señor” (v 21). En la cruz vemos lo peor

que el pecado puede hacer, cuando la humanidad (de la cual cada

uno de nosotros somos parte) crucificó al Señor. Sin embargo,

también en la cruz podemos ver que ni lo más vil que el pecado sea

capaz de hacer puede frustrar la salvación de Dios. En la cruz, la

gracia destruye al pecado y la vida triunfa sobre la muerte. El primer

Adán no es la última palabra para la humanidad. El segundo Adán, el

representante federal perfectamente obediente, lo es. No hay

esperanza sin Él; hay esperanza segura con Él y en Él.

Una doctrina entre dos herejías

El final del capítulo 5 marca el final de una sección en la carta de Pablo, una gloriosa sección que ha hablado largo y tendido sobre el evangelio de la justificación por fe. El padre de la iglesia del segundo siglo, Tertuliano, dijo que, así como nuestro Señor fue crucificado entre dos ladrones, así esta grandiosa doctrina de la justificación está siendo crucificada de forma incesante entre dos herejías contrarias. El evangelio mantiene unidas las siguientes dos verdades:

1. Dios es santo, por lo que nuestros pecados ameritan que nosotros seamos castigados. El evangelio nos dice: *Eres más pecador de lo que nunca te has atrevido a creer*. Olvidar esto conduce al libertinaje y a la permisividad, lo que podríamos llamar liberalismo.
2. Dios es misericordioso; Cristo ya se ha ocupado de nuestros pecados. El evangelio nos dice: *Eres más aceptado en Cristo de lo que nunca te has atrevido a creer*. Olvidar esto conduce al legalismo y al moralismo.

Si eliminas una u otra de estas verdades, caes en el legalismo o en el liberalismo y anulas el gozo y la “liberación” del evangelio. Si no entendemos la gravedad de nuestro pecado, el pago del evangelio nos parecerá trivial y no nos transformará ni nos entusiasmará. Pero si no conocemos la vida y la muerte de Cristo que satisfacen por completo esa deuda, el conocimiento del pecado nos aplastará y nos obligará a negarlo y reprimirlo.

A continuación se presenta un resumen de lo que hemos aprendido acerca del evangelio de Dios, y de los errores del legalismo y del liberalismo.

Legalismo

Evangelio

Liberalismo		
Dios es santo.	Dios es santo y es amor.	Dios es amor.
Gánate tu propia justicia.	Recibe la justicia perfecta de Dios.	No necesitas una justicia perfecta.
Lo material es malo y somos seres caídos. Sospecha del placer físico o recházalo (ascetismo).	Lo material es bueno; sin embargo, somos seres caídos. El gozo físico es bueno, pero vive con sabiduría.	Lo material es bueno y no somos seres caídos. Satisface tus apetitos físicos.
El pecado solo afecta a los individuos. Solo tienes que hacer evangelismo.	El pecado afecta tanto a los individuos como a los sistemas sociales. Haz evangelismo y acción social.	Ingenuidad sobre la profundidad del pecado del hombre. Solo tienes que hacer acción social.
La gente no puede cambiar / el cambio es sencillo.	La gente puede cambiar, pero no hay soluciones sencillas.	La gente no necesita cambiar.
Siéntete culpable. Paga tu culpa con trabajo.	Atraviesa la culpa. Descansa en Cristo.	Aléjate de la culpa. Convéncete de que estás bien.
Arrepiéntete de tus pecados.	Arrepiéntete de tus pecados y de tu justicia propia o fariseísmo.	No te arrepientas de nada.

Preguntas para reflexionar

1. ¿Qué tan preciosa es para ti la obediencia activa de Cristo?
2. ¿De qué manera estos versículos han hecho que ames más al Señor Jesús?
3. Medita en la tabla anterior. ¿Cuáles aspectos del evangelio

bíblico has aprendido? ¿Cuáles has recordado porque los habías olvidado? ¿Cuáles aprecias ahora de una forma más profunda?

10. UNIDOS A CRISTO

El evangelio de “la justicia que se recibe” (en contraste con “la justicia que se gana”) es radical. Nos dice que nuestros esfuerzos morales no pueden contribuir ni con un grano de arena a nuestra salvación. Este mensaje es único entre las religiones y las filosofías del mundo.

Pablo sabe por experiencia que una pregunta en especial surge de inmediato en cualquier debate sobre este evangelio. Si nuestras obras no tienen valor para ganar nuestra salvación, entonces ¿para qué ser buenos? Si el evangelio dice: *Eres salvo por gracia, no por una buena vida*, ¿este mensaje no dejaría la puerta abierta para vivir una vida inmoral?

Así que Pablo plantea las preguntas de **6:1**: “¿Qué diremos, entonces? ¿Continuaremos en pecado para que la gracia abunde?” (LBLA). Está preguntando: *¿El mensaje del evangelio te lleva a*

cambiar los patrones pecaminosos de tu vida? Y si lo hace, ¿cómo lo hace? ¿No será que este mensaje simplemente nos anima a seguir pecando para que la gracia siga cubriendo nuestros pecados?

En un sentido, la respuesta de Pablo a esta pregunta no es un cambio de tema ni un paréntesis. Dentro de la crítica del opositor hay un grave malentendido doctrinal. Es por esta razón que Pablo da su (¡muy corta y simple!) respuesta inicial: “¡De ninguna manera!” (v 2). Es decir: *Solo puedes decir algo así si no entiendes esta enseñanza. Si entendieras la enseñanza del evangelio, no sacarías deducciones como esa.* Al complementar su respuesta, Pablo está básicamente volviendo a explicar y a aplicar la doctrina de la justificación y de nuestra unión con Cristo.

Sin embargo, en otro sentido, esto sí introduce una nueva sección. La objeción del versículo 1 lleva a Pablo a hablar de cómo el evangelio sí conduce a una vida santa y cambiada. Los capítulos del 1 al 5 explican lo que Dios ha logrado para nosotros en el evangelio; los capítulos del 6 al 8 nos dicen lo que Dios logrará en nosotros por medio del evangelio. Estos capítulos nos explican cómo

“experimentar” el evangelio. Nos enseñan de qué manera el evangelio es dinamita que produce cambios grandes y profundos en nuestro carácter y comportamiento.

Has muerto al pecado

Central a su respuesta completa (y a todo el capítulo 6) está la frase “hemos muerto al pecado” (v 2). Para entender a lo que Pablo se refiere, nos ayuda saber qué es a lo Pablo que no se refiere. Es incorrecto (o insuficiente) afirmar cualquiera de estas cosas:

1. *“Muerto al pecado” significa que ya no queremos pecar; el pecado ya no tiene más poder o influencia sobre nosotros. Pero si este fuera el verdadero significado, Pablo no hubiera tenido que escribir los **versículos del 12 al 14**. Si un cristiano no quiere pecar, ¿por qué apremiarlo a que no lo haga? También Romanos 7:18 muestra que un cristiano todavía tiene deseos pecaminosos.*
2. *“Muerto al pecado” significa que ya no debemos pecar; ahora el pecado es inapropiado para el cristiano. La primera interpretación va demasiado lejos; esta no va lo suficientemente lejos. Pablo dice con atrevimiento: “hemos muerto”, no dice: “debemos morir”.*

3. *“Muerto al pecado” significa que nos alejamos del pecado poco a poco; y conforme el pecado se debilita, muere en nosotros.*
Pero el término “muerto” que Pablo usa aquí ciertamente significa algo más fuerte que eso. Además, el tiempo que se usa en griego para este verbo es el tiempo aoristo, que hace referencia a una acción única y pasada, que solo se lleva a cabo una vez. Pablo no se está refiriendo a un proceso continuo.
4. *“Muerto al pecado” significa que hemos renunciado al pecado; en algún momento (por ejemplo, en nuestro bautizo) rechazamos todo comportamiento pecaminoso.* En sí mismo esto es verdad, pero es poco probable que esto sea lo que Pablo está enseñando aquí, puesto que **6:3-5** explica que esta “muerte” es el resultado de nuestra unión con Cristo. Es el resultado de algo que se ha hecho para nosotros, no algo que nosotros hayamos hecho.
5. *“Muerto al pecado” significa que ya no somos culpables de pecado; nuestros pecados no nos pueden condenar porque son*

perdonados en Cristo. Esto también es verdad, pero es probable que Pablo no se esté refiriendo a eso. Dado que ya no somos culpables de pecado, Pablo tiene que explicar por qué buscamos vivir sin pecado, es decir, por qué el evangelio marca una diferencia en la manera en que vivimos. Simplemente mencionar de nuevo que somos perdonados en Cristo no es una respuesta.

Así que, ¿qué quiere decir Pablo? El resto de este capítulo expone con detalle a qué se refiere, pero aquí está la respuesta en pocas palabras: en el momento en que eres convertido a Cristo ya no estás bajo el “reino” (el poder gobernante) del pecado.

Recuerda, Pablo acaba de decir en 5:21: “así como reinó el pecado [...] reine también la gracia”. En otras palabras, el pecado aún tiene poder, pero ya no puede imponer sus preceptos sobre ti. En 1:18-32 Pablo dijo que, fuera de Cristo, somos entregados a nuestros deseos pecaminosos. Antes, esos deseos pecaminosos gobernaban sobre nosotros y no los podíamos ver como pecaminosos, e incluso si lo hacíamos, no les podíamos oponer resistencia. Estábamos por

completo bajo su control. En el presente, sin embargo, el pecado ya no nos puede dominar. Ahora tenemos la capacidad para resistirlo y rebelarnos contra él.

Hay un nuevo poder trabajando en nuestras vidas, gobernándonos: “Él nos libró del dominio de la oscuridad y nos trasladó al reino de Su amado Hijo” (Col 1:13). O, como lo dijo Pablo en Hechos 26:18, el evangelio llega a las personas “para [abrirles] los ojos y se conviertan de las tinieblas a la luz, y del poder de Satanás a Dios”.

Esta ilustración puede ayudar: Si una fuerza militar malvada tuviera el control total de un país y un ejército bueno invadiera a ese país, el ejército bueno podría expulsar a la fuerza malvada del poder y regresarle al pueblo la capital, la sede de gobierno y la comunicación oficial. Pero los soldados de la fuerza malvada todavía podrían vivir en el monte. Esta guerrilla podría crear caos para el nuevo gobierno legítimo. Frecuentemente podría imponer su voluntad en una parte del país, aunque nunca podría tomar de nuevo el poder.

Así que “muerto al pecado” no significa que el pecado ya no está dentro de ti o que ya no tiene más poder o influencia en ti. Lo tiene.

Pero el pecado ya no te puede mandar; ya no tiene autoridad sobre ti. Aunque *puedas* obedecerlo y aunque (la Biblia lo pronostica) a veces lo *vas a* obedecer, la verdad es que ya no *tienes* que obedecerlo. Has muerto a él; y para ti, él ha muerto. “¿Cómo podemos [y por qué queríamos] seguir viviendo en él?” (Ro **6:2**).

Cómo morimos al pecado

Pablo continúa explicando cuándo y cómo “moriste al pecado”. “¿Acaso no saben ustedes —nos pregunta— que todos los que fuimos bautizados para unirnos con Cristo Jesús, en realidad fuimos bautizados para participar en Su muerte?” (v 3). Pablo está pensando en el bautizo de inmersión. La palabra griega *baptidzo* muchas veces se usaba para referirse a ser ahogado o hundido, y por lo tanto tenía connotaciones de muerte. Sin embargo, date cuenta que en realidad el agua no se menciona aquí. Pablo se está refiriendo a la realidad espiritual a la que apunta el bautismo con agua. Pablo ya nos ha enseñado (5:12-21) que estamos en unión con Cristo. Cuando creemos, somos unidos a Cristo, y todo lo que sea cierto de Él es ahora legalmente cierto de nosotros. Ya que Cristo murió, y los que mueren son libres del pecado, así nosotros somos también libres del pecado.

Pero nuestra unión con Cristo no termina ahí. Ya que la muerte de Cristo llevó a Su resurrección y a una nueva vida, de la misma

manera nuestra unión con Cristo nos conducirá (sin excepción) a una nueva vida (**6:4**). Si creemos en Cristo, se dará un cambio de vida. Ya no viviremos más en pecado.

Uno de los frutos de la unión con Cristo es la certidumbre. Ya que todo lo que es cierto de Jesús es cierto de nosotros, y ya que Él se levantó a una vida nueva, entonces tenemos la certeza de que estamos viviendo esa nueva vida. Y esa nueva vida apunta hacia adelante, al estado futuro de la gloria perfecta a la que vamos a entrar con Él. “En efecto [...] sin duda también estaremos unidos con Él en Su resurrección” (**v 5**). Si sabemos que estamos unidos con Cristo, entonces sabremos que estamos viviendo una vida nueva, ya no bajo el dominio del pecado. Y por lo tanto no haremos la pregunta del **versículo 1**.

La vieja naturaleza, la nueva naturaleza

En el **versículo 6** Pablo introduce otro hecho acerca de nosotros mismos en nuestra unión con Cristo que debemos “saber”. Él dice que nuestra “vieja naturaleza” ha sido muerta para que el “cuerpo pecaminoso perdiera su poder”.

Lo que Pablo expone aquí es una cuestión de difícil interpretación que divide incluso hasta a los mejores comentaristas de la Biblia. Hay algunos que enseñan que “la vieja naturaleza” (o “el viejo hombre”) y “el cuerpo pecaminoso” son lo mismo. Piensan que “nuestra vieja naturaleza fue crucificada” quiere decir que está muriendo poco a poco. Pero en cualquier otro lugar que la palabra “crucificado” se usa en Romanos quiere decir simplemente “ser muerto”. Por lo tanto, Pablo probablemente está diciendo que la “vieja naturaleza” fue muerta con el fin de deshacerse del “cuerpo pecaminoso”. Estas son dos entidades diferentes.

¿Qué es el “cuerpo pecaminoso”? Algunos creen que se refiere a la “carne”, al corazón pecador. Pero después en este capítulo Pablo

dice: “No permitan ustedes que el pecado reine en su cuerpo mortal, ni obedezcan a sus malos deseos” (v 12). Por lo que “el cuerpo pecaminoso” es el cuerpo controlado por el pecado. Esto no quiere decir que el cuerpo físico es pecaminoso en sí mismo, ni que los deseos físicos son pecaminosos en sí, sino que el pecado se expresa por medio de nuestros cuerpos; es decir, reina en nosotros cuando logra que obedezcamos sus preceptos. Y así Pablo lo llama un “cuerpo pecaminoso”.

Por otro lado, “el viejo hombre” (o “la vieja naturaleza”) está muerto. Así que, ¿qué es?

“Nuestro viejo hombre” es el viejo yo o el ego, el hombre no regenerado en su totalidad, en contraste con el nuevo hombre como el hombre regenerado en su totalidad.

(John Murray, *La Epístola a los Romanos*, p. 219)

La distinción vital [entre el “viejo hombre” y el “cuerpo pecaminoso”] es la distinción entre “yo mismo como una personalidad [completa]” y “mi cuerpo”.

(Martyn Lloyd-Jones, *Romanos Capítulo 6*, p. 72)

“El viejo hombre” (o “la vieja naturaleza”) de un cristiano ha muerto. El viejo “ego”, la antigua comprensión de uno mismo, la antigua posición de la persona completa con relación a Dios y al mundo: todo eso ya no existe. Ha muerto (yo morí), y “el que muere queda liberado del pecado” (v 7). Como cristiano, “yo”, mi verdadero yo, realmente busca a Dios y ama Su ley y Su santidad. Aunque el pecado aún habita en mí y ejerce presión con mucha fuerza, ya no controla mi personalidad ni mi vida. Aún es capaz de llevarme a desobedecer a Dios, pero ahora el comportamiento pecaminoso va en contra de mi más profunda comprensión de mí mismo.

Cuando un no-cristiano peca, está actuando de acuerdo con su identidad, con quién es él. ¿Por qué *no* pecaría? Pero cuando alguien está unido a Cristo, todo cambia, porque cambia su identidad. Hay un nuevo “yo”. Cuando un cristiano peca, está actuando en contra de su identidad. ¿Por qué *querría* pecar? Por lo tanto, si yo peco es porque no soy consciente de quién soy; se me ha olvidado lo que se ha hecho por mí en Cristo.

Preguntas para reflexionar

1. ¿Qué diferencia hace en tu sentido de identidad saber que has muerto con Cristo?
2. ¿Verdaderamente crees que no tienes qué pecar? ¿Qué diferencia hace / haría esto?
3. En este momento, ¿en qué área de tu vida el pecado está luchando fuertemente contra ti?

PARTE DOS

La muerte es cosa del pasado; el futuro es seguro

Pablo parece decidido a no restarle importancia a nuestra unión con Cristo. Los **versículos 6 y 7** se enfocaron en lo que nos ha sucedido a raíz de que hemos muerto con Cristo. Ahora, los **versículos 8 y 9** nos llevan a las implicaciones de ser levantados en Cristo y con Él. “Confiamos [...] sabemos” que el poder de la resurrección de Cristo ha triunfado y triunfará en nosotros. La lógica de Pablo es que si nosotros sabemos que morimos cuando Jesús murió en el pasado, entonces podemos creer que viviremos con Él en el futuro (**v 8**). ¿Cómo? Porque Cristo ha sido levantado para vida eterna; “ya no puede volver a morir” (**v 9**). La muerte no tiene absolutamente ningún dominio en Él ni tiene poder sobre Él. Y ya que esto es cierto de Él, es cierto de nosotros, porque estamos unidos a Él.

El **versículo 10** es, por lo tanto, un resumen de la sección que forman los **versículos 5-9**. Como lo explica John Stott:

Existen diferencias radicales entre [la muerte de Cristo y Su

resurrección...]: hay una diferencia de tiempo (el evento pasado de la muerte, la experiencia presente de la vida), de naturaleza (murió al pecado sufriendo su castigo, pero vive para Dios buscando Su gloria) y de calidad (la muerte fue 'una vez por todas', mientras que la vida de resurrección continúa).

(El Mensaje de Romanos, p. 178)

Muerto pero vivo

Las consecuencias implícitas de nuestra unión con Cristo en Su muerte y en Su nueva vida es que debemos considerarnos “muertos al pecado, pero vivos para Dios en Cristo Jesús” (v 11). ¿Por qué debemos considerarnos como algo que ya somos? Porque estar “muertos al pecado” (es decir, “el pecado no tendrá dominio sobre ustedes”) es como un privilegio o un derecho legal. Aunque puede ser verdad o estar en vigor, una persona puede no llegar a entender o a utilizar este derecho o privilegio. Por ejemplo, puedes tener un fondo de fideicomiso a tu nombre, pero a menos que saques dinero de él, no cambiará tu condición económica actual. El fondo de fideicomiso significaría el fin de tus problemas económicos, pero no solventará tus deudas a menos que lo uses.

De la misma manera nosotros debemos “considerarnos” muertos al pecado porque a menos que actuemos de acuerdo con este gran privilegio, no se llevará a cabo de manera automática en nuestra vida. Tenemos que apropiarnos de él, vivirlo y disfrutarlo.

Aquí hay una ilustración valiosa de Martyn Lloyd-Jones que plasma nuestra condición. Vale la pena citarla con cierta extensión:

Tomemos el caso de esos pobres esclavos en los Estados Unidos de Norteamérica hace más de cien años. Se encontraban en una condición de esclavitud. Después se dio la Guerra Civil Norteamericana y, como resultado, se abolió la esclavitud en los Estados Unidos. Pero ¿qué había sucedido en realidad? A todos los esclavos, jóvenes y ancianos, se les dio su libertad; pero a muchos de los más ancianos, que habían soportado largos años de servidumbre, se les hizo muy difícil entender su nuevo estatus. Escucharon la declaración de que la esclavitud se había abolido y de que eran libres: pero cientos de veces (por no decir miles) en su vida después de la abolición muchos de ellos no se dieron cuenta de eso y cuando veían que se acercaba su antiguo amo, comenzaban a tambalearse, a temblar y a preguntarse si iban a ser vendidos...

Tú todavía puedes ser un esclavo en tu experiencia día a día aun cuando ya no seas un esclavo legalmente [...] Sientas lo que

sientas, sea cual sea tu experiencia, Dios nos dice aquí por medio de Su palabra que si estamos en Cristo ya no estamos en Adán, ya no estamos bajo el reino y el gobierno del pecado [...] Y si caigo en pecado, como lo hago, es solo porque no me doy cuenta de quién soy yo [...] ¡Date cuenta! ¡Recuérdalo!

(Romanos Capítulo 6, pp. 25, 28)

Intolerancia y progreso

¿Cuáles son las señales de que alguien está “muerto al pecado” (v 11), de que ya no “vive en” el pecado, (v 2) porque el pecado ya no reina sobre él (v 12)? Es fácil asumir que el “reino del pecado” se refiere a pecados evidentes, violentos y notorios. ¡Pero una vida de moralidad externa, un interés en el estudio bíblico y un disfrute de las tareas religiosas pueden estar presentes mientras el pecado todavía está reinando! La señal de que alguien “ha muerto al pecado” no es una moralidad externa.

Por otro lado, algunas personas aseguran que la señal de “haber muerto al pecado” es no tener pecado. Es cierto que hay una declaración en 1 Juan 3:9 que dice: “Ninguno que haya nacido de Dios practica el pecado”. Pero en otro pasaje de esa misma carta, Juan declara que ningún cristiano puede afirmar que no tiene pecado (1:8), y veremos que Pablo describe que los cristianos todavía tienen pecado (Ro 7:18). El pecado todavía tiene poder en nosotros.

Así pues, “vivir en el pecado”, contrario a estar “muerto al pecado”,

probablemente quiere decir algo como “nadar en él”, “respirar su aire” o “permitirle marcar el tono de la vida”. De este modo, “vivir en el pecado” entonces significaría:

1. *Tolerarlo*. Es posible que los cristianos pequen, pero el pecado los aflige y les causa aversión. Esta pena y repugnancia son señales de que el pecado no tiene dominio sobre ellos. El pecado solo te puede engañar por completo si no lo puedes ver como realmente es o si no te importa cómo realmente sea. Eso debe ser a lo que Juan se refiere cuando dice que ningún cristiano pecará a sabiendas y con indiferencia.
2. *No progresar en la lucha contra él*. Pablo se refiere a que los cristianos ya no pueden “practicar el pecado de manera habitual” o “de manera incansable” y que no mengue. Cuando los cristianos ceden al pecado, no pueden quedarse ahí permanentemente. La repugnancia y la aversión al pecado los hace huir de allí.

En resumen, Pablo no está diciendo que los cristianos están imposibilitados de cometer actos individuales de pecado; ni siquiera

dice que no lucharán contra pecados habituales. Más bien está diciendo que no pueden seguir permaneciendo en el reino del pecado. No pueden seguir en él de manera deliberada sin sentir repugnancia o sin luchar contra él para que mengue. Ya no viven más en el pecado; en cambio, están “vivos para Dios” (6:11).

Libres para resistir

Antes de que fueras unido a Cristo, el pecado reinaba completamente. Ahora el cristiano está libre de su control, pero todavía le puede ceder cierto grado de poder. Somos libres para pelear contra el pecado y libres para ganar. De hecho, hemos sido liberados *para* pelear y ganar (ver Tit 2:14), pero todavía tenemos que pelear.

La enseñanza de Pablo es que, ya que ahora somos capaces de obedecer al pecado o de obedecer a Dios, debemos obedecer a Dios. Pablo nos insta a *no* hacer dos cosas. La primera: “No permitan ustedes que el pecado reine en su cuerpo mortal” (Ro **6:12**). La segunda: “No ofrezcan los miembros de su cuerpo al pecado como instrumentos de injusticia” (**v 13**). El pecado no nos puede gobernar, pero está emprendiendo una batalla dentro de nosotros; no debemos dejar que la fuerza guerrillera del pecado (que ha sido sacada de nuestros corazones pero que todavía pelea duro en nuestros cuerpos) tome el control en cualquier sentido al obedecer los deseos que

planta en nosotros. El pecado aún está emprendiendo una batalla a nuestro alrededor. Así que no debemos ofrecer ninguna parte de nuestro cuerpo (esto probablemente incluya nuestras aptitudes y habilidades así como las partes físicas de nuestro cuerpo) como su instrumento o arma.

Sin embargo, sería un error pensar que la principal forma en la que vivimos nuestra vida nueva es simplemente ver al pecado y a sus deseos y decirnos: *¡No lo hagas!* Más bien, nuestra vida nueva en Cristo consiste en vivir de manera proactiva (en el sentido positivo de la acción); se trata de *Hacer*, no de *No Hacer*. Así que Pablo alienta a los creyentes a hacer dos cosas (que son opuestas a esas cosas que ya no debemos hacer más). En primer lugar: “Ofrézcanse más bien a Dios”, para vivir con Él, para Él y como Él. En segundo lugar: “[Presenten] los miembros de su cuerpo como instrumentos de justicia” (v 13). El reino de Dios gobierna dentro de nosotros y se expresa a través de nosotros cuando lo obedecemos a Él.

No bajo la ley

En el **versículo 14** Pablo cambia su lenguaje. Repite que el pecado “no tendrá dominio sobre ustedes”; que el pecado no es, y no debe ser, nuestro gobernante. Lo más natural es que Pablo continúe diciendo: *Porque no estás bajo su poder*. En vez de eso, continúa diciendo: “Porque ya no están *bajo la ley* sino bajo la gracia”. Pablo está diciendo que saber que “no estamos bajo la ley” nos ayuda a romper el poder del pecado en nuestras vidas.

Hablaremos más de esto en el siguiente capítulo, porque Pablo entrará en más detalle en la segunda mitad de Romanos 6. Pero por ahora el versículo 14 nos muestra que estar “bajo el pecado” es lo mismo que estar “bajo la ley” (compara 5:20-21 con **6:14**). Nos dice que nuestra libertad de la ley como un sistema de salvación es lo que nos libera del dominio que el pecado tiene sobre nosotros. ¿Por qué? Porque el poder del pecado es realmente destruido solo cuando nos separamos de la justicia por obras.

Somos justos a la vista de Dios. Si recordamos esto, los motivos de

nuestro pecado se debilitarán. Los actos pecaminosos tienen motivaciones pecaminosas. Cuando nos preguntamos por qué somos movidos a cometer ciertos pecados en particular, descubrimos que cedemos a nuestros pecados porque todavía buscamos encontrar nuestra “justificación” (nuestra identidad, nuestro sentido de valía) en otras cosas aparte de Dios. De esta manera, recordar que somos completamente amados y justos en Cristo debilita y le resta fuerza a nuestros motivos y deseos por el pecado.

Tenemos que saber

A través de estos versículos Pablo ha dicho en repetidas ocasiones que nosotros “sabemos” o “confiamos” (v 3, 6, 8, 9). Esto demuestra que cualquier cristiano que continúa pecando o reincide en el pecado ha fracasado en “saber” o considerar con cuidado las implicaciones de lo que le ha pasado en Cristo. ¿Cómo podemos usar este enfoque para tratar con nuestro pecado?

Tenemos que darnos cuenta de que no tenemos que ser estoicos en cuanto al pecado, repitiéndonos *¡Tú solo di NO!* Pablo nos está mostrando aquí que pecar surge no tanto de una falta de fuerza de voluntad, sino de una falta de entendimiento de nuestra posición ante Dios y una falta de reflexión y regocijo.

Así que la clave es saber, recordar y pensar de esta manera:

- ☼ *Soy comprado con la sangre de Cristo.* Si recordamos eso, no actuaremos como si nos perteneciéramos a nosotros mismos. Le debemos a Jesucristo nuestra vida y nuestra salvación, y no podemos vivir sin tener en cuenta Su voluntad.

☼ *He sido librado del “dominio” del pecado.* Esto significa que el Espíritu de Dios está dentro de nosotros y, aunque el pecado puede parecer demasiado poderoso como para resistirlo, ese no es el caso. Somos hijos de Dios y podemos ejercer nuestra autoridad sobre los deseos pecaminosos.

☼ *Fui salvo por Cristo específicamente para no pecar.* Cristo “se entregó por nosotros para rescatarnos de toda maldad y purificar para sí un pueblo elegido, dedicado a hacer el bien” (Tit 2:14). Todo el sufrimiento y la tortura de Jesús tuvo ese propósito; cualquier cristiano que ceda al pecado está olvidando eso. Debemos preguntarnos: *¿Voy a profanar este corazón por el cual Cristo murió para lavarlo? ¿Voy a pisotear el mismísimo propósito de Su dolor? ¿Voy a frustrar el objetivo de Su sufrimiento?*

Parece que Pablo está diciendo que si puedes ver y pensar en estas cosas y aun así pecas, demuestra que no has entendido el evangelio, que tu “viejo hombre” nunca fue crucificado, ¡que todavía estás pensando y considerando la vida según tu “vieja naturaleza”!

Entonces vemos que el evangelio nos da un incentivo nuevo y diferente para obedecer al que teníamos cuando estábamos bajo la ley como un sistema de salvación. Cuando usábamos la ley para salvarnos, lo que nos motivaba a ser obedientes eran el miedo y la autoconfianza. Sin embargo, ahora sabemos que Jesús murió por nosotros para que no pecáramos. Cuando nos damos cuenta del propósito de la muerte de Cristo y cuando pensamos en esto con gratitud, ¡encontramos un nuevo incentivo para ser santos! Anhelamos ser y nos encanta ser de los que se “ofrecen más bien a Dios”, porque sabemos que somos “quienes han vuelto de la muerte a la vida” (Ro **6:13**).

Preguntas para reflexionar

1. ¿Hay pecados con los que te has vuelto tolerante?
2. Piensa en alguna forma en la que luchas para no pecar.
¿Cómo sería ofrecer esa parte de tu cuerpo / carácter a la justicia con la resolución de *Hacer*, más que de *No Hacer*?

3. ¿Cómo vas a “entender” con mayor claridad y con más frecuencia que moriste con Cristo?

ROMANOS 6 V 15 A ROMANOS 7 V 6

11. ESCLAVOS DE DIOS

Si no estamos “bajo la ley” —como lo vimos en el versículo 14— ¿quiere decir eso que somos libres para vivir como nos plazca? Si la ley de Dios ya no es la manera en que somos salvados, entonces ¿ya no tenemos ninguna obligación de vivir una vida santa?

Esta es la esencia de la pregunta de Pablo en el **versículo 15**. Aunque la pregunta del versículo 1 y la del versículo 15 son muy parecidas, no son idénticas. En el versículo 1 Pablo está preguntando de una manera muy general, “Si somos salvos solo por gracia, ¿vamos a seguir pecando?”. En los versículos del 1 al 14 Pablo explica que el evangelio nos da un incentivo nuevo y diferente para la obediencia de la que teníamos cuando estábamos bajo la ley como sistema de salvación. Cuando entendemos el propósito de la muerte

de Cristo y somos agradecidos, encontramos un nuevo incentivo para ser santos. No es el miedo ni la autoconfianza, sino la gratitud y el amor. Y como hemos visto, Pablo termina esta sección diciendo: “ya no están bajo la ley sino bajo la gracia” (v 14).

El versículo 14 nos lleva directamente a la pregunta del **versículo 15**. *Si ya no estamos bajo la ley como sistema de salvación, ¿tenemos alguna obligación ante ella? ¿Podemos hacer lo que queramos? ¿Tenemos que seguir obedeciendo los diez mandamientos?* Pablo está empezando a abordar una pregunta sumamente práctica: ¿Cuál es ahora la motivación y cómo entendemos nuestra obligación como cristianos en la vida diaria? Por ejemplo, ¿están los cristianos obligados a tener un “tiempo de reflexión” en los devocionales diarios? ¿Por qué los cristianos madrugan para orar? ¿Cuál es nuestra motivación interior para el dominio propio ahora que no estamos “bajo la ley” ni (por consiguiente) tenemos miedo de que Dios nos desheche por el fracaso moral? ¡Es una pregunta que tiene grandes implicaciones prácticas!

Esclavos a algo

Así como en el versículo 1, Pablo da una respuesta muy sencilla a esta pregunta: “¡De ninguna manera!” (v 15). ¿Por qué? Porque ser salvo no significa que estás libre de vivir bajo la autoridad de un amo. Puedes ser un esclavo del pecado o un siervo de Dios; pero no puedes ser de ninguno, ni puedes servir a ambos. Este es el elemento esencial de la enseñanza de Pablo en los **versículos del 16 al 22**. Solo hay dos señores. Toda la humanidad sirve a uno o al otro:

Versículo 16: esclavos del pecado o esclavos de la obediencia

Versículos 17 y 18: esclavos del pecado o esclavos de la justicia

Versículo del 20 al 22: esclavos del pecado o esclavos de Dios

En primer lugar, Pablo dice que nadie es libre (v 16). ¡Todo el mundo es esclavo de algo o de alguien! Todo el mundo se está ofreciendo a “alguien”. Todo el mundo vive para “algo”. Nosotros nos “ofrecemos” como sacrificios en algún altar. Todos estamos sirviendo a alguna causa, a algo que es un “motivo principal o esencial”, y ese algo se vuelve un señor y nosotros nos convertimos en sus esclavos. Esta es

una cita útil de Rebecca Manley Pippert:

Cualquier cosa que nos controle es nuestro señor. La persona que busca el poder es controlada por el poder. La persona que busca la aceptación es controlada por [la aceptación]. Nosotros no nos controlamos a nosotros mismos. El señor de nuestras vidas nos controla.

(Fuera del Salero, p. 53)

Parafraseando esta cita en términos de nuestro texto, podemos decir que “nos ofrecemos” a lo que sea que busquemos como nuestro bien supremo en la vida, ya sea poder, aceptación u otra causa. Después nos volvemos “esclavos” de eso. Así que nadie tiene el control de su propia vida. Somos controlados por eso a lo que nos hemos ofrecido. Ya sea que nos consideremos religiosos o no, todos tenemos un dios. Todos somos adoradores.

De hecho, dice Pablo, hay fundamentalmente solo dos clases de amos o categorías de esclavitud. “[Son] esclavos del pecado [... o] de la justicia” (v 17). Ser un esclavo del pecado es, en efecto, la verdadera esclavitud, pues conduce a la muerte. Ser un esclavo de

Dios conduce a la justicia: al amor, al gozo, a la paz, al dominio propio y a la bondad.

Así que el argumento principal de Pablo es este: cualquiera que se pregunte si un cristiano puede pecar es ignorante en cuanto a la naturaleza esclavizadora del pecado. Dicho de otra manera: un cristiano no tiene que obedecer los diez mandamientos con el fin de ser salvo, pero sí tiene que obedecerlos con el fin de ser alguien libre (y, por lo tanto, piadoso). Si no obedeces la ley de Dios, te vuelves esclavo del egoísmo y del pecado.

Compara y contrasta

Es útil ver cómo Pablo compara y contrasta estas dos esclavitudes en términos de su origen (v 17-18) y de su desarrollo (v 19).

En primer lugar, sus *orígenes* son un contraste. El verbo que se traduce como “eran” (v 17) está en tiempo imperfecto, lo que nos muestra que somos esclavos del pecado por naturaleza. Esta esclavitud comienza de manera automática; nacemos en ella. Por otro lado, la esclavitud a Dios comienza cuando somos convertidos, cuando “gracias a Dios que [...] han obedecido de corazón al modelo de enseñanza que han recibido” (v 17 RVC). Fíjate en los cuatro elementos que se dan para llevarnos a esta nueva condición.

1. “Modelo de enseñanza” significa que la conversión comienza con un conjunto de verdades, un mensaje específico con un contenido específico que se debe recibir. El evangelio siempre es esto.
2. “De corazón” quiere decir que esta verdad convence de la culpabilidad y afecta el corazón. Antes de que el evangelio

captive el corazón, es posible tener un “cristianismo” meramente intelectual o conductual, en el que los principios éticos cristianos se siguen de modo superficial. Pero comprender el evangelio transforma nuestros fundamentos; te muestra que te estás “ofreciendo a ti mismo” al poder o a la aceptación (es decir, al pecado), incluso si en lo exterior eres moralmente aceptable.

3. “Obedecido” significa que una vez que la verdad del evangelio penetra en el corazón, se muestra en un verdadero cambio de vida. Hay una “obediencia de la fe” (1:5 RV95; en un sentido, el capítulo 6 está respondiendo la pregunta u objeción que 1:5 pudiera provocar).
4. “Gracias a Dios” significa que todo este proceso se debe a la gracia de Dios.

Así que, en resumen, la esclavitud al pecado comienza con nuestro nacimiento; mientras que la esclavitud a Dios comienza con nuestro nuevo nacimiento, cuando la gracia de Dios nos capacita para abrazar el evangelio en el corazón (cambiando nuestras motivaciones

y nuestros fundamentos), lo que resulta en una transformación total de vida.

En segundo lugar, el *desarrollo* de la esclavitud al pecado y de la esclavitud a Dios son muy similares. En **6:19** vemos que cada clase de esclavitud prosigue y avanza. Ninguna se queda estática.

Por eso dice: “Antes ofrecían ustedes los miembros de su cuerpo para servir a la impureza, que lleva más y más a la maldad” (**v 19**). La esclavitud al pecado resulta en deterioro (“más y más”). Este deterioro viene porque las **imposiciones** de los amos de nuestras vidas (las cosas a las que servimos) están buscando ejercer sus voluntades en el mundo por medio de nuestros cuerpos. Cuando actuamos según un propósito en particular, esa acción moldea nuestro carácter y voluntad, por lo que cada vez se hace más fácil actuar de esa manera. Así que ofrecer nuestros cuerpos al pecado conduce a la impureza y a un ciclo de “maldad” cada vez mayor.

C. S. Lewis hace una descripción interesante sobre la manera en la que la esclavitud al pecado se desarrolla en nuestras vidas ahora y cómo evolucionará más allá del horizonte de esta vida:

El cristianismo afirma que todos los seres humanos vivirán para siempre; eso tiene que ser verdadero o falso. Ahora bien, hay un buen número de cosas por las cuales no valdría la pena molestarse si yo solo fuera a vivir setenta años, pero sí que debería esforzarme seriamente si voy a vivir para siempre. Quizás mi mal genio y mi envidia van empeorando tan lentamente que la diferencia en setenta años no será significativa, pero puede llegar a ser un verdadero infierno en un millón de años. De hecho, si el cristianismo es verdad, “infierno” es el término técnico más preciso y correcto para describir lo que eso sería.

(Mero Cristianismo, p. 73)

La esclavitud a Dios funciona de la misma manera. Nos ofrecemos “a la justicia que lleva a la santidad” (**v 19**). Cuando actuamos de acuerdo con la verdad, nuestro carácter y nuestra voluntad son moldeados para tener hábitos de santidad y justicia.

Viviendo nuestra realidad

Estos versículos también nos enseñan cómo podemos vivir, mantener y disfrutar nuestra libertad del pecado.

Tal como en el versículo 13, “los miembros de su cuerpo” (**v 19**) no se refiere estrictamente a nuestros brazos y piernas, sino más bien a todo lo nuestro que cumple un plan o un propósito. Pablo dice que la “impureza” es un motivo o un propósito; ofrecer “los miembros de su cuerpo” a la impureza es simplemente manifestarlo en acciones. También vemos que la esclavitud a Dios es el resultado de un esfuerzo activo de nuestra parte para manifestar en acciones lo que sabemos que es cierto de nosotros. Ofrecer “los miembros” de nuestro cuerpo quiere decir que debemos actuar de acuerdo con lo que la Biblia nos dice acerca de la realidad.

Debemos recordar que el **versículo 19** viene después del **18**, donde Pablo nos dice: “habiendo sido liberados del pecado”. Como lo vimos en los últimos dos capítulos, la conversión nos lleva a un nuevo reino y pone un nuevo poder en nosotros. El pecado ya no nos puede

obligar a hacer nada. Así que cuando el **versículo 19** dice: “ofrézcanlos ahora para servir a la justicia”, Pablo está diciendo: *Actúa como lo que eres; que tu comportamiento sea controlado no por los sentimientos o las apariencias, sino por las realidades que te enseña el evangelio.*

¿Cómo funciona esto en la vida real? Significa que puedes abordar las situaciones del día a día y reconocer que estás posibilitado para tratar a Dios como tu Bien supremo y, por lo tanto, como tu Señor, o para tratar a algo más como tu bien supremo y, por lo tanto, como tu señor.

Por ejemplo, si alguien dice algo que me hace quedar mal, en ese momento me voy a ofrecer como un esclavo a Dios o como un esclavo al pecado. Puedo dejar que mi deseo de verme bien sea mi señor. Puedo dejar que mi corazón diga: *¡Esto es un desastre! ¡Parezco un tonto! ¡Tengo que desacreditar a esta persona inmediatamente! ¡Le debo pagar con la misma moneda!* En ese momento, si yo manifiesto acciones de este tipo de pensamiento (ofreciéndome a esto), voy a responder con amargura, con palabras

ásperas, etc.

O puedo recordar que agradar a Cristo es la motivación que me gobierna. Puedo hacer que mi corazón diga: *Bueno, esta persona ha señalado (aunque con mucho odio) un defecto en mí con el que realmente yo debería tratar. Pero afortunadamente, Dios es mi Juez y Él me ha aceptado en Jesucristo.* Si actúo según este pensamiento, me arrepentiré ante Dios de corazón por lo que verdaderamente soy culpable y responderé con una respuesta amable (como lo establece Proverbios 15:1) a la persona que hizo el comentario.

Preguntas para reflexionar

1. Eres esclavo de algo. ¿De qué manera recordar esto te ayudará la próxima vez que el pecado te tienta?
2. ¿Cómo usarías este pasaje para responderle a alguien que te diga: *No me gusta el cristianismo porque coarta mi libertad?*
3. ¿Cómo usarías este pasaje para responderle a alguien que te diga: *¿Por qué haces el esfuerzo de obedecer a Dios si Él ya te*

ha aceptado?

PARTE DOS

La **conversión** cristiana es una realidad y una experiencia muy maravillosa como para ser resumida con precisión en una sola **analogía**. Así que Pablo hace una explicación casi apologética para usar esta **metáfora** de la esclavitud: “Hablo en términos humanos, por las limitaciones de su naturaleza humana” (**6:19a**). Necesitamos ayuda para captar la maravilla y las implicaciones de nuestra unión con Cristo. Entonces Pablo sigue usando como ejemplo los simbolismos de la esclavitud. Ya ha mostrado que los orígenes de la esclavitud al pecado y a Dios son diferentes; y como hemos visto en el **versículo 19**, explica que el desarrollo de esas relaciones de esclavitud es similar. Ahora, en los **versículos del 21 al 23**, enseña que sus *resultados* son un contraste total.

Ahora muerte

En un sentido, ser esclavo al pecado sí trae libertad, pero solo “del dominio de la justicia” (v 20). Cuando alguien dice que está rechazando el cristianismo porque quiere ser libre, tiene razón solo en el estrecho sentido de que no vivirá de la manera que más lo satisfaría y lo llenaría; en cualquier otro sentido es un esclavo. Después de todo, Pablo les pregunta a estos cristianos: “¿Qué fruto cosechaban entonces? ¡Cosas que ahora los avergüenzan!” (v 21). La única respuesta que se puede dar es: “¡conducen a la muerte!”.

¿Cómo trae muerte el pecado? Al fin de cuentas, el pecado trae la condenación y la separación de Dios por la eternidad. Pero Pablo está hablando de una “muerte” que estos cristianos antes experimentaban; una muerte que los no creyentes conocen en el presente, así como la que van a conocer en el futuro. Pablo se está refiriendo a una vida rota. Esto funciona así: si no obedeces la ley de Dios, te conviertes en un esclavo del egoísmo, de la lujuria, de la amargura, del orgullo, del materialismo, de la preocupación, de la

impulsividad, del miedo, etc. Los pecados específicos que te esclavizan dependen de a qué te has “ofrecido” como tu “motivo principal o esencial” en vez de ofrecerte a Dios. Por ejemplo, si estás esclavizado a la aprobación de los demás, constantemente experimentarás autolástima, envidia, sentimientos heridos, incompetencia. Si estás esclavizado al éxito, experimentarás estrés, fatiga, preocupación y miedo. Cualquier cosa que adores que no sea Dios promete mucho, pero ofrece algo peor que nada. Ofrece esclavitud: correr sobre una *rueda para hámsters* con el fin de tratar de alcanzar aquello que nunca puede hacernos libres. El único beneficio de la idolatría es una vida devastada y quebrantada.

Sin embargo, los resultados de la esclavitud a Dios son un contraste absoluto. “Cosechan la santidad que conduce a la vida eterna” (v 22). Otra vez Pablo nos da un enfoque presente y uno futuro. Las personas que “se ofrecen” a la obediencia crecen en el **fruto del Espíritu**, y cualquiera que esté inundado de amor, gozo, paz, dominio propio, bondad, etc., experimenta la libertad ahora y puede mirar hacia el futuro para gozarla por toda la eternidad. Después de todo, el

pecado es un señor que siempre paga el salario completo y a tiempo. El salario que el pecado paga es la “muerte” (**v 23**). El pecado paga lo que merecemos por el trabajo que hacemos para él. Por otro lado, la esclavitud a Dios conduce a la “vida eterna en Cristo Jesús, nuestro Señor”. Lo que Pablo quiere decir aquí no es que, así como las obras pecaminosas acarrearán la muerte, las obras justas merezcan la vida. No; el pecado nos paga lo que merecemos, pero la vida eterna solo es y siempre será “la dádiva de Dios”. Servirlo a Él no nos hace ganar la salvación (no importa qué tan bueno sea nuestro servicio); solo podemos decir: “Somos siervos inútiles; no hemos hecho más que cumplir con nuestro deber” (Lc 17:10). Los que saben que han recibido la maravillosa “dádiva de Dios [...] vida eterna” (Ro **6:23**) tienen un nuevo Señor, un Señor que ofrece la satisfacción de trabajar para Él.

Casado con alguien

Ahora Pablo en **7:1-6** da una segunda respuesta a la pregunta de **6:15**. ¿El evangelio te da la libertad para vivir de la manera que quieras? ¡No!, dice Pablo. *Puedes estar o casado con la ley o casado con Cristo, pero no puedes ser soltero.*

En **7:1-3** Pablo da una ilustración de un hecho fundamental: ¡la ley solo se aplica a los que están vivos! La muerte rompe el poder de la ley. El matrimonio es una relación jurídica y legal, pero solo es vigente si tanto el esposo como la esposa están vivos. “¿Acaso no saben que uno está sujeto a la ley solamente en vida?” (**v 1**). Si cualquiera de los dos muere, ambos están libres de la ley del matrimonio; ya no están obligados a estar bajo esa ley; “quedan libres” (**v 2**). El estatus del cónyuge es lo que marca la diferencia: si él muere, ella puede contraer matrimonio legítimamente con otro hombre; pero si él está vivo, y ella tiene una relación extramatrimonial, es una adúltera, y viceversa (**v 3**).

En los **versículos del 4 al 6** Pablo aplica esto a nosotros. Mientras

que es la muerte del marido lo que libera a la esposa para volverse a casar, en nuestro caso es nuestra muerte (en Cristo) lo que nos libera para “casarnos de nuevo”. La analogía no es completamente paralela, pero el principio es el mismo. Ser cristiano es un cambio completo de relación y de lealtad.

Qué metáfora tan increíble. ¡Estamos casados con Cristo! Ser cristiano es enamorarse de Jesús y entrar en una relación legal y personal con Él tan completa como el matrimonio.

Cuando te casas, ninguna parte de tu vida queda sin ser afectada. Así que aunque los cristianos ahora no están “bajo la ley”, la llegada de Jesucristo a sus corazones ha cambiado cada aspecto de sus vidas. Ni una sola área queda intacta.

Estar “casado con Cristo” es la respuesta final a la pregunta: *¿Puede un cristiano vivir como le plazca?* ¡No, porque estamos enamorados de Cristo!

El matrimonio implica una pérdida importante de libertad e independencia. No puedes vivir simplemente como quieras. Una persona soltera puede hacer decisiones de manera unilateral, pero

una persona casada no. Existe un deber y una obligación. Pero, por otro lado, existe ahora la posibilidad de una experiencia de amor, intimidad, aceptación y seguridad que no podrías tener si fueras soltero. Debido a este amor e intimidad, nuestra pérdida de libertad es un gozo, no una carga. En un buen matrimonio, los anhelos y los deseos de la persona que amas afectan y transforman toda tu vida. Obtienes placer por dar placer. Buscas descubrir los deseos de tu amado y eres feliz con hacer cambios de acuerdo con esos deseos.

Por lo que ahora Pablo nos ha dado la respuesta definitiva a cómo viven los cristianos. No estamos “bajo la ley”, en el sentido en que no obedecemos la ley por temor al rechazo. Dicho de otro modo, no estamos usando la ley como un sistema de salvación o una forma de aceptación o de acceso a Dios, como una escalera hacia Él. ¡No! La vida perfecta de Jesús y Su muerte perfecta son la escalera hacia Dios, y eso nos hace aceptados en Él.

Complaciendo a Cristo

Los **versículos 5 y 6** son paralelos en la simbología del matrimonio a Romanos 6:19-22, donde Pablo emplea la metáfora de la esclavitud. Al estar casados con la ley y ser dominados por nuestra antigua naturaleza pecaminosa, nuestras pasiones pecaminosas eran “estimuladas por la ley” (**7:5 RVC**); veremos que esta es una idea que Pablo detalla de forma muy clara más adelante en Romanos 7. Y de esta manera, con nuestros deseos pecaminosos enardecidos “dábamos fruto” que (como ya hemos visto) a la vez conducían a una “muerte” presente y una muerte eterna. En cambio (“pero ahora”) hemos sido liberados de nuestro antiguo matrimonio por medio de nuestra propia muerte en Cristo (**v 6**). Casados con Cristo y con Su Espíritu Santo morando en nosotros, “servimos a Dios con el nuevo poder” (un tema en el cual Pablo se enfocará en Romanos 8).

Así que ¿ignora el cristiano la ley moral de Dios? De ninguna manera. Ahora la vemos como una expresión de los deseos de Dios. Él ama la honestidad, la pureza, la generosidad, la verdad, la

integridad, la bondad, etc. Nosotros ahora usamos la ley para agradar a Aquel que nos salvó. Pero no estamos “bajo la ley”. No estamos casados con ella. Estamos casados con Cristo. Estamos buscando agradarlo a Él, y por eso los preceptos de la ley son formas de honrar a Aquel a quien amamos. Ahora no son una carga; tenemos una nueva motivación (amor por nuestro Esposo) y obedecemos en un nuevo marco (siendo aceptados por el cumplimiento de Cristo, no por el nuestro).

Alguien podría decir: *Si creyera que soy salvo totalmente por gracia y que no puedo ser rechazado, perdería todo incentivo para vivir una vida santa.* La respuesta es: *Pues bien, todo el incentivo que tienes en este momento es el temor al rechazo. Aún estás bajo la ley. Si entiendes que eres aceptado, el nuevo incentivo es un gozo y un amor agradecidos. Ese es el incentivo correcto.*

Obedecemos a quien le ofrecemos nuestro servicio. Vivimos para agradar a aquel con quien estamos casados. Una vez fuimos esclavos del pecado y lo obedecíamos. Una vez estuvimos casados con la ley; éramos controlados por nuestras naturalezas pecaminosas

(ya sea buscando la religión farisaica o la **licencia** egocéntrica) y vivíamos para agradarle. Pero nuestra muerte en “el cuerpo [...] de Cristo” (**v 4**) ha cambiado todo de una manera radical y para siempre. Somos esclavos de Dios. ¡¿Cómo podríamos pecar y por qué lo haríamos?! Pertenecemos a Cristo como Su novia. Sabiendo que Él murió por nosotros, ¿cómo no viviríamos para complacerlo motivados por una gratitud amorosa? Es la identidad del cristiano (la relación del cristiano con Dios) que es, en última instancia, la respuesta a la pregunta de Pablo en 6:15. Es saber quién eres en Cristo lo que te hace clamar en lo profundo de tu corazón: ¿Voy a vivir en este momento como si fuera un esclavo del pecado, casado con la ley? ¡De ninguna manera!

Preguntas para reflexionar

1. ¿Puedes pensar en ejemplos de tu pasado o del pasado de aquellos que conoces de cómo la esclavitud al pecado es una clase de “muerte”?

2. ¿Cómo la imagen de estar casado con Cristo (pertenecer a Él en matrimonio) te motiva a vivir de una manera que lo agrade a Él?
3. ¿Qué diferencia práctica debe marcar esta imagen en tu vida hoy?

ROMANOS 7 V 7 A 25

12. GUERRA CONTRA EL PECADO

Romanos **7:7** introduce otra pregunta: “¿Qué concluiremos? ¿Que la ley es pecado?”. Pablo se está anticipando a que el argumento que hizo en 7:1-6 (donde explica que estábamos “casados” con la ley, pero que hemos sido liberados de ella por nuestra muerte en Cristo, y que ahora estamos casados con Él) llevará a sus lectores a preguntarse si la ley, de la que necesitábamos ser “liberados” y que ahora es “el antiguo mandamiento escrito” (v 6) es en sí misma algo malo.

Lo que la ley hace

Una vez más, hay una respuesta (muy) corta, seguida por una (¡mucho!) más larga. La respuesta corta es: “¡De ninguna manera!” (v 7). No hay nada de malo con la ley de Dios. Pero tenemos que entender *para qué* es la ley. El propósito principal de la ley es mostrarnos el carácter del pecado. Esa es la única manera de entender muchas de las declaraciones que Pablo hace en esos versículos. Por ejemplo: “Si no fuera por la ley, no me habría dado cuenta de lo que es el pecado” (v 7). Pero ¿cómo hace esto la ley?

En primer lugar, simplemente nos define el concepto de pecado. “Nunca habría sabido yo lo que es codiciar si la ley no hubiera dicho: ‘No codicies’” (v 7). Esto significa que el concepto mismo de codicia es explicado en la ley. Sin ese estándar, Pablo no hubiera entendido que eso es pecado.

En segundo lugar, la ley revela el pecado en nosotros. “Aparte de la ley el pecado está muerto” (v 8). Esta declaración indica que cuando el mandamiento de Dios llega a nosotros, en realidad aviva el pecado

en nuestros corazones, mostrándonos no solo lo que el pecado es en general, sino cómo el pecado reside dentro de nosotros. Pablo vuelve a afirmar esta idea en el **v 13**: “Ocurrió así para que el pecado se manifestara claramente, o sea, para que mediante el mandamiento se demostrara lo extremadamente malo que es el pecado”. Pablo está describiendo una situación en la cual él encontró que entre más trataba de evitar la codicia y la envidia, ¡más crecían en él! Cuando él leía la ley, el pecado en su vida se volvía extremadamente pecaminoso, es decir, mucho peor y totalmente inexcusable. Era hasta entonces que podía ver su pecaminosidad y su necesidad.

El planteamiento de Pablo es que la ley no nos puede salvar. Ese nunca fue y nunca podrá ser su propósito porque fue dada a pecadores; pero puede y nos debe mostrar que necesitamos ser salvos, que somos pecadores. A menos que la ley haga su trabajo, no veremos a Cristo. Viviremos negando la realidad de la profundidad y la naturaleza de nuestro pecado. En otras palabras, necesitamos la ley para que nos “**convenga**” de nuestro pecado antes de que podamos ver nuestra necesidad de la gracia de Dios en Cristo, de

tener un deseo por esa gracia.

Cómo el pecado usa la ley

Pablo declara algo más, además del hecho de que la ley nos muestra nuestro pecado. La ley, dice él, en realidad empeora o provoca el pecado en nosotros. “El pecado, *aprovechando la oportunidad que le proporcionó el mandamiento*, despertó en mí toda clase de codicia [...] cuando vino el mandamiento, cobró vida el pecado” (v 8-9).

¿Cómo hace esto? La respuesta básica es que hay una “perversidad” en nuestros corazones. La “perversidad” es un deseo de hacer algo por el simple hecho de ser prohibido. Es un gozo en la maldad en sí misma. El planteamiento de Pablo es que podemos sentir poco interés en hacer algo malo hasta que el mandamiento contra eso llega a nosotros. Y cuando oímos el mandamiento, nuestra perversidad natural se aviva y puede tomar el control.

Esta percepción es una puerta para entender la anatomía del pecado, lo que es en su esencia. Agustín hace un análisis clásico de este punto en su libro *Confesiones*. Describe que una vez, cuando era niño, robó unas peras, y después saca unas profundas enseñanzas

de su experiencia:

Cerca de nuestro viñedo había un árbol de peras, lleno de fruta, aunque la fruta no era particularmente atractiva ni en color ni en sabor. Yo y algunos otros jóvenes concebimos la idea de sacudir el árbol para que las peras cayeran y así poder llevárnoslas. Nos pusimos en camino tarde por la noche [...] y robamos toda la fruta que pudimos cargar. Esto no lo hicimos para comernos las peras; quizás probamos algunas, pero después aventamos el resto a los cerdos. Nuestro placer verdadero fue simplemente hacer algo que no estaba permitido. Yo tenía un montón de peras más ricas en mi propiedad; solo tomé estas con el fin de ser un ladrón. Una vez que las tuve las tiré, y todo lo que saboreé de ellas fue mi propia iniquidad, la cual disfruté muchísimo.

(*Confesiones*, Libro II, capítulo 4)

Agustín está diciendo que siempre existe un “motivo más profundo” cuando cometemos cada pecado. Cuando una persona miente, roba, es impura o es cruel, siempre existe un motivo superficial. Hay avaricia, ira u otra cosa. Pero la experiencia de Agustín con el árbol

de peras (¡y su estudio de la Escritura!) le mostró que el motivo subyacente y definitivo del pecado es jugar a ser Dios. Imaginándose él mismo hablando con Dios, Agustín continúa:

De una manera **perversa**, todos los hombres te imitan y se alejan de Ti... ¿Qué fue, entonces, lo que amé en ese robo que cometí? ¿De qué manera, torpe y perversa, imité a mi Señor? ¿Encontré placer en quebrantar Tu ley [...] sin castigo [...] y producir de esta manera una sombra entenebrecida de Tu **omnipotencia**? ¡Qué espectáculo! ¡Un siervo huyendo de su amo y siguiendo una sombra! ¿Podía yo disfrutar lo que era prohibido por el simple y mero hecho de ser prohibido, y no por ninguna otra razón?

(*Confesiones*, Libro II, capítulo 6)

Tenemos un deseo profundo de estar a cargo del mundo y de nuestras vidas. Queremos ser **soberanos**. Cada ley que Dios establece es una violación a nuestra absoluta soberanía. Nos recuerda que no somos Dios y nos impide ser soberanos para vivir como queremos. En su esencia, el pecado es una fuerza que odia tal violación a nuestra soberanía absoluta. Desea ser Dios. ¿Cuál fue la

primera tentación de la serpiente en el Jardín del Edén? “Llegarán a ser como Dios” (Gén 3:4). Esa fue la esencia del primer pecado y también es la esencia de todos los nuestros.

Por lo tanto, ya que la esencia del pecado es el deseo de jugar a ser Dios, de que nuestra soberanía no sea transgredida, cada ley desencadenará el pecado en su fuerza y poder originales. Entre más seamos expuestos a la ley de Dios, más potencia tomará esa fuerza pecaminosa.

Vida aparte de la ley

Pablo dice que hubo una vez, “en otro tiempo”, que él tenía “vida aparte de la ley” (Ro 7:9). Parece que se está refiriendo a una experiencia pasada; ha habido muchísima controversia con respecto a lo que Pablo se refiere aquí. Es imposible que un niño judío, proveniente de una familia devota, haya sido “apartado de la ley” en el sentido de no conocerla o de no esforzarse en obedecerla. No habría existido ningún momento en la vida no convertida de Pablo en donde la ley le fuera ajena. Así que es casi seguro que “aparte de la ley” se refiere a que él nunca había visto las demandas reales y esenciales de la ley. No se había percatado de lo que la ley realmente demandaba. Vio un sinnúmero de reglas, pero no la fuerza básica o el empuje de la ley como un todo. No entendía lo que era la santidad, ni lo que quería decir amar a Dios de manera suprema, ni lo que significaba amar a su prójimo como a sí mismo. Así es como Pablo estaba “apartado” de la ley.

¿Qué quiere decir, sin embargo, que él “tenía vida”? Pablo

probablemente se está refiriendo a su propia percepción. Él sentía que estaba espiritualmente vivo, que era agradable a Dios, que Dios estaba satisfecho con él. Nos está diciendo que esta percepción de “tener vida” se debía a su ignorancia de lo que la ley verdaderamente demanda. Entonces “cuando vino el mandamiento [...] yo morí”. Eso querría decir que sucedió algo después, y que eso le hizo ver que él no era agradable a Dios en lo absoluto, sino que estaba bajo condenación. En un lenguaje gráfico, dice: *¡Me di cuenta de que estaba muerto! Pensé que espiritualmente estaba haciendo las cosas bien. Me sentía bien o mejor que la mayoría, pero luego fui abrumado por un sentimiento de fracaso y condenación.*

¿Qué provocó este cambio en la conciencia? “Vino el mandamiento” (v 9). Es obvio que la ley de Dios había “venido” al mundo siglos atrás, así que Pablo no podría estar hablando acerca del mandamiento “viniendo” al mundo de alguna manera, sino que debe significar que *el mandamiento vino a mí*. Aunque Pablo ya tenía una conciencia, ahora las demandas de la ley moral lo golpearon fuertemente. Quedó bajo lo que muchas veces se conoce como

convicción de pecado.

Recuerda, esto no se refiere a que Pablo nunca antes se había dado cuenta de que pecaba, ni que no conocía el mandamiento. Más bien, finalmente se dio cuenta de que estaba “muerto”, condenado, perdido debido a su completo fracaso e inhabilidad de guardar la ley de Dios. Había sido un orgulloso fariseo, seguro de su reputación ante Dios (Hch 26:4-5; Fil 3:4b-6) hasta que leyó la ley y se dio cuenta que era un pecador en serios problemas. “Morir” en este sentido quiere decir que entiendes que eres un fracaso moral, que estás perdido y que no te puedes salvar a ti mismo.

Interno, no externo

Romanos 7:8 sugiere que el mandamiento que “mató” a Pablo fue: “No codicies”. Esto no nos debe sorprender, ya que Pablo había sido un fariseo y los fariseos pensaban en el pecado solo en términos de acciones externas. Ellos pensaban que siempre y cuando no llevaras a cabo un acto malvado, no eras culpable de pecado. Esto hacía mucho más fácil que te consideraras una persona obediente y respetuosa de la ley.

Pero Jesús mostró que los diez mandamientos se refieren no solo al comportamiento, sino a las actitudes y los motivos internos. El Señor dijo, de hecho: *Ustedes han oído que se dijo a sus antepasados: “No mates”, ¡pero eso significa que no debemos enojarnos con los demás, ni insultar ni maldecir a nuestro prójimo tampoco!* (ver Mt 5:21-22).

Sin embargo, cuando lees los diez mandamientos tal como están escritos (Éx 20:1-17), fácilmente los puedes considerar solo en términos de lo externo y de la conducta evidente. Así que fácilmente puedes contarlos con los dedos y sentir que “tienes vida”

espiritualmente. Podías decir: *No he adorado a ningún ídolo, no he desobedecido a mis padres, no he matado, no he mentado, no he robado, no he cometido adulterio. ¡Ando bien!* Dicho de otro modo, puedes interpretar la ley de una manera superficial, viéndola solo como reglas de comportamiento que no son difíciles de guardar.

Pero en realidad solo puedes leer los mandamientos así hasta que llegas al décimo. El último mandamiento es el que no se puede reducir a algo externo. “No codicies” tiene todo que ver con las actitudes internas y los problemas de corazón. “Codiciar” es estar descontento con lo que Dios te ha dado. “Codiciar” incluye la envidia, la autocompasión, la queja y la murmuración. Codiciar no es solo “querer”, es un anhelo idólatra por más belleza, riqueza, aprobación y popularidad de la que tienes. No está mal querer tales cosas, pero si te amargas y te abates cuando no las consigues es porque tu deseo por ellas se ha convertido en una codicia idólatra.

Pablo nunca había entendido el pecado como un asunto de anhelos internos e impulsos y deseos idólatras. Nunca había visto el pecado esencialmente como “codiciar” contra Dios, o como no amar a Dios lo

suficiente como para estar satisfecho. Pensaba en el pecado solo en términos de quebrantar las reglas. Así que ¿qué sucedió cuando leyó y verdaderamente entendió el décimo mandamiento? Se dio cuenta de que estos mandamientos, dados para mostrarle al pueblo de Dios cómo vivir en Su mundo, en realidad le “llevó a la muerte” (Ro **7:10**). ¿Por qué? Porque el pecado, usando el mandamiento, “me engañó” (v **11**) avivando “toda clase de codicia” (v **8**), y entonces quebrantó el mandamiento. El pecado lo “mató” (v **11**). La falla no estaba en la ley; todo lo contrario (v **12**): la falla estaba en Pablo el pecador. Externamente podía ser muy bueno; internamente no podía ser otra cosa que un pecador.

Preguntas para reflexionar

1. Piensa en tu propia trayectoria a la fe en Cristo. ¿De qué manera ves las verdades de estos versículos en tu propia vida?
2. ¿Cómo y por qué es útil recordar que los mandamientos se tratan de actitudes internas antes de tratarse de conductas

externas?

3. ¿Hay maneras en las que eres tentado a tener un punto de vista farisaico de la ley de Dios y de la vida cristiana?

PARTE DOS

Todo esto lleva a Pablo a plantear otra pregunta: “¿Lo que es bueno se convirtió en muerte para mí?” (v 13). Es decir, ¿*La ley es una asesina*? “¡De ninguna manera!”, contesta; fue el pecado el que lo mató, “valiéndose de lo bueno” (es decir, de la ley). El pecado es el asesino; la ley, que es buena, es su arma.

¿Pablo el incrédulo o Pablo el creyente?

En el resto del capítulo 7 Pablo habla de su experiencia en la lucha contra el pecado. ¿Está hablando de él mismo como incrédulo o como creyente? Esta es una pregunta difícil; hay muchos estudiosos que apoyan una u otra respuesta. Algunos creen que un creyente no podría hablar como lo hace Pablo cuando dice: “Yo soy meramente humano, y estoy vendido como esclavo al pecado” (v 14). Él también confiesa sin exagerar que peca con regularidad incluso de manera compulsiva: “No hago lo que quiero, sino lo que aborrezco” (v 15). “Aunque deseo hacer lo bueno, no soy capaz de hacerlo” (v 18). Es por eso que a través del tiempo mucha gente ha llegado a la conclusión de que Pablo está hablando de cómo él era antes de su conversión.

Quiero presentar un argumento a favor de que Pablo esté hablando de su experiencia actual, de su vida como cristiano. Esta es la evidencia que les expongo:

- ☛ Hay un cambio en los tiempos verbales. Los verbos de los

versículos del 7 al 13 están en tiempo pasado, pero del **versículo 14** en adelante todos los tiempos verbales están en presente. Una lectura natural nos diría que Pablo está hablando de su “ahora”.

☉ Hay un cambio en la situación. Los versículos del 7 al 13 hablan acerca del pecado “que lo mató”. Él está muerto. Pero del versículo 14 en adelante Pablo describe una continua lucha que sigue vigente con el pecado en la cual él lucha y se niega a rendirse.

☉ Pablo se deleita en la ley de Dios: “Me deleito en la ley de Dios” (**v 22**), a pesar de que, no obstante, el pecado está obrando dentro de él. Los incrédulos no se pueden deleitar en la ley de Dios en lo más íntimo y secreto de sus corazones: “La mentalidad pecaminosa es enemiga de Dios, pues no se somete a la ley de Dios, ni es capaz de hacerlo” (8:7). Esto niega categóricamente que cualquier incrédulo se pueda deleitar en la ley de Dios, así que es un fuerte argumento de que estas palabras en **7:22** no pueden referirse a las palabras

de un incrédulo.

☼ Pablo admite que es un pecador perdido: “Yo sé que en mí, es decir, en mi naturaleza pecaminosa, nada bueno habita” (v 18).

Los incrédulos no son conscientes de que están perdidos y de que son tan pecadores que no se pueden salvar a sí mismos.

De hecho, incluso los creyentes inmaduros tienden a tener un exceso de confianza, porque ignoran la profundidad de la depravación de sus propios corazones.

Así que la evidencia en el texto apunta a que la persona que está hablando es el “Pablo actual” (un creyente maduro), aunque esta es una cuestión en la que mucha gente sabia y piadosa ha mostrado su respetuoso desacuerdo.

Ley, ley y ley

Entonces si Pablo está hablando acerca de la experiencia de vivir como un seguidor de Jesús, ¿qué nos enseña aquí? Su significado se aclara más si nos damos cuenta de que Pablo usa la palabra “ley” en tres formas distintas en estos versículos:

1. A veces “ley” quiere decir la ley de Dios (como en los **versículos 14, 16, 22 y 25**).
2. En el **versículo 21** Pablo usa la palabra “ley” para dar a entender un principio: “Descubro esta ley”. Pablo quiere decir: *Hallo que este es un principio general: entre más trato de hacer el bien, más viene el mal a mí.*
3. En los **versículos 23 y 25** Pablo usa la palabra “ley” para referirse a una fuerza o poder: “Pero me doy cuenta de que en los miembros de mi cuerpo hay otra ley [...] la ley del pecado”. En otras palabras: *En lo íntimo y secreto de mi corazón, en lo íntimo de mi ser (v 22) y de mi mente (v 23), me deleito en la ley de Dios. La ley de Dios es ahora el poder principal en mi*

corazón y en mi mente. Pero hay otro poder dentro de mí: el poder del pecado. No es la influencia gobernante de mi corazón, pero aún está dentro de mí y hace la guerra contra mis más profundos deseos por la santidad.

El verdadero yo

Pablo habla largo y tendido de su lucha interna (que toda persona convertida experimenta) en los **versículos del 14 al 17**, y después recapitula esto en los **versículos del 18 al 20** antes de resumirlo en los **versículos 22 y 23**.

Por un lado, ahora nos identificamos con la ley de Dios. Un cristiano puede ahora ver la ley de Dios como “espiritual” (**v 14**); puede desear guardarla (**v 15, 18**); puede estar “de acuerdo en que la ley es buena” (**v 16**). Nada de esto era posible antes de que fuéramos cristianos. Además, Pablo dice que es en “lo íntimo de mi ser” que él se deleita en la ley. Esto es como decir “en lo íntimo y secreto de mi corazón” o “en mi verdadero yo”. (Algunas traducciones, como La Biblia de Las Américas y la Reina Valera Contemporánea, lo traducen “el hombre interior”). Pablo está reconociendo aquí que todos somos conscientes de estos deseos contradictorios. Tenemos, en cierto sentido, múltiples “yos”. A veces queremos ser esto; a veces queremos ser aquello. Moralmente la mayoría de la gente también se siente “dividida” entre

diversos “yos”. Freud fue tan lejos hasta hablar de un “deseo sexual” interior (lleno de impulsos primarios) y un “superego” (una conciencia llena de estándares sociales y familiares). La gran pregunta a la que todos nos enfrentamos es: *Tengo deseos contrarios; tengo múltiples “yos”*. ¿Cuál es mi verdadero yo? ¿Qué es lo que más quiero?

Para un cristiano esa pregunta está contestada, aunque el conflicto no esté resuelto. La ley de Dios es nuestro deleite “más íntimo y secreto”, “la ley de mi mente” (**v 23**). Por supuesto, Pablo ve que todavía hay una fuerza poderosa de pecado y rebelión dentro de él, pero esos deseos no son el verdadero Pablo. “Ya no soy yo quien lo hace sino el pecado que habita en mí” (**v 20**). Un cristiano ha tenido una transformación en su identidad. Como lo vimos en el capítulo 6, un cristiano (el verdadero “yo”) realmente busca a Dios y ama Su ley y Su santidad. Aunque el pecado permanece en mí con mucha fuerza, ya no controla mi personalidad ni mi vida. Todavía nos puede llevar a desobedecer a Dios, pero, en el presente, la conducta pecaminosa va en contra de nuestra más profunda comprensión de nosotros mismos. Incluso en la derrota, el cristiano tiene un cambio

de conciencia: el “yo”, el *verdadero* yo, ama la ley de Dios.

Sin embargo, a pesar de que el cristiano ama la ley de Dios, todavía tiene un poderoso centro de pecado que permanece dentro de él. El pecado busca “lo que aborrezco” (v 15). El incrédulo no puede guardar la ley (v 7-13); ¡pero el creyente tampoco puede! Muchas personas se sienten perplejas al ver que Pablo parece no solo caracterizar su condición actual como una de lucha, sino casi como una de derrota: “Yo soy meramente humano, y estoy vendido como esclavo al pecado” (v 14). Pero la razón por la cual Pablo tiende a hablar así es porque está considerando su lucha desde una perspectiva en particular. Está enfatizando que por ti mismo, incluso siendo cristiano, eres incapaz de guardar la ley. Date cuenta de que usa la palabra “yo” muchas veces. Así que está diciendo: *En mí, todavía soy incapaz de vivir como debería*. Aunque existe una nueva identificación, amor y deleite en la ley de Dios, un cristiano aún es completamente incapaz de guardar la ley.

Advertencia y consuelo

Las palabras de Pablo aquí son una doble advertencia y a la vez un maravilloso consuelo para nosotros. En primer lugar, nadie avanza tanto en la vida cristiana como para ya no ver su pecado. ¡Aquí está hablando el apóstol Pablo mismo! Si alguna vez percibimos que estamos “por encima” del pecado (o que somos inmunes a él), o si alguna vez sentimos que somos unos súpercristianos, nos estamos engañando, porque entre más maduros y espiritualmente expertos seamos, más vemos el pecado en nuestros corazones. Mientras más santos lleguemos a ser, menos santos nos vamos a sentir. Esta no es una falsa humildad. Incluso cuando sabemos y vemos progreso contra muchos malos hábitos y actitudes, seremos más conscientes de las raíces de rebelión y egoísmo que todavía hay dentro de nosotros. Entre más santos somos, más lloramos por nuestra falta de santidad.

En segundo lugar, se nos advierte que nadie avanza tanto como para ya no luchar contra el pecado. Es muy importante dar por

sentado que lucharemos contra nuestra naturaleza pecaminosa. De hecho, así como una osa herida es más peligrosa que una osa saludable y feliz, nuestra naturaleza pecaminosa puede llegar a ser más fiera y activa porque el nuevo nacimiento la ha herido. John Owen, puritano del siglo diecisiete, escribió:

Como un hombre clavado en la cruz, [el cristiano] primero lucha y se esfuerza y clama con gran fuerza y poder, aunque conforme su sangre y [sus energías] se pierden, sus esfuerzos se debilitan y disminuyen en intensidad [... Así que] cuando un [cristiano] lucha contra la lujuria u otro [pecado], ese pecado lucha con gran violencia para desatarse; grita con vehemencia e impaciencia para ser liberado y complacido [...] y en el proceso de la muerte se puede retorcer con vigor y furia poderosa, pero termina al poco tiempo, especialmente si no se le dio la oportunidad de lograr su objetivo.

(La Mortificación del Pecado, p. 30)

Por otro lado, este pasaje también nos consuela en gran medida. Cuando luchamos con el pecado, es natural pensar que seguramente

somos personas terribles o malvadas o inmaduras por tener semejante lucha. Pero Romanos 7 nos alienta en el sentido de que la tentación y el conflicto con el pecado, e incluso algunas recaídas en pecado, son parte de la experiencia de ser un cristiano en crecimiento.

Los clamores de tu corazón

Esto quiere decir que el corazón cristiano clama por dos cosas a la vez, así como lo hace Pablo. En primer lugar, está el lamento desesperado del desaliento cuando consideramos nuestros propios esfuerzos y fracasos: “¡Soy un pobre miserable! ¿Quién me librará de este cuerpo mortal?” (v 24). Cuando leemos bien la ley de Dios, y cuando consideramos con toda honestidad nuestras vidas, solo podemos llegar a la conclusión de que somos “miserables”. Si no aceptamos esto, nunca comprenderemos la gloria del evangelio. Nunca valoraremos verdaderamente el evangelio de la justicia recibida por fe. Solo cuando nuestros corazones lloren de verdad por nuestra profunda miseria podremos entonces experimentar la esperanza y la liberación, y quitar la vista de nosotros y ponerla en lo que Dios ha hecho. Y esto da pie al segundo clamor del corazón del creyente: el clamor de la esperanza. ¿Quién rescatará a Pablo, y quién nos rescatará a nosotros? “¡Gracias a Dios por medio de Jesucristo nuestro Señor!” (v 25).

Por sus propios esfuerzos, Pablo sabe que fracasará. “Con [mi] mente yo mismo me someto a la ley de Dios, pero mi naturaleza pecaminosa está sujeta a la ley del pecado” (v 25). Y así en un sentido los **versículos 24 y 25** miran hacia atrás, a todo lo que se ha expuesto en esta carta de Pablo, y a la vez miran a lo que está por venir. En nosotros mismos no hay esperanza de salvación ni de obediencia alguna. Todo lo que somos y todo lo que hemos hecho merece solo juicio. Para nuestra salvación solo podemos ver al Hijo de Dios muriendo en una cruz por nosotros, como lo mostró Pablo en los capítulos del 1 al 4. Para nuestra esperanza solo podemos descansar en Su justicia, como lo hemos visto en los capítulos 5 y 6. Y para nuestra obediencia, para cualquier cambio real, tendremos que depender no de nuestros propios esfuerzos, como lo ha manifestado el capítulo 7, sino de la obra del Espíritu de Dios que transformará nuestras vidas y relaciones, como lo demostrará el resto de la carta a los Romanos.

Nosotros somos “miserables”. Dios no lo es. Él nos ha rescatado por medio de Su Hijo y, por medio de Su Espíritu, Él nos está

transformando para que podamos gozar de Él para siempre. ¡Gracias a Dios por medio de Jesucristo, nuestro Señor!

Preguntas para reflexionar

1. ¿De qué manera la realidad de la vida cristiana de Pablo te alienta en tu propia vida?
2. ¿Por qué es liberador poder ser honesto en cuanto a tu miseria y estar seguro en cuanto a tu perdón? ¿Qué pasa si olvidamos una de estas dos verdades?
3. ¿Cómo dirías que los capítulos del 1 al 7 de Romanos han cambiado tu amor por Cristo? ¿Cómo han cambiado tu anhelo por servirlo? ¿Y la percepción de ti mismo?

GLOSARIO

Abraham (también llamado Abram): el ancestro de la nación de Israel y el hombre con quien Dios hizo un convenio vinculante (un pacto). Dios prometió hacer de su familia una gran nación, darles una tierra y traer bendición a todas las naciones a través de uno de sus descendientes (ver Gén 12:1-3).

Analogía: una comparación entre dos cosas, por lo general usando una de ellas para explicar o aclarar la otra.

Arrepentimiento: literalmente, una palabra militar que significa dar “un giro de 180 grados”. Se usaba para referirse a darse la vuelta para vivir de manera opuesta a la que antes se vivía.

Ascensión: cuando Jesús dejó la tierra para regresar al cielo, para

sentarse y gobernar a la diestra de Dios Padre (ver Hch 1:6-11; Fil 2:8-11).

Autonomía: la capacidad para tomar nuestras propias decisiones sin que alguien más nos dirija; ser autónomos.

Blasfemar: cuando no se respeta a Dios o se burlan de Él.

Celo: gran pasión; compromiso inflexible con algo; entusiasmo por algo.

Circuncidado: Dios les dijo a los hombres de entre Su pueblo, en el Antiguo Testamento, que se circuncidaran como una forma de mostrar físicamente que ellos conocían y confiaban en Él y que pertenecían al pueblo de Dios (ver Gén 17). También era una manera de manifestar con acciones que reconocían que si ellos quebrantaban el pacto, merecerían ser “cortados” de Dios y no tendrían descendientes.

Cognitivo: algo que se puede entender con la mente.

Comisionado: que se le ha encomendado una responsabilidad, compromiso o trabajo específico.

Convencer: convencer de culpa, o de ser culpable de algo.

Conversión: el momento en el que alguien reconoce por primera vez a Jesús, el Hijo de Dios, como Señor, y va a Él como Salvador.

Cosmovisión: las creencias que sostenemos cuando intentamos hacer que el mundo tenga sentido tal como lo experimentamos y que dirigen la manera en la que vivimos en él. Todos tenemos una cosmovisión.

Dignatario: alguien de un rango o de una posición alta (tal como un embajador o un senador).

Doctrina: el estudio de lo que es cierto acerca de Dios; o una declaración acerca de un aspecto de esa verdad.

Evangelio: un anuncio que muchas veces se traduce como “buenas noticias”. Cuando el emperador romano enviaba por todo el imperio una proclamación para declarar una victoria o un logro, anunciaba un “evangelio”. El evangelio es una buena noticia que se debe creer, no un buen consejo que se debe seguir.

Evangelizar: decirle a la gente el evangelio de Jesucristo. Un evangelista es una persona que hace esto.

Ético: una acción que es correcta de acuerdo con un conjunto de

principios morales.

Fariseo: líderes de una secta judía del primer siglo que eran sumamente estrictos en cuanto a guardar las leyes de Dios externamente y que añadieron leyes extra en torno a la ley de Dios para asegurarse de que no la quebrantarían.

Fe: una firme confianza de todo corazón.

Fruto del Espíritu: las cualidades que el Espíritu Santo hace crecer en los cristianos: amor, gozo, paz, paciencia, benignidad, bondad, fe, mansedumbre y dominio propio (ver Gá 5:22-23).

Funcional: existente, real.

Gentiles: personas que no son judías.

Gracia: favor inmerecido. En la Biblia, “gracia” por lo general se usa para describir la manera en la que Dios trata con Su pueblo. Ya que Dios es un Dios lleno de gracia, Él les da a los creyentes vida eterna (Ef 2:4-8); Él también les da dones para que los usen para servir a Su pueblo (Ef 4:7, 11-13).

Hebreo: un judío; un miembro de Israel.

Imposiciones: mandatos u órdenes.

Imputó: el darle a alguien o el compartir con alguien una cualidad (ya sea buena o mala) para que esa cualidad sea completamente acreditada a esa persona.

Ley: los estándares de Dios que se dan en toda la Biblia; sin embargo, “ley” muchas veces se refiere a la ley que Dios le dio a Moisés para que el pueblo de Dios del Antiguo Testamento, Israel, obedeciera (incluyendo los diez mandamientos; ver Éx 20:1-17).

Liberales: cristianos profesantes que no consideran que la Escritura sea inerrante (sin error).

Libertad condicional: un periodo de prueba u observación de las cualidades de alguien, en donde un desempeño satisfactorio conducirá a alguna forma de recompensa.

Licencioso / Licencia: vivir según los sentimientos y no según los principios, sobre todo con respecto al sexo.

Liturgia: una forma de adoración pública; el orden y el lenguaje del servicio de una iglesia.

Metáfora: una imagen que se usa para explicar algo pero que no se debe tomar literalmente (por ejemplo: “La noticia fue como una daga

en su corazón”).

Místico: no físico, espiritual.

Moisés: el líder del pueblo de Dios en el momento en que Dios los sacó de la esclavitud en Egipto. Dios comunicó Su ley (incluyendo los diez mandamientos) por medio de Moisés; y bajo el liderazgo de Moisés, Dios los guio hacia la tierra que Él les había prometido dar.

Non-sequiturs: del latín; literalmente significa “no sigue”. Argumento en donde su conclusión no se deriva de sus premisas. Argumento no conectado de manera lógica ni clara a nada de lo que se ha dicho anteriormente (por ejemplo: Mientras el abogado nos preguntaba sobre los detalles del testamento, Laura empezó a hablar de astronomía. Fue un verdadero *non-sequiturs*).

Objetivo: una verdad que se basa en hechos, no en los sentimientos.
(Por ejemplo: Estoy casado con esta mujer).

Obras: cosas que hacemos o logramos.

Omnipotencia: la verdad de que Dios es completamente todopoderoso.

Ortodoxia: estándar, enseñanza cristiana aceptada.

Pacto: un convenio vinculante entre dos partes.

Paganos: personas que no conocen y no adoran al Dios verdadero.

Perverso: algo (un deseo o una acción) completamente equivocado.

Profesante: alguien que afirma ser algo. Un cristiano profesante es cualquiera que diga que es cristiano.

Puritano: miembro de un movimiento de los siglos dieciséis y diecisiete en Gran Bretaña que estaba comprometido con la Biblia como la palabra de Dios, que tenía servicios de adoración más sencillos, un mayor compromiso y devoción para seguir a Cristo, y que cada vez más se oponía a las estructuras jerárquicas e institucionales de la iglesia. Muchos emigraron a lo que llegaría ser los Estados Unidos y fueron una fuerte influencia para la iglesia en la mayoría de las primeras colonias.

Reformador: una de las dos primeras generaciones de personas en los siglos quince y principios del dieciséis que predicaron el evangelio de la justificación por fe y se opusieron al Papa y a la iglesia romana.

Reino de Dios: la vida bajo el gobierno perfecto de Jesucristo. Entramos al reino de Dios cuando nos volvemos a Su Hijo, Jesús, en

arrepentimiento y fe; disfrutaremos el reino por completo cuando Jesús regrese a este mundo y establezca Su reino sobre toda la tierra.

Sermón del Monte: el término que se usa para describir el sermón que Jesús le dio a una gran multitud en la ladera de una montaña y que Mateo relata en Mateo capítulos del 5 al 7.

Soberano: de la realeza, todopoderoso.

Subjetivo: algo que se basa en sentimientos y opiniones. Por ejemplo: “Ella es la mujer más hermosa del mundo” es una opinión subjetiva.

APÉNDICE: Un resumen de Romanos 1-7

1:1-7: El trabajo de la vida de Pablo: el evangelio

v 1 El evangelio es de lo que se trata toda la vida de Pablo.

v 2 El evangelio es de lo que se trata toda la Biblia (Antiguo Testamento).

v 3-4 El evangelio trata de Jesús, el Dios Hombre.

v 5-6 El evangelio conduce a la obediencia a través de la fe.

v 7 ¡Saludos!

1:8-15 La meta de Pablo: predicar el evangelio en Roma

v 8-10 Pablo quiere ir a Roma.

v 11-15 Aunque los de la iglesia que estaba en Roma son cristianos, Pablo espera bendecirlos predicándoles el evangelio a ellos también.

1:16-17 La tesis de Pablo: el evangelio en pocas palabras

Las características del evangelio

- v 16a El evangelio destruye la vergüenza (su efecto).
- v 16b El evangelio es una fuerza viviente (su poder).
- v 16c El evangelio puede salvar a cualquiera (su alcance).
- v 16c El evangelio salva solo a los que creen (su condición).
- v 16d El evangelio vino primero a los judíos y después a los gentiles (su historia).

El contenido del evangelio

- v 17a Dios revela el historial de Su justicia perfecta y nos lo proporciona a nosotros.
- v 17b La justicia de Dios se recibe por fe de manera permanente y exclusiva.
- v 17c Recibir los efectos de esta justicia es una nueva forma de vida.

1:18 La ira de Dios: revelada y merecida

- v 18a Revelada: sabemos de la presencia de la ira de Dios en el

mundo hoy en día.

v 18b Merecida: conocemos la verdad pero la obstruimos para vivir como queremos.

1:19-25 La ira de Dios merecida: estamos “sin excusa”

Dios revela Su gloria

v 19 La existencia de Dios se da a conocer con toda claridad.

v 20 La naturaleza de Dios (poder y divinidad) se revela en el orden creado.

La humanidad rechaza la verdadera adoración y la gloria

v 21a Hay rechazo a glorificar al Creador o a darle gracias.

v 21b Los procesos de razonamiento correctos y las emociones ordenadas y centradas se pierden.

La humanidad construye una falsificación de la adoración y la gloria

v 22-23 Todas las religiones y las ideologías falsas adoran a algo creado.

v 24 La adoración falsa conduce a la esclavitud y a la adicción (“los

entregó”).

v 25a La adoración falsa se fundamenta en creer un conjunto de mentiras en particular.

v 25b Resumen: Si no vamos a adorar al Creador, vamos a adorar algo creado.

1:26-32 La ira de Dios revelada: “recibiendo en sí mismos la retribución debida”

v 26a El principio de la ira de Dios: Él nos abandona a nuestra falsa adoración.

v 26b-27 Los efectos de la ira de Dios en los deseos.

v 28-32 Los efectos de la ira de Dios en la mente y la voluntad.

2:1-3 Somos juzgados según con nuestro conocimiento (Parte 1)

v 1 Juzgar a alguien acarrea una doble condenación (la del juez y la tuya). ¿Por qué?

v 2 El juicio de Dios es totalmente justo.

v 3 Seremos juzgados por los mismos estándares que ponemos sobre los demás; así que la gente moral y religiosa se está juzgando a sí misma.

2:4-5 Somos juzgados según la paciencia de Dios

v 4 Dios nunca nos da lo que merecemos, pero trata de guiarnos al arrepentimiento por medio de la forma en que nos bendice.

v 5 Pero la paciencia de Dios llevará a un mayor juicio al final, si lo rechazamos a Él.

2:6-8 Somos juzgados según nuestras obras

v 6 El principio.

v 7 La vida eterna llega a los que están buscando la gloria.

v 8 La ira llega a los que se están buscando a sí mismos.

2:9-11 No somos juzgados según nuestra raza

v 9 Hay problemas para los que buscan el mal, sin importar su trasfondo.

v 10 Hay honor para los que buscan la gloria, sin importar su trasfondo.

v 11 Dios es un juez imparcial.

2:12-16 Somos juzgados según nuestro conocimiento (Parte 2)

v 12-13 Somos juzgados por la ley de Dios solo si la tenemos.

v 14-15 Los que están sin ley son juzgados por lo que conocen intuitivamente de la ley en sus conciencias.

v 16 Jesús será el juez.

2:17-29 El fracaso de la religión y del moralismo

La confianza de los moralistas

v 17a Ellos tienen la ley de Dios.

v 17b Ellos tienen una relación con Dios.

v 18 Ellos aprenden y aprueban Su voluntad.

v 19-20 Ellos instruyen a otros en la ley y la enseñan.

El fracaso de los moralistas

v 21 Ellos roban.

v 22a Ellos cometen adulterio.

v 22b Ellos tienen ídolos.

v 23 Por lo tanto, ellos son hipócritas.

v 24 Resumen: el moralismo no puede cumplir (y por lo tanto blasfema) la misma ley que honra.

El fracaso de la religión

v 25 La observancia externa sin la realidad interna está vacía

v 26 Lo interno es lo que cuenta.

v 27-29 Resumen: la religión no puede cambiar el corazón; un corazón cambiado es la verdadera espiritualidad.

3:1-8 Respuestas a las objeciones

v 1 P: Pablo, ¿estás diciendo que de nada sirve la religión bíblica?

v 2 R: No, no estoy diciendo eso. Tiene un gran valor tener y conocer la palabra (“oráculos”) de Dios.

v 3a P: Pero entonces ¿no ha fallado la palabra porque muchos judíos no han creído el evangelio?

v 3b-4 R: No; a pesar de su fracaso por creer, las promesas de Dios

para salvar avanzan. ¡Nuestra falta de fe solo revela cuán verdadero es Él!

v 5 P: Pero si Él es fiel en respuesta a nuestra falta de fe, ¿cómo puede juzgar a alguien?

v 6-7 R: Él juzgará la incredulidad. Eso es ser fiel en respuesta a nuestra falta de fe.

v 8 Cualquiera que diga (yo no lo digo): *Pequemos para que Dios nos ame*, es digno de ese juicio.

3:9-10 Todos están “bajo el pecado”

El pecado y nosotros mismos

v 11 Nadie quiere a Dios; todos pecan en mente y corazón.

v 12 Nadie obedece a Dios; todos pecan en la voluntad.

3:11-18 Todos están bajo el poder del pecado

El pecado y nuestros prójimos

v 13 El pecado y las palabras: no hay verdad.

v 14 El pecado y las palabras: no hay amor.

v 15-17 El pecado y las obras: peleamos.

El pecado y nuestro Dios

v 18 Nadie teme a Dios.

3:19-20 Todos están bajo la culpa del pecado

v 19 Hay una responsabilidad universal.

v 20a Hay una condenación universal.

v 20b La ley no nos puede salvar; solo nos muestra nuestra
condenación.

3:21-24 Cómo se recibe la justicia revelada de Dios

v 21 No se basa en guardar la ley.

v 22 Se recibe por medio de la fe en Jesucristo.

v 22b-23 Toda persona la necesita y está disponible para toda
persona.

v 24 Es gratuita para nosotros pero costosa para Cristo.

3:25-31 Cómo se otorga la justicia revelada de Dios

v 25 Se basa en la muerte de Cristo.

v 26 Satisface tanto la justicia de Dios como Su amor.

v 27-28 Le da toda la gloria a Dios.

v 29-30 Muestra que Dios es el Dios de todo el mundo.

v 31 Satisface la ley de Dios.

4:1-8 Por qué Abraham fue salvo

A Abraham se le “atribuye” la justicia, de tal manera que la salvación es un regalo que no se gana

v 1 Abraham había “descubierto” la justificación por gracia hacía mucho tiempo.

v 2 Si él hubiera sido salvado por obras, hubiera podido jactarse ante Dios, pero eso es algo imposible...

v 3 ... como dice la Escritura: la fe “se le tomó en cuenta como justicia”.

v 4 Un salario es una obligación; un regalo no lo es. Cada beneficio es lo uno o lo otro.

v 5 Así que la salvación llega solo a los que dejan de intentar

trabajar por ella y que en cambio la reciben como un regalo.

v 6 David también habla de esta justicia acreditada.

v 7-8 Un creyente es aquel cuyos pecados no se le toman en cuenta contra él.

4:9-17 Cuándo fue salvo Abraham

*La justicia de Abraham vino antes de la circuncisión y de la ley;
así que la salvación es para todos, no para algunos*

v 9 ¿Esta justicia se atribuye solo para los judíos?

v 10 A Abraham, la fe se le tomó en cuenta como justicia antes de que fuera circuncidado.

v 11 Por lo tanto, a los no judíos que confían en las mismas promesas se les atribuye la justicia...

v 12 ... y también a los judíos que confían en las promesas de Dios.

v 13 La fe de Abraham se le tomó en cuenta como justicia antes de que se diera la ley.

v 14 Vivir por la ley significa no poder recibir lo que se ha prometido; solo se consigue la desaprobación de Dios...

v 15 ... porque la ley solo nos puede mostrar que no cumplimos con sus demandas

v 16 Así que la salvación viene por gracia a los que creen en la promesa, ya sean judíos o gentiles...

v 17 ... como lo dice la Escritura: él [Abraham] es padre, no de una, sino de muchas naciones.

4:18-25 Cómo fue salvo Abraham

La fe de Abraham es para nosotros un caso de estudio práctico; a través de esta fe podemos llegar a ser “hijos” de Abraham

v 18 El objeto de la fe: la promesa de los descendientes.

v 19 El realismo de la fe: él no negó los obstáculos.

v 20-21 El enfoque de la fe: la gloria y el poder que promete.

v 22 El resultado de la fe: la justicia acreditada.

v 23-24 La Escritura hace de su fe un ejemplo para nosotros.

v 25 El objeto de nuestra fe: Jesús (el descendiente de Abraham) que murió y resucitó para nuestra salvación.

5:1-8 Los beneficios de la justificación que ahora tenemos

Su descripción

v 1 Paz con Dios.

v 2a Acceso a la gracia en la cual estamos firmes.

v 2b Esperanza de gloria.

v 3a Gozo en el sufrimiento.

Su crecimiento: por medio del sufrimiento

v 3b El sufrimiento hace que la persona justificada tenga un carácter probado que persevera.

v 4a La perseverancia con determinación produce confianza.

Su crecimiento: por medio de experimentar el amor de Dios

v 4b Todo esto conduce al crecimiento en nuestra esperanza...

v 5 ... que profundiza por experimentar el amor de Dios por medio del Espíritu.

Su origen

v 6 Cristo murió cuando éramos incapaces de salvarnos.

v 7 La persona más amorosa no moriría por una persona malvada, pero...

v 8 ...eso es exactamente lo que Cristo hizo.

5:9-11 Los beneficios de la justificación que recibiremos después

v 9 Si Cristo murió por nosotros, Él nos puede “mantener salvos”
incluso en el día del juicio.

v 10a Porque si Él murió por nosotros cuando éramos Sus
enemigos, ¿hará menos por nosotros ahora que somos Sus
amigos?

v 10b Y si Él nos salvó al morir, con toda seguridad nos mantendrá
seguros ahora que está vivo.

v 11 Así que ahora nos gozamos a la luz del futuro.

5:12-14b La carrera del primer Adán

Nosotros pecamos en Adán

v 12a La muerte solo llega a los que son pecadores.

v 12b Así que todos morimos porque todos pecamos cuando Adán
pecó.

Nosotros pecamos sin Adán

v 13a El pecado existió desde Adán hasta Moisés antes de que la ley formal / los diez mandamientos se dieran.

v 13b La gente que no tiene la ley no es tan culpable de pecado como la que tiene la ley...

v 14a ...pero la gente murió exactamente igual antes de Moisés...

v 14b ...por lo tanto, la gente muere por la culpa del pecado de Adán.

5:14c-21 La carrera del segundo Adán

De qué manera Adán y Cristo son diferentes

v 14c La acción de Adán es un “tipo” de la acción de Cristo. Adán es “figura” de Cristo.

v 15 La salvación traída por un hombre es mucho más que el pecado traído por un hombre.

v 16 Cristo no solo cubre la culpa del pecado de Adán, sino también todos los demás pecados.

v 17 La justicia inflige lo que se merece, pero la gracia sobreabunda

más allá de lo merecido.

De qué manera Adán y Cristo son lo mismo

v 18 Así como el pecado de Adán nos trajo la culpa, así la obediencia de Cristo nos trae la justicia.

v 19 Más específicamente: Un único acto de Adán nos hizo legalmente pecadores (antes de que actuáramos), y así un único acto de Cristo nos hace legalmente justos (antes de que actuemos).

v 20 Cuando la ley formal llegó con Moisés, el pecado se hizo más visible y empeoró, pero...

v 21 ...cuando Cristo vino, la gracia llegó para reinar con victoria, resultando en vida eterna.

6:1 La primera de cuatro preguntas

v 1 ¿El mensaje de salvación solo por gracia te hace seguir igual desde el punto de vista moral?

6:2-10 Respuesta parte uno: No; el evangelio te da a conocer tu

nuevo estatus con respecto al pecado

v 2 Morimos al pecado cuando llegamos a ser cristianos.

v 3-5 “Sabemos” que cuando fuimos bautizados con Cristo, morimos con Él para así tener una nueva vida.

v 6-7 “Sabemos” que nuestro viejo hombre fue crucificado para que la influencia del pecado en nosotros fuera nulificada.

v 8-10 “Sabemos” que el poder de la resurrección de Cristo también triunfará en nosotros.

6:11-14 Respuesta parte dos: No; el evangelio también te da poder sobre el pecado

v 11 Aunque sabes que has muerto al pecado, también debes considerarte como muerto al pecado.

v 12-13 Unido con Cristo, tienes la opción de obedecer al pecado o de obedecer a Dios; así que obedece a Dios.

v 14 Puesto que ya no estás más bajo la ley, el poder del pecado sobre ti ha sido y será destruido.

6:15 La segunda de cuatro preguntas: ¿El evangelio (el mensaje de que ya no estás “bajo la ley”) te hace libre para vivir de cualquier manera?

6:16-23 Respuesta parte uno: ¡No! Puedes ser o un esclavo al pecado o un siervo de Dios; pero nadie es libre

v 16 ¡Cada persona es esclava de algo o de alguien!

v 17-23 Solo existen dos clases de servicio vinculante: sirves al pecado o sirves a Dios.

v 17-18 Los orígenes de cada uno: nacido en esclavitud al pecado, traído a la esclavitud a Dios por la conversión.

v 19 Cómo ayuda cada una: la esclavitud al pecado resulta en una maldad cada vez más profunda; la esclavitud a Dios conduce a la santidad.

v 20-23 Los resultados de cada una: muerte (incluyendo una vida “averiada” o desolada) o vida eterna

7:1-6 Respuesta parte dos: ¡No! Puedes estar o casado con la

ley o casado con Cristo; pero nadie es libre

v 1-3 Ilustración: las esposas están ligadas en matrimonio a sus maridos hasta que la muerte las libera.

v 4-6 Aplicación: ¡Estamos casados con Cristo! Así que ahora estamos (como todas las personas casadas) ligados con los lazos del amor, no del temor.

v 4 Cómo comienza cada una: nacido en matrimonio con la ley; traído al matrimonio con Cristo por Su muerte.

v 5-6 Los resultados de cada una: controlado por la naturaleza pecaminosa, que conduce a la muerte; sirviendo con el nuevo poder del Espíritu.

7:7a La tercera de cuatro preguntas: ¿Es la ley algo malo (ya que la esclavitud a la ley causó el mal)?

7:7b-12 Respuesta: No; fue el pecado en mí lo que hizo que la ley no fuera efectiva

v 7b La ley expone el pecado por lo que el pecado es.

v 8 El pecado es “despertado” por su exposición a la ley.

v 9 La ley convence de pecado.

v 10-11 Así que la ley trae tanto el empeoramiento del pecado como la convicción abrumadora de la culpa.

v 12 Resumen: la ley es buena pero yo soy pecaminoso.

7.13a La cuarta de cuatro preguntas: ¿La ley es una asesina?

7:13b Respuesta: No; el pecado es el asesino

7:14-25 Nuestra experiencia del pecado remanente (los versículos del 18 al 20 recapitulan los versículos del 14 al 17)

v 14/18 Nuestra debilidad: tenemos una naturaleza pecadora remanente, propensa al mal.

v 15/19 Nuestro conflicto interno: el pecado nos lleva a hacer cosas que odiamos.

v 17/20 Nuestra identidad: entonces, en un sentido, cuando

pecamos, es el pecado en nosotros el que lo hace y no nuestro yo verdadero.

v 21 Nuestro dilema: entre más buscamos hacer el bien y ser buenos, más maldad dentro de nosotros nos presiona.

v 22-23 Las dos fuerzas del corazón cristiano:

El amor por la ley de Dios en mi yo verdadero (“la ley de mi mente”).

El pecado que odia la ley de Dios (“la ley en mis miembros”).

V 24-25 Los dos clamores del corazón cristiano:

Desaliento: ¿quién me librará?

Esperanza: ¡Cristo me ha rescatado y Él me librará!

APÉNDICE: Indentificando los ídolos del corazón

Lo que es la idolatría

En la carta a los Romanos Pablo expone una anatomía extensa del pecado. Nos muestra que el pecado va mucho más allá que el mero incumplimiento de las leyes de buena conducta; comienza al nivel de nuestras motivaciones. Tal y como lo seguirá explicando en Romanos 8, es por eso que al pecado no se le puede oponer resistencia por nuestra fuerza de voluntad, sino solo por medio del Espíritu Santo que aplica la verdad del evangelio a nivel motivacional.

En los capítulos del 1 al 7 Pablo nos muestra lo que el pecado realmente es y de qué manera opera bajo la superficie de nuestras vidas. Este apéndice “recopila” su enseñanza sobre este tema y lo combina con material bíblico adicional, con el fin de exponer el tema completo.

Hasta aquí Pablo ha dicho lo siguiente:

1. Nuestro problema de raíz es nuestra falta de voluntad para glorificar a Dios, para darle a Él la centralidad que se le debe.
“A pesar de haber conocido a Dios, no lo glorificaron como a

Dios ni le dieron gracias” (1:21).

2. Por lo tanto, optamos por hacer que las cosas creadas fueran nuestros “dioses”. Con el fin de negarle a Dios el control de nuestras vidas, cada uno de nosotros escoge una (o varias) cosa creada por la cual vivir y a la cual adorar. Adoramos “a los seres creados antes que al Creador” (1:25). Debemos adorar a algo.
3. En consecuencia, cada vida está distorsionada por una mentira. En el cimiento de todas nuestras decisiones, de nuestra estructura emocional y de nuestra personalidad hay un sistema falso de creencias que se centra en un ídolo, la creencia de que algo aparte de Dios nos puede dar la vida y el gozo que solo Dios nos puede proveer. Hemos cambiado “la verdad de Dios por la mentira” (1:25). Buscamos algo aparte de Jesús para que sea nuestro “salvador”, nuestra “justicia”, lo que nos hace buenos y aceptables.
4. Pero cada vida es un tipo de servidumbre. Nadie es en realidad “libre”, porque debemos servir a aquello por lo que hayamos

decidido vivir; así que las personas viven “adorando y sirviendo a los seres creados” (1:25). Ya que cada ser humano debe tener un “bien” supremo por el cual todas las demás decisiones se toman y por el cual los valores se juzgan, todos nosotros “nos entregamos” a algo (6:16). Por lo tanto, cada ser humano ha hecho un “pacto de servicio” (o “pacto de servidumbre”) a un “señor” que logra hacer su voluntad por medio de nuestros cuerpos (6:16-19).

5. Aun después de la conversión, nuestros antiguos y falsos salvadores / señores y sus consecuentes falsos sistemas de creencias distorsionan nuestras vidas a menos que el poder del Espíritu Santo renueve continuamente nuestras mentes y corazones (7:14-25).
6. La clave para la libertad es la aplicación del evangelio de la gracia. “Así el pecado no tendrá dominio sobre ustedes, porque ya no están bajo la ley sino bajo la gracia” (6:14).

A continuación presento otra manera de resumir la enseñanza de la Biblia sobre la idolatría, esta vez usando Génesis 3 (un pasaje que

Pablo tiene grabado en su mente mientras escribe Romanos 1:18-31 y 5:12-21). Podemos desarrollar este tema en seis pasos:

1. *Orgullo*. Pecar es tratar de ser Dios, autoexistente y soberano, sobre uno mismo. El pecado es el deseo de crear una vida segura e independiente aparte de Dios. Es una falta de voluntad para confiar en Dios y para admitir que somos criaturas dependientes de Él. Así que la serpiente le promete a Eva: “Llegarán a ser como Dios” (Gn 3:5).
2. *Temor*. El pecado del orgullo conduce a una penetrante toma de conciencia de nuestra debilidad y de nuestra culpa. Así que existe un impulso por conseguir el control y nuestra valía mientras nos escondemos de Dios, de nosotros mismos y de los demás. “Tuve miedo... Por eso me escondí” (3:10).
3. *La mentira*. El pecado de la ansiedad nos impulsa a construir un sistema de creencias basado en un ídolo en quien buscamos el poder y la valía como personas independientes de Dios. Confiamos que estos ídolos nos darán estas cosas. El sistema de ídolos distorsiona la manera en la que nos

percibimos a nosotros mismos, al éxito y al fracaso, a Dios, al mundo y a los demás. “¡No es cierto, no van a morir! [...] Dios sabe muy bien que, cuando coman de ese árbol, se les abrirán los ojos” (3:4-5).

4. *Autojustificación.* Vivir esta vida de mentira nos conduce a complacer a este ídolo (o ídolos). Las decisiones y la conducta tienen como intención obtener las bendiciones de ese ídolo y evitar sus maldiciones. Todos los sistemas de ídolos son en esencia una forma de “justicia por obras”, cada uno con su propio conjunto de estándares y leyes. Se “entretajieron hojas de higuera” (3:7).
5. *Sobredeseos.* Y puesto que les damos a los ídolos el poder para justificarnos, *tenemos* que tenerlos; esto crea deseos profundos incontrolables que nos dominan. Nuestros ídolos nos controlan cuando atrapan nuestra imaginación con imágenes vívidas y placenteras de situaciones que creemos que nos darán satisfacción y felicidad. “Desearás a tu marido, y él te dominará” (3:16).

6. *Misérias diversas.* Dependiendo de cuáles sean nuestras circunstancias y de cómo sean nuestros esfuerzos por justificarnos a nosotros mismos, nuestro dolor será distinto. Si alguien o algo nos impide conseguir lo que queremos, nos airamos y culpamos a ese algo o alguien. Si una situación amenaza a nuestros ídolos, hay ansiedad y un miedo profundo. Si le fallamos a nuestro ídolo de forma significativa, sentimos culpa o desesperación y desprecio por nosotros mismos. Si complacemos a nuestro ídolo con nuestros mayores esfuerzos, aun así experimentamos vacío y apatía.

Identificando a nuestros ídolos

He aquí una lista (no exhaustiva) de las mentiras que gobiernan nuestras vidas, basadas en lo que los ídolos nos prometen:

La vida solo tiene significado (o yo solo valgo) si...

1. ... tengo poder e influencia sobre los demás. *Idolatría del poder*
2. ... soy amado y respetado por _____. *Idolatría de la aprobación*
3. ... vivo esta clase de placer o esta calidad de vida en particular. *Idolatría de la comodidad*
4. ... tengo un tipo particular de aspecto o de imagen corporal. *Idolatría de la imagen*
5. ... soy capaz de tener el dominio sobre mi vida en el área de _____. *Idolatría del control*
6. ... la gente depende de mí y me necesita. *Idolatría de la ayuda*
7. ... alguien está ahí para protegerme y mantenerme a salvo. *Idolatría de la dependencia*
8. ... soy completamente libre de cualquier obligación o

responsabilidad de cuidar de alguien. *Idolatría de la independencia*

9. ... soy muy productivo y logro llevar a cabo muchos proyectos.

Idolatría del trabajo

10. ... estoy siendo reconocido por mis logros y/o sobresalgo en mi profesión. *Idolatría del logro*

11. ... tengo un cierto nivel de riqueza, libertad económica y posesiones finas. *Idolatría del materialismo*

12. ... sigo y cumplo los códigos morales de mi religión y soy competente en sus actividades. *Idolatría de la religión*

13. ... esta persona está en mi vida y está feliz de estar allí y/o está feliz de estar conmigo. *Idolatría de una persona en particular*

14. ... creo que soy totalmente independiente de la religión sistemática y tengo una moralidad hecha a mi medida. *Idolatría de la irreligión*

15. ... mi raza y mi cultura tienen predominio y/o son reconocidas en algún sentido como superiores. *Idolatría racial o cultural*

16. ... un grupo social o profesional en particular, u otro grupo, me deja entrar. *Idolatría de pertenecer*
17. ... mis hijos y/o mis padres son felices y están felices conmigo. *Idolatría de la familia*
18. ... el joven ideal o la señorita perfecta está enamorada o enamorado de mí. *Idolatría de la relación*
19. ... estoy sufriendo o estoy en un problema. Solo entonces me siento noble, digno de amor o capaz de lidiar con la culpa. *Idolatría del sufrimiento*
20. ... mi causa o mi partido político o social está progresando y ascendiendo en influencia y poder. *Idolatría de la ideología*

Cuando estemos viviendo emociones negativas tenemos que encontrar las posibles fuentes idólatras. Por ejemplo:

- ☸ Si estás enojado, pregúntate: *¿Hay algo demasiado importante para mí? ¿Hay algo que me estoy diciendo a mí mismo que debo tener? ¿Es por eso que estoy enojado, porque me están impidiendo tener algo que creo que es una prioridad*

cuando realmente no lo es?

☼ Si tienes temor o te preocupas demasiado, pregúntate: *¿Hay algo demasiado importante para mí? ¿Hay algo que me estoy diciendo a mí mismo que debo tener? ¿Es por eso que siento tanto temor, porque está siendo amenazado algo que yo creo que es una prioridad cuando realmente no lo es?*

☼ Si estás deprimido o te odias, pregúntate: *¿Hay algo demasiado importante para mí? ¿Hay algo que me estoy diciendo a mí mismo que debo tener? ¿Es por eso que estoy tan deprimido, porque he perdido algo o he fallado en algo que yo creo que es una prioridad cuando realmente no lo es?*

Por lo tanto, podemos llegar a la raíz mientras identificamos a nuestros ídolos haciendo algunas preguntas de diagnóstico:

☼ *¿Cuál es mi mayor pesadilla? ¿Qué es lo que más me preocupa?*

☼ *¿Qué, si fracasara o lo perdiera, me haría sentir que ni siquiera quiero vivir? ¿Qué me hace seguir adelante?*

- ☼ *¿De qué dependo o con qué me consuelo cuando las cosas salen mal o se ponen difíciles?*
- ☼ *¿En qué es en lo que pienso con mayor facilidad? ¿Hacia dónde se dirige mi mente cuando estoy relajado o cuando tengo tiempo libre? ¿Qué me preocupa?*
- ☼ *¿Qué oración no contestada me haría considerar seriamente volverle la espalda a Dios?*
- ☼ *¿Qué es lo que me hace sentir más valioso? ¿Qué es lo que me hace sentir más orgulloso?*
- ☼ *¿Qué es lo que realmente quiero y espero de la vida? ¿Qué me haría verdaderamente feliz?*

Conforme contestamos estas preguntas, pueden salir a la luz temas comunes y corrientes. Comenzamos a ver qué cosas tienden a ser demasiado importantes para nosotros: cuáles parecen ser nuestros señores “funcionales”.

Demoliendo a nuestros ídolos

Una vez que hemos identificado a nuestros ídolos, hay tres maneras de demolerlos.

- ☼ El enfoque “moralizador” dice: *Tu problema es que estás pecando aquí y aquí. ¡Arrepiéntete y ponle fin!* Esto se enfoca solo en la conducta, y por consiguiente no profundiza lo suficiente. Debemos averiguar la razón por la cual una persona no se siente feliz o amada: qué deseos excesivos están obrando en ella y cuáles son los ídolos y las falsas creencias que están detrás de esto. Simplemente decirle a una persona que no es feliz: “Arrepiéntete y cambia tu vida” no la ayudará, porque la falta de dominio propio surge de una creencia que dice: *Si no tienes esto, incluso si estás a la altura de los estándares morales, sigues siendo un fracaso.* Debes reemplazar esta creencia arrepintiéndote por el pecado que yace debajo de tu idolatría en particular.

- ☼ El enfoque de “razonar en términos psicológicos” dice: *Tu*

problema es que no ves que Dios te ama tal como eres. Esto se enfoca solo en los sentimientos, y por consiguiente no profundiza lo suficiente. Debemos averiguar la razón por la cual una persona no se siente feliz o amada: qué deseos excesivos están obrando en ella, y cuáles son los ídolos y las falsas creencias que están detrás de esto. Simplemente decirle a una persona que no es feliz: “Dios te ama” no la ayudará porque la desdicha surge de una creencia que dice: *Si no tienes esto, (incluso si Dios te ama) sigues siendo un fracaso.* Debes reemplazar esta creencia arrepintiéndote por el pecado que yace debajo de tu idolatría en particular.

- ☸ El enfoque de la “aplicación del evangelio” dice: *Tu problema es que estás buscando que algo, aparte de Cristo, sea tu felicidad.* Esto confronta a la persona con el pecado real que yace debajo de los pecados y detrás de los malos sentimientos. Arrepentirse por rechazar la gracia gratuita de Cristo y Su aceptación son actos dolorosos pero gozosos. Pablo nos dice que la esclavitud al pecado se rompe cuando dejamos de estar bajo la ley. Cada

ídolo es el centro de algún sistema de obras de justicia por el cual estamos buscando “ganar” nuestra salvación complaciendo al ídolo. Cada sistema de ídolos es una manera de estar “bajo la ley”. Solo cuando nos damos cuenta de que somos declarados justos en Cristo, se rompe el poder que el ídolo ejerce sobre nosotros. “Así el pecado no tendrá dominio sobre ustedes, porque ya no están bajo la ley sino bajo la gracia” (Ro 6:14). Vivir y considerarte a ti mismo “bajo la gracia” significa que ninguna cosa creada puede ahora tener dominio o control sobre ti. En vez de eso, puedes disfrutar de las cosas creadas.

Aquí presento cómo poner en práctica este tercer enfoque:

Desenmascara a los ídolos. Debemos recordar que los ídolos crean un “campo engañoso” en torno a ellos mismos. Los hemos “endiosado” y agrandado de una forma cognitiva y emocional. Recuerda que los hemos magnificado a nuestros ojos para que sean más maravillosos y todopoderosos de lo que realmente son.

Más que nada, recuérdate a ti mismo lo que le estás diciendo a Dios

cuando anhelas y ansías a tus ídolos (en tu ira, miedo, desaliento). Estás diciendo algo así: *Señor, es bueno tenerte, pero hay esta otra cosa que también debo tener, sin la cual la vida no es feliz ni tiene sentido. Si no la puedo tener, perderé las esperanzas. Tú no eres suficiente. Necesito esto también como un requisito para sentirme satisfecho. De hecho, si me lo quitas, te daré la espalda, ¡porque Tú eres negociable, pero eso no lo es! Esta es la verdadera meta de mi vida. Si Tú no me eres útil para conseguirla, podría alejarme de ti.*

Es imprescindible ver lo que en realidad estamos diciendo y reconocer lo irrazonable y lo cruel de esto. Tenemos que ver lo desagradecidos que estamos siendo con Jesús. Y tenemos que ver cómo, en el fondo, esta es otra forma de evitar a Jesús como Salvador y de tratar de ser nuestro propio salvador.

Arrepiéntete de este pecado que yace debajo de todos los demás. Esto se tiene que dar en dos etapas:

- ❁ Odiar el pecado por sí mismo. *Señor, veo qué repulsivo es esto como ídolo. Señor, ese deseo no es malo en sí mismo; más bien lo malo es en lo que mi corazón lo ha convertido y*

elevado. Me niego a que esto me controle por más tiempo. Esto causa estragos en mi vida. Tú eres el que me justificas, no esto. Tú eres mi Señor, no esto. Esto no me controlará más. Esto no es mi vida; no tengo que tenerlo. Cristo es mi vida; solo tengo que tenerlo a Él.

☸ *Gozarte en la gracia de Jesús y en Su obra. Señor, he estado tratando de ganarme mi propia salvación y tejer mi propia justicia. Pero Tú eres mi salvación y mi justicia. ¡Soy aceptado en Tu Hijo! Todos mis problemas surgen porque me olvido de lo muy amado, honrado, hermoso, seguro, rico, respetado, aceptado y libre que soy en Jesús. Todas las otras vías para encontrar honor, respeto, propósito y demás son vanas. Deja que Tu amor por mí me cautive a tal grado que ningún otro amor me pueda controlar.*

APÉNDICE: El reciente debate. La “nueva perspectiva” de Pablo

Desde hace poco se ha venido desarrollando una “nueva perspectiva” en cuanto a lo que se refiere el término “hacer las obras que exige la ley” en Romanos 3:20, 28.

Muchos intérpretes creen que Pablo está hablando solamente acerca de la ley ceremonial mosaica: la circuncisión, las leyes en cuanto a la alimentación y otras leyes con referencia a estar “limpio” conforme a los ritos. Desde esta perspectiva, “las obras que exige la ley” no son un desempeño moral en general, sino la adopción de las costumbres culturales judías y sus indicadores étnicos. Por lo tanto, según esta perspectiva, Pablo no se está ocupando ni está haciendo frente a un sistema de salvación de justicia por obras (es decir, la idea de que debes obedecer leyes específicas para poder estar bien con Dios). Más bien, dicen, Pablo se está oponiendo a la postura de que los cristianos gentiles deben aceptar los indicadores étnicos judíos y

volverse culturalmente judíos.

Así que en esta “nueva perspectiva” los judíos, a quienes Pablo les está hablando en Romanos 2 y 3, no son legalistas sino nacionalistas. Y por lo tanto, Pablo no se está oponiendo a la salvación por obras sino, más bien, a la exclusividad racial y étnica. Esto quiere decir que el propósito de Pablo en la carta a los Romanos es insistir en que todas las razas y clases se sientan a la “mesa de Dios” por igual, porque todos somos uno en Cristo.

Me he tomado un tiempo extenso para sopesar los pro y los contra de esta “nueva perspectiva”; creo que estudiar esto es muy útil en varios sentidos. Sin embargo, esta perspectiva no puede derribar el enfoque histórico y clásico. Este no es el lugar para presentar un análisis de fondo, y lo que sigue ciertamente no tiene la intención de ser la última palabra, pero aquí están mis breves conclusiones.

No puedes, al fin de cuentas, abrir una brecha entre el nacionalismo y el legalismo como si fueran dos cosas separadas. Las obras de la ley probablemente sí incluyen el acatamiento de los indicadores culturales (por ejemplo: una confianza en la circuncisión, 2:25-29; 4:9-

12). Este también fue claramente un serio problema entre los creyentes de Galacia, y poseía el potencial de dividir a esa iglesia y debilitar el evangelio (Gá 2:1-16). Pero el nacionalismo es una forma de legalismo. El legalismo es agregar cualquier cosa a Jesucristo como un requisito para la completa aceptación ante Dios. Una superioridad moral que surge de las buenas obras o de la raza o de la cultura crece de la misma raíz espiritual. El evangelio consiste en que somos salvos por medio de lo que Cristo hace y no por lo que nosotros hacemos o somos. Así que cuando los judíos pensaron que su identidad cultural y sus normas (su carácter judaico) los salvaban, estaban adoptando un medio para salvarse ellos mismos. El logro humano se estaba volviendo la base de su posición ante Dios.

El hecho de que Pablo asocie las obras de la ley con “jactarse” (Ro 3:27-28) es clave. En todas las Escrituras, “jactarse” hace referencia a en qué dependes y en qué tienes orgullo (ver Jer 9:23-24; 1Co 1:31). Pablo dice que jactarte en ti mismo, o confiar en ti mismo, es lo que yace debajo de las obras de la ley. Así que si bien las obras de la ley pueden significar depender del nacionalismo (o jactarse en él), no se

pueden referir solo a eso; el nacionalismo es una forma de autosalvación o de legalismo. Y es esto a lo que Pablo se refiere con la frase “las obras que exige la ley”.

Así que, al fin de cuentas, todavía debemos leer la carta a los Romanos como la defensa que Pablo hace del evangelio de la gracia gratuita en contra de ganar el favor de Dios por el logro humano o por el estatus. Esta nueva perspectiva no puede desplazar la comprensión clásica de Romanos. No obstante, este debate sobre el término “las obras que exige la ley” es útil para nosotros en dos sentidos.

En primer lugar, nos muestra cómo el evangelio se puede debilitar de manera muy sutil dentro de la comunidad cristiana. Esta nueva perspectiva enseña que los “que llevan el nombre de judío” (Ro 2:17) no eran legalistas “de hueso colorado” que rechazaban rotundamente a Cristo. Más bien decían: *Por supuesto, Jesús es fundamental y crucial para ser salvos, pero la fe solo en Él no es suficiente para ser aceptados ante Dios. Debemos seguir guardando todas las costumbres culturales y ceremoniales mosaicas.* Esto es mucho más

sutil.

De la misma manera, el moralismo aplastante no crecería en nuestras iglesias por negar abierta y rotundamente la doctrina de la justificación solo por fe. Es mucho más probable que esta verdad sea debilitada a través de las nuevas formas de exigir una vida en conformidad a la cultura u otros enfoques. Estos son métodos mucho más sutiles.

En segundo lugar, este debate nos muestra que con mucha frecuencia Romanos se ha leído como un debate más bien académico sobre la doctrina. Pero Pablo no está preocupado solamente (o mayormente) por la desintegración de las creencias doctrinales de las personas. Su preocupación más profunda es la desintegración de la unidad de los creyentes y de la comunidad cristiana. Es importante ver lo mucho que la carta a los Romanos aborda el asunto de cómo la gente de trasfondos culturales y tradiciones religiosas muy diferentes pueden vivir en unidad como cristianos. Las verdades del evangelio no son solo para ser estudiadas de forma intelectual en privado, ni son solo para los

salones de lectura y las tesis doctorales; son fundamentales para la vida de todos los días, en el corazón y en el hogar, con los miembros de la congregación y con los compañeros de trabajo.

BIBLIOGRAFÍA

- ☼ Augustine, *Confessions* [Confesiones], (Mentor/Penguin, 1963). Disponible también en español por editorial Prana, 2006.
- ☼ Greg Bahnsen, *Presuppositional Apologetics Stated and Defended* [Apologética Presuposicional Declarada y Defendida], (American Vision, 2010).
- ☼ William Barclay, *Great Themes of the New Testament* [Grandes Temas del Nuevo Testamento], (Westminster John Knox Press, 2001).
- ☼ John Calvin, *Commentaries on the Epistle of Paul to the Romans*, [La Epístola a los Romanos] traducido por John Owen (Calvin Translation Society, 1849). Disponible también en

español por Libros Desafío, 1995.

- ☼ John H. Gerstner, *Theology for Everyman [Teología para el Hombre de la Calle]*, (Moody Press, 1965).
- ☼ William Guthrie, *The Christian's Great Interest [El Gran Interés del Cristiano]*, (Banner of Truth, 1969).
- ☼ Charles Hodge, *Princeton Sermons: Outline of Discourses Doctrinal and Practical [Sermones de Princeton]*, (Thomas Nelson & Sons, 1879).
- ☼ D. James Kennedy, *Evangelism Explosion [Explosión del Evangelismo]*, (Tyndale House, 1973).
- ☼ C. S. Lewis, *Mere Christianity [Mero Cristianismo]*, (MacMillan, 1969). Disponible también en español por HarperOne Publishing, 2006.
- ☼ D. Martyn Lloyd-Jones, *Romans Series [Serie de Romanos]*, (Zondervan, 1989).
- ☼ Richard Lovelace, *Dynamics of Spiritual Life [Dinámica de la Vida Espiritual]*, (IVP, 1979).
- ☼ Martin Luther, *Commentary on the Epistle to the Romans*

[Comentarios de Martín Lutero: a la Epístola a los Romanos, vols. I y II], (Kregel Classics, 2003). Disponible también en español por editorial Clie, 2013.

- ☼ Rebecca Manley Pippert, *Out of the Saltshaker and into the World: Evangelism as a Way of Life* [*Fuera del Salero para Servir al Mundo: Evangelización como Estilo de Vida*], (IVP, 1999). Disponible también en español por ediciones Certeza Unida, 2004.
- ☼ Douglas J. Moo, *The Epistle to the Romans* [*Comentario a la Epístola de Romanos*], de la serie The New International Commentary [*Serie Comentarios Bíblicos*] (Eerdmans, 1996). Disponible también en español por editorial Clie, 2014.
- ☼ John Murray, *The Atonement* [*La Expiación*], (Baker Book House, 1962).
- ☼ John Murray, *The Epistle to the Romans* [*La Epístola a los Romanos*], (Zondervan, 1959).
- ☼ John Owen, “On the Mortification of Sin in Believers” [*La Mortificación del Pecado: una Guía Práctica para Tener la*

Victoria sobre el Pecado en la Vida Cotidiana, 2da ed.], en *Temptation and Sin [Tentación y Pecado]*, (Zondervan, 1958). Disponible también en español por Publicaciones Faro de Gracia, 2005.

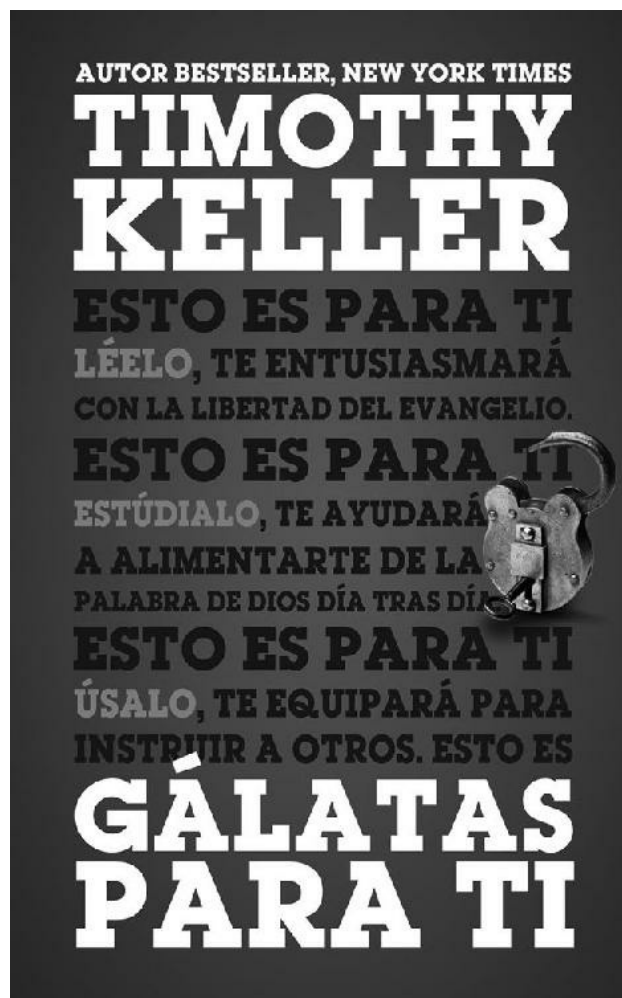
- ☼ Blaise Pascal, “Pensees” [Pensamientos], en *The Works of Pascal, [Las Obras de Pascal]*, (Random House, 1941). Publicado al español bajo el título *Pensamientos* como libro individual por editorial Fontana, 2011.
- ☼ John Piper, *The Roots of Endurance, [Las Raíces de la Perseverancia: La Inquebrantable Constancia Presente en la Vida de John Newton, Charles Simeon & William Wilberforce, 3ra ed.]*, (Crossway, 2002). Disponible también en español por editorial Unilit, 2008.
- ☼ J. C. Ryle, *The Select Sermons of George Whitefield with an Account of His Life [Los Sermones Selectos de George Whitefield con un Relato de Su Vida]*, (Banner of Truth Trust, 1990).
- ☼ Richard Sibbes, *The Work of Richard Sibbes [La Obra de*

Richard Sibbes], volumen V, (Nicol Edition, ahora publicado por BiblioBazaar, publicado por primera vez en esta edición, 1923).

- ☼ John Stott, *Men Made New [Hombres Hechos Nuevos]*, (IVP, 1966).
- ☼ John Stott, *The Message of Romans [El Mensaje de Romanos]*, de la serie Bible Speaks Today [Dios Habla Hoy], (IVP Academic, 2001). Disponible también en español por ediciones Certeza Unida, 2007

Otros títulos de la serie

LA PALABRA DE DIOS PARA TI



“Todo el libro de Gálatas habla del evangelio: el evangelio que todos

necesitamos durante toda la vida. ¡Él es como dinamita! Oro para que su mensaje poderoso explote en tu corazón mientras lees este libro”.

— Timothy Keller



“El libro de Jueces muestra que la Biblia no se trata de seguir ejemplos morales. Se trata de un Dios de misericordia que trabaja en medio de nosotros a pesar de nuestra resistencia a Sus propósitos.

¡Este libro habla a nuestras propias vidas hoy!”

— Timothy Keller.



“Este es uno de esos pocos comentarios que sabe exponer la Biblia con precisión y a la vez sabe aplicarla a nuestra realidad de manera relevante. A través de este libro Pedro habla a la iglesia de occidente hoy”.

— D. A. Carson

Table of Contents

Tabla de contenido	5
Página de derechos	3
Prefacio de la serie	7
Introducción	10
1. Presentando el evangelio	18
Segunda parte	31
2. Los paganos necesitan el evangelio	48
Segunda parte	62
3. Los religiosos necesitan el evangelio, parte uno	76
Segunda parte	90
4. Los religiosos necesitan el evangelio, parte dos	106
Segunda parte	120
5. Todos necesitamos el evangelio	132
Segunda parte	147
6. Un diamante sobre un fondo negro	160
Segunda parte	176
7. Cuándo comenzó la justificación	190
Segunda parte	205
8. Lo que la justificación trae	219
Segunda parte	234
9. Por qué llega la justificación	247
Segunda parte	263
10. Unidos a Cristo	280
Segunda parte	294
11. Esclavos de Dios	311
Segunda parte	324

12. Guerra contra el pecado	335
Segunda parte	350
Glosario	365
Apéndices	373
A. Un resumen de Romanos 1-7	373
B. Identificando a los ídolos del corazón	394
C. El reciente debate. La "nueva perspectiva" de Pablo	411
Bibliografía	417
Otros títulos de la serie	422